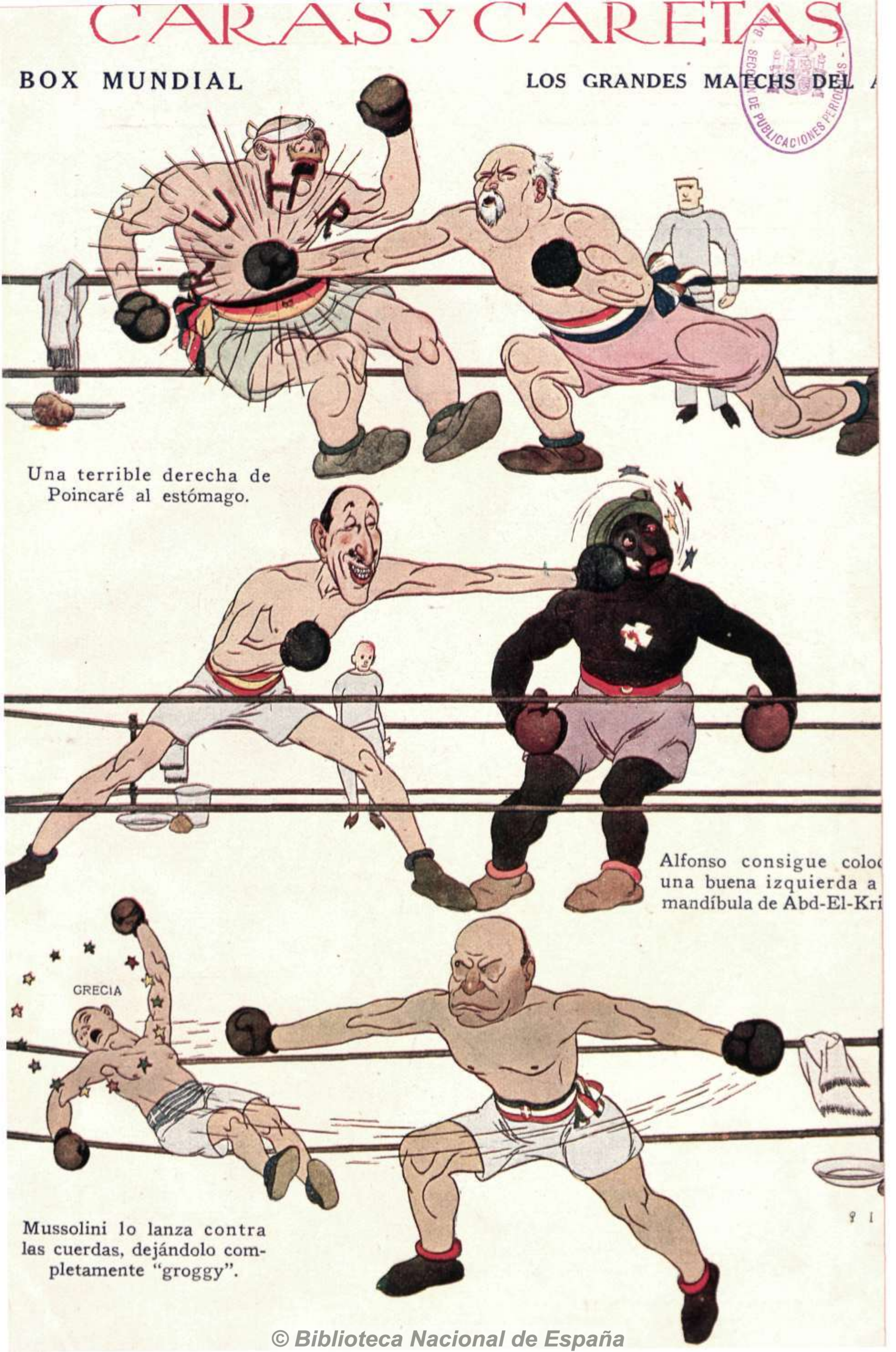
CARAS Y CARETAS

BOX MUNDIAL

LOS GRANDES MATCHS DEL A



Una terrible derecha de Poincaré al estómago.

Alfonso consigue coloc una buena izquierda a mandíbula de Abd-El-Kri

Mussolini lo lanza contra las cuerdas, dejándolo completamente "groggy".

LA ULTIMA EXPEDICION DE "ARAB" NEEDSON

POR ETIENNE

El mayor John Needson D. S. P. sacó un pedazo de papel húmedo y por la diez y siete vez releyó este original mensaje: «A. G. O. C. Adén. — Cercado por tres mil beduinos treinta millas norte diez este lahej stop jameson ends 1900».

De Lelio a Al Kanmal y desde allí por vía telegráfica a Skeik Othman, así rápidamente viajó el aviso. Un telefonema en Othman lo pasó sobre el cráter de Adén y luego, en última etapa, al depósito y cuartel general del comando local.

A cargo de H. Q. hallábase el mayor, mientras a cinco millas de distancia, en Steamer Point, el general, quien era también un residente de Adén y un decidido protector de aquella comarca, juraba y perjuraba que su domicilio era una sucursal del infierno en vez de las oficinas establecidas alrededor del cráter.

Mediaba el mes de agosto y era un día calurosísimo. El más frío día del mes más crudo en Adén lo reciben los europeos vestidos de blanco y hondamente preocupados por lo caro que allí resulta el hielo.

Asentada en la planicie que rodea el gran cráter, con una brecha al noroeste, la población de Adén se extiende desde hace miles de años en tropical calma, solamente frecuentada por algunos barcos que llegan a sus aguas para el transporte de mercancías.

La población de Adén y las tropas de la guarnición pasan su vida en la quietud, amodorrados por el sofocante calor que es la característica del clima de aquella región, visitada de paso por algunos viajeros curiosos.

Bajo la veranda que resguardaba las oficinas del mayor, veíanse las barracas y los bohíos de la gente. Quemaba materialmente la atmósfera y advertíanse nerviosos movimientos entre los excursionistas. Los hombres caminaban apresurados, lo que resulta en extremo fatigoso en aquel clima ardiente. De los pequeños almacenes se sacaron rifles y otras armas; las mulas fueron puestas en filas, dispuestas a la marcha, y los camiones y vagones colocados en el desembarcadero.

Un grupo de desocupados indígenas y algunos errabundos somalíes, sentados en cuclillas, contemplaban con curiosidad las actividades de los expedicionarios.

Diez años antes los mapas de Adén mostraban enormes blancos con la indicación «inexplorado». En aquella época, el capitán John Needson fué el primero en atreverse a recorrer aquellas vírgenes tierras. Era entonces un mozo de rostro colorado, de ojos azules y de piel blanca, y la diferencia notable que ofrecían los mapas de Adén cuando él arribó a los de ahora, obra exclusiva fueron de su inteligencia y arrojo. Explorando casi siempre sin compañía de blancos, Needson, realizando esfuerzos tan perseverantes como inteligentes, supo medir y cartografiar las feraces y extensas tierras de aquella comarca.

Año tras año partía el hombre con sus instrumentos, un pequeño destacamento de rifleros y muchas probabilidades de peligro, así por agua como por tierra. La fecha periódica de estas excursiones se fijaba en el mes de septiembre, y en el de marzo realizábase el regreso. Generalmente regresaba con todos sus aparatos, y con frecuencia su destacamento, al llegar, mostraba una sensible reducción en sus unidades; mas eso no importaba gran cosa. Lo importante, lo capital, era que nunca regresaba sin su libro de apuntes bien lleno de datos y cifras, lo que compensaba con creces al H. M. gobierno de las demás pérdidas.

Por aquel mes de septiembre a que nos referimos la mancha blanca del mapa decrecía bastante merced a los trabajos del activo mayor. En los meses que siguieron su labor alcanzó nuevas conquistas, llegando hasta Ceylán y explorando durante tres semanas en las montañas de Mirawa Eilya para, a la otra semana, hallarse de vuelta en Adén.

A pesar de su constitución de acero, el terrible clima había marcado su cuerpo con caracteres tan visibles como los que él trazaba sobre sus mapas y planos.

Los colores de sus mejillas se ausentaron para siempre. Su epidermis fué tornándose gradualmente apergaminada y morena en el transcurso de aquellos años de exploración bajo los rayos de un sol de castigo. La faz se le había como secado y endurecido, y por todo su aspecto recio y magro apenas cabía adivinar su punto de origen. Podría tomársele por cualquier mercader del país.

Su subalterno Ribold, cuando no se hallaba presente él aludido, lo apodaba Needson el Arabe.

Solamente sus ojos, el azul y profundo rebrillar de su mirada, reflejaban al hombre sobre cuyo cerebro advertíanse las gravitaciones de una vieja civilización. Su cabello, antes castaño claro, era ahora gris y lacio, tanto, que no lograba tapar muy bien una especie de canal al lado izquierdo del cráneo... la marca de un proyectil indígena que vino a saludarle cuando exploraba por el desierto de Nejd en su cuarto viaje.

—¡Aquí está, aquí es! — exclamó el mayor trazando una pequeña cruz en el mapa y examinando varias líneas cuidadosamente. — «Emboscado en el Wadi El Ghaznek». ¡Ah! Bueno.

El mayor había contraído el hábito de hablar consigo mismo con un tono de voz natural, como si se dirigiera a segunda persona.

Tomó un par de compases y se puso a medir sobre el mapa.

La cruz que hiciera se hallaba a sesenta millas de Adén, según la escala. Sesenta millas: cuarenta de desierto y de tierras barridas y calcinadas y veinte de parte montañosa. Sesenta millas o sean catorce jornadas a razón de catorce horas.

Hacía una hora que el sol traspusiera las rocas del puerto de Adén, hundiendo su disco en las ahora rojas aguas del mar.

Por un desfiladero de las montañas de Sham,

al oeste de Adén, pronto caminaría el destacamento de los hombres blancos, chorreantes de sudor, irritados, sedientos a cada cinco minutos, con ansias de tirar los equipos que llevaban a las espaldas. Pero sabían contenerse, sabían también cumplir con su misión; eran soldados británicos, hombres blancos dispuestos, en cualquier ocasión, a entrar en combate sin rechistar, guiados por el sentido del deber aunque se sintieran aburridos por las caminatas y el clima que poco a poco iba minando sus fuerzas.

Algunas veces se presentaba la ocasión de un encuentro con los beduinos belicosos del arábigo desierto, que sabían ofender y defenderse con estratagemas y a velocidades sorprendentes, y esto en pleno día, cuando la luz solar cegaba con sus ardientes resplandores.

En aquellos momentos en que el mayor, rememorando estas y otras cosas guardadas en el arcano de sus aventuras, hacía desfilar por la región de sus recuerdos diversos cuadros de su azarosa vida, unas movibles nubes arenosas levantábanse allá por sobre el mercado de El Camello.

En esto, dando unos pasos por el pasillo de su oficina, vió llegar al general de las fuerzas todo sofocado por el calor. El visitante sacudióse el casco gris y con un golpe rasante del borde de su mano recudió sobre el suelo abundantes gotas de sudor.

— ¿Malas noticias, Needson? ¿Por dónde andan ellos? — inquirió el general.

El mayor señaló sobre el mapa.

— Vea, general — dijo.

— ¿Conoce usted ese punto?

Una melancólica sonrisa cruzó por los labios de «Arab». Claro que conocía aquel lugar, pero no el agujero donde se había metido el loco de Jameson. El acampara sobre el valle y no en el valle, lo que resulta algo diferente.

De pronto se dirigió hacia un cofrecito de zinc, lo abrió y extrajo un viejo cuaderno de apuntes. Examinando rápidamente sus páginas le mostró al general unos pequeños dibujos cartográficos señalados con mayúsculas.

— Aquí están, señor — explicó poniendo un dedo sobre una especie de triángulo, — y los árabes están allí y la distancia es pequeña entre ambas partidas antagónicas.

— ¡Um! — exclamó el jefe encendiendo un cigarrillo. — ¿Hay alguna probabilidad?

— Una, señor.

— ¿Y es?

— Combatir.

— ¿A qué distancia están ellos de los nuestros?

— Depende del agua, general. Los beduinos no tienen prisa en acometer cuando saben que el enemigo, de por sí solo, enseñará la lengua colgante, negra y reseca por falta del líquido elemento.

El general, sin decir una palabra, apuró un largo vaso de limonada con gruesos trozos de hielo.

— Calculemos dos días — puntualizó el mayor después de haber reflexionado.

— ¿A qué hora puede estar lista la columna movible?

— A las cuatro en punto.

— ¿Dos horas antes de ponerse el sol? No, Needson; hasta las cinco no se moverá la columna.

— Perfectamente, general.

— ¡Diablo! Yo hubiera deseado que usted se hallara con él, porque Jameson es... bueno... es...

La voz del jefe cesó. El mayor y otros oficiales que le escuchaban sabían muy bien lo que era Jameson y quizá mejor que él.

— ¿Yo iré con la columna, general? — preguntó el subordinado.

— Usted se quedará aquí, mayor Needson — ordenó el jefe echando una mirada circular y quedándose pensativo unos momentos.

Brillaron de contrariedad los ojos del subalterno.

— Está bien — se limitó a decir.

— No quiero que intervenga usted en este feo negocio. Puedo necesitarle de un instante a otro en algo de mayor importancia.

Se detuvo bruscamente como habiendo dicho demasiado.

Aquella mañana recibiera un mensaje cifrado procedente de Whitehall, Servicio Secreto Y. P. Colonial, en el que se le anunciaba una misión política de carácter confidencial acerca de la influencia turca en la Arabia central, urgiendo enviar sobre el terreno a persona experta y de toda confianza.

El general, al subir a su automóvil, se volvió para advertir de nuevo al mayor:

— Compréndame bien, Needson; quédese aquí. Si le parece, envíe a McClintock o a Robinson y hágales saber que de ningún modo quiero pérdidas inútiles en la brigada ligera. No vamos a perder cuatrocientos hombres buenos por salvar a media compañía y a un loco al mando de ella.

Needson saludó.

El general, confiando en él, montó en su máquina. El mayor era su subordinado cuando hallábase en Adén.

⊙

A las tres en punto el mayor Needson dirigióse por Steamer Point y se fué derecho al «bungalow» donde residía la señora de Jameson.

Un sirviente indio le informó que la *mem-sahib* no quería ver a nadie y que el mismo coronel no había logrado verla. Eran órdenes terminantes.

El mayor, sin hacer caso del criado, lo apartó con militar brusquedad y con voz penetrante exclamó:

— Dígale a su *mem-sahib* que Needson *sahib* está a su puerta.

Y penetró en el vestíbulo de la casa.

Un ruido peculiar de faldas le avisó que ella se acercaba.

Con un gesto torpe tomó una de sus manos y se la estrechó, aceptando luego su invitación para que se sentara.

Olive Jameson contaba a la sazón 23 años y era de una perfecta hermosura. Sus vivos ojos luminosos antojábansele a Needson aquellas lejanas estrellas que tantas veces contemplara en el sereno firmamento del desierto. Estaba enferma; se advertía en sus ojeras violáceas y en la palidez traslúcida de su semblante. No le probaba bien el clima ardiente, pero, por el amor que profesaba a su esposo, no quería irse de Adén. La verdad, Jameson, según el parecer do toda la colonia británica, no se la merecía, y causaba sorpresa comprender cómo había logrado casarse con ella.

Cuando, de regreso de una de sus arriesgadas excursiones, Needson comenzó, por primera vez en su vida de explorador, a frecuentar la sociedad de Adén, colocándose su traje de etiqueta pasado de moda para asistir por las noches a las reuniones del club, nadie ignoraba que lo hacía por una persona, solamente para tener el gusto de tratarse con Olive, a la que profesaba, sin disimularlo, un platónico cariño de caballero sin esperanza. Era, además, indudable que ella correspondía amistosamente a tal afecto, agradeciéndole sus cordiales y respetuosas delicadezas.

En fin, se advertía que ambos jugaban con inocencia a un amor imposible.

Mientras su marido Jameson se comprometía y comprometía a los suyos en su afán de locas aventuras, internándose, como suele decirse, en la boca del lobo, su esposa esperábale desasosegada con notorio quebranto de su salud.

Meses antes, cuando Jameson se hallaba todavía en Adén, se le había acercado Needson para decirle sin preámbulos, con la simpática brusquedad que era su característica:

— Usted debiera enviar a Olive fuera de Adén y en seguida.

— Los cielos saben las ganas que tengo de dejar esta plaza.

— Ella puede — insistió Needson.

— Mi querido mayor: si usted fuera casado comprendería lo difícil que resultan estas separaciones. Esta plaza ya es bastante mala de suyo sin complicarla con gastos extra... Abandonar un hogar ya puesto y quedarme sin mi buena compañera no es tolerable.

— Que el diablo te lleve — pensó para su capote «Arab».

Y luego, en voz alta:

— Resuélvase de una vez. ¿Acaso piensa conservarla aquí todo el verano con la débil salud de que disfruta?

— ¡Oh! Yo confío en que se encontrará bien — fué la contestación del otro.

El mayor, apretando los dientes para no soltar una de las suyas, fuése para dar un paseo por la montaña de Sham Sham.

Reflexionando sobre el caso, pensó que quizá era injusto con el oficial Jameson. Sin duda que sus recursos no le permitían tal separación. ¿Podría ayudarlo de un modo tan eficaz como indirecto?

Mdia hora después llegaba a las oficinas de la Eastern Telegraph Company, y a los cinco días justos Jameson, medio mareado ya por los vapores del Oporto, informaba en el club a sus amigos que cierto sportsman, sin dar su nombre — Dios le bendiga — habíale acreditado en cuenta doscientas cincuenta libras en el Cox's Bank. Ignoraba el móvil de tan buena acción, pero, a la salud del incógnito, propuso beber dos botellas de champaña.

El mayor hallábase allí y bebió como los demás.

Sin embargo, la señora Jameson siguió residiendo en Adén.

Otro mes más transcurriera; Olive consumíase en aquel clima horrible, languideciendo como una flor bajo los ardientes rayos del sol. Por su parte, el mayor, que la amaba en silencio, sufría al verla agotarse tan sin esperanza. En aquellos días un pequeño destacamento mixto fué requerido para verificar una excursión a la frontera noroeste del protectorado. Las órdenes disponían que llegara hasta El Khiz, permaneciendo allí un mes; luego moverse hacia Gharaut y acampar durante seis semanas, y en seguida marchar a Nejd hasta noviembre, regresando a Adén.

Correspondióle a Needson nombrar jefe de esta fuerza, y como en justicia el oficial Jameson era el indicado, a él se le encomendó la partida.

Dos días después de la salida del destacamento el mayor recibió una invitación para tomar el te con Olive. La encontró sola, como de costumbre, y cuando entablaron conversación, ella, no sin vacilaciones, le explicó sus temores con respecto al peligro que corría su marido y la salud de ella. Needson, al escucharla, comenzó a sudar frío. De pronto levantóse y dió algunos pasos en silencio.

— ¿Está usted irritado conmigo? — preguntó ella suavemente.

— No con usted, Olive.

— ¡Oh! Me pongo odiosa, odiosa con mis penas. Por favor, olvide cuanto le dije.

— Nada me ha dicho usted — contestó caballerosamente el mayor.

De regreso a sus oficinas iba pensando Needson en la confidencia que se le acababa de hacer. Parecíale increíble que Jameson se valiera de su esposa para que ésta intercediera con el fin de librarlo de sus obligaciones, y Jameson había hecho eso.

Needson no salió de su departamento aquella noche, dando vueltas al asunto.

A los dos días hubo noticias de la expedición Jameson, que con su destacamento cruzaba por la línea más alta del cráter, y pasadas algunas semanas cesaron las noticias, en tanto que Olive, en ansiedad mortal, desmejoraba sensiblemente.

Needson juraba de continuo, no sabiendo qué hacer; consultó cierto plan con la señora del coronel, que le llamó Quijote, y al fin pareció dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

Esta era la situación cuando llegó el mensaje alarmante.

⊙

HAY alguna esperanza de salvarlo? — imploró Olive en una nueva entrevista tenida con el mayor.

— Seguramente — contestó con rudeza el interpelado. — Vengo a decirle que ya salió la columna movible en su ayuda.

Y mirándola fijamente, entre compasivo y agrio, agregó:

— Yo empeño mi vida si no consigo que su marido esté aquí en un plazo de cinco días.

En la mirada de ella leyó un destello de alegría. Olive amaba a Jameson y en aquellos momentos Needson, allá en lo más íntimo de sus pensamientos, sintió escarabajear las uñas de los celos, sintió envidia del hombre que andaba a sesenta millas jugándose la vida.

Fuertes y encontradas emociones le embargaban al salir de su entrevista con la esposa del oficial. Diez horas después tocaba el timbre y se le presentaba su ordenanza, el hombre fiel, indígena, que dormía siempre a la puerta de su habitación, lo mismo en la ciudad como en el desierto.

— Partiremos dentro de media hora — díjole. — Prepara mi camello hembra «Blown Spray» y tú tráete a «Sandstorm».

Ni el más leve signo de emoción contrajo los músculos de Yusuf. Ocho años acompañando al mayor le habían habituado a todo género de sorpresas.

Se contentó con preguntar:

— ¿Provisiones?

— Para seis días.

El sirviente salió a cumplir las órdenes.

Tres horas pasadas, el mayor Needson alcanzaba la columna movible que iba en socorro de Jameson, la cual descansaba al oeste de Lahaj.

En seguida se reunió con el oficial McClintock, al que le explicó que el general, lo mismo que él, consideraba innecesaria y hasta contraproducente que la expedición procediera con violencia, por medio de las armas, cuyo funesto resultado sería levantar contra el protectorado todas las tribus dispersas por la comarca. Yo — dijo — voy a iniciar pacíficas negociaciones. Usted me esperará aquí cuarenta y ocho horas, y si transcurrido tal plazo no tiene noticias mías, entonces proceda como pueda.

El valiente oficial escocés McClintock escuchó con atención el resto de las instrucciones de su jefe, y ambos se despidieron dándose un fuerte apretón de manos, conscientes del riesgo de la aventura emprendida.

⊙

A la mañana siguiente llegaba Needson y su ordenanza a un lugar a veinte y cinco millas entre las montañas y a cinco más allá de las fronteras del protectorado.

El mayor apeóse de su camello y prestó oído atento, distinguiendo en seguida el ruido de lejanas detonaciones allá por los montículos de arena.

De nuevo trepó sobre su cabalgadura y emprendió la marcha seguido de Yusuf.

Una nube de arena, que iba agrandándose a medida que se acortaba la distancia, ponía una mancha parda en el ambiente.

Needson detúvose esperando los acontecimientos. A cosa de cien yardas el jefe de la partida que se aproximaba a galope disparó al aire su fusil, a cuya señal sus hombres, en rápida maniobra, dividiéronse en dos alas, iniciando un movimiento envolvente. En pocos segundos el mayor y su ayudante se vieron rodeados por una tropa de beduinos.

El jefe de la misma, montado sobre una briosa yegua con arneses de plata, avanzó gentilmente.

— ¡Bienvenido, hermano! — exclamó.

Needson, con un ademán de sus brazos, correspondió al saludo.

— ¿Misión de paz? — inquirió el árabe.

— Misión de paz entre el gran jeque y yo — respondió Needson en lengua indígena. — ¡Oh, enviado de Handramut!

Había reconocido a la tribu en cuya persecución iba el oficial McClintock.

— ¿Qué deseas, hermano? — volvió a sonar la voz estridente del jeque.

— Quisiera hablar con el jefe general, ¡oh, enviado de Handramut!

— Su tienda se halla tras de las rocas.

— ¿Se halla él allí?

— El gran Handramut no se halla con nosotros. Su hijo Ibrahim le reemplaza.

— No le conozco, pero, sin embargo, condúceme ante él. Tengo que comunicarle algo privadamente.

En diez minutos Needson encontrábase ante la tienda de campaña de pelo de camello del jeque Ibrahim.

Un guerrero de hermosa y aristocrática figura salió a la puerta para decir:

— Bienvenido, extranjero.

— Bienhallado, jeque. ¿Conoces este anillo?

Y le mostró uno de oro, cruzado de signos y rayas, que llevaba en el anular derecho.

El hijo de Handramut lo examinó con gran atención y luego contestó con respeto:

— Verdaderamente este es el anillo de Wali ben Khyney, el gran jeque, mi padre.

Se le advertía una viva curiosidad por conocer más detalles, pero no preguntó una palabra porque ello significaría contravenir la etiqueta arábiga.

— La mano que lleva tal prenda — anunció con orgullo Needson — salvó una vez la vida de vuestro padre. ¿Qué dice el hijo ahora?

— Las palabras del hijo son éstas — habló Ibrahim con tono caballeresco: — La mano que lleva tal anillo es la mano de un amigo, y ni un cabello de su cabeza le será arrancado por ningún hombre bajo el comando de Handramut. ¡Por Alah! Queda jurado.

— Muy bien. He oído que en vuestro terreno hay un hombre de mi raza, que es soldado a quien le has declarado la guerra.

Una nube sombría cruzó la faz del árabe.

— Has dicho verdad — murmuró.

— Sin duda hubo un conflicto entre sus hombres y los de él, ¡oh, jeque!

Los ojos del árabe llamearon apasionadamente. Con agudas frases de hombre herido en su soberanía relató a su visitante cómo Jameson, extralimitándose en sus órdenes, cruzó la línea fronteriza del protectorado en son de conquista, castigando a una tribu que fué sorprendida por tal avance, y cómo, en cuanto se rehicieron, llamando a sus hermanos, arremetieron contra el osado y los suyos, cercándolo y castigándolo severamente.

— ¡Quiso sangre y la sangre correrá! — concluyó diciendo con acento reconcentrado el jeque.

Por unos instantes estuvo Needson tentado de abandonar su empresa, poniéndose rumbo al sur. El loco imprudente de Jameson no merecía sacrificio alguno por su parte; pero el recuerdo de la palabra dada a la hermosa y desfalleciente Olive, que sin duda esperaba confiada el cumplimiento de su promesa, fué bastante para detener sus impulsos. Comprendió que los argumentos, por buenos que fuesen, no surtirían efecto, y habló así:

— Hijo de Handramut. Avisa a tus hombres que yo soy un amigo y que deseo entrar en el «wadi» donde se halla el prisionero.

— Daré las órdenes — asintió Ibrahim.

Y habló algunas palabras con dos subalternos, que partieron al galope.

— Además, mi amigo, tome esto y las balas le respetarán.

Despojóse de una sedosa malla roja que le cubría las espaldas y el pecho y la colocó sobre los hombros del mayor.

El soldado británico, inclinando la cabeza, dió las gracias y montó sobre «Blown Spray» seguido de Yusuf.

Caminaron dos millas siguiendo el curso seco de un río y al penetrar en una profunda depresión del terreno cercada de rocas Needson ordenó a su ayudante:

— Ata el pañuelo al cañón del fusil.

A mil quinientas yardas del «wadi», como vomitados por la tierra, aparecieron en semicírculo unos doscientos beduinos, de los que se destacaron media docena al encuentro de los viajeros.

El mayor, desmontándose, se dirigió tranquilamente hacia ellos.

Era conocido el «hombre blanco» y no fué poca la sorpresa del que hacía de jefe cuando oyó que se le decía:

— Condúceme al lugar donde se halla Jameson *sahib*.

Partieron seguidos de la bélica caravana.

Jameson, con la cabeza entre las manos, hallábase sentado al borde de una roca. Al oír pasos levantó su cabeza.

— ¡Por San Jorge!¿ Usted aquí? ¿Cómo diablos ha venido usted, Needson? ¡Qué sorpresa! Me alegro mucho de verle. ¿Cómo ha venido?

— En camello — contestó fríamente el mayor. — Bien, ¿cuál es vuestra local situación?

— Mala, muy mala. De un momento a otro me entregaré personalmente por falta de agua. El destacamento se halla a trescientas yardas y el enemigo a mil quinientas. Los beduinos, en número quince veces mayor, se hallan armados hasta los dientes y esperan rendirnos por hambre y sed.

Los ojos de Jameson relucían y movíanse demasiado. Era fácil advertir que la fiebre le abrasaba.

— Usted se halla fatigado en extremo, Jameson. Necesita dormir algunas horas.

— ¡Ah! ¡Dormir, dormir! ¡Si pudiera dormir! Hace cinco días que no descanso repeliendo ataques nocturnos.

Oyóse el peculiar silbido de una bala que fué a aplastarse en la roca sobre la que estaban sentados.

— Jameson — ordenóle el mayor mirándole fijamente. — ¡Levántese!

— ¿Qué quiere usted hacer?... ¿Qué quiere usted decir? ¡Ah! No, no, señor. ¡Nunca! Aquí me quedo suceda lo que suceda.

— ¡Obedezca, Jameson! — volvió a ordenar la voz ahora imperativa de Needson. — Beba esto y duerma unas cuantas horas. Le hará bien.

Y le alargó su termo de viaje lleno de coñac.

Jameson, cerrando los ojos, bebió por dos veces y luego quedóse dormido con la cabeza recostada sobre el césped de la roca y los brazos cruzados.

Needson, inmóvil y pensativo, tomó una resolución inmediata. Su rostro curtido adquirió una expresión singular. En una hoja de su cuaderno escribió rápidamente una nota. Llamó a Yusuf, que permanecía silencioso a pocos pasos.

— Atiende bien mis palabras, hijo mío. Atiéndelas como si fueran las de un padre. Toma a este hombre y colócalo sobre mi camello y regresa todo lo aprisa que puedas a Adén. Cuando los «riflemen» de Handramut te ataquen, muéstrales este anillo y este manto de seda y entonces te dejarán paso libre. Apenas traspases el territorio de Lahaj quemarás esta última prenda. ¿Has grabado bien mis instrucciones en tu mente?

— He comprendido perfectamente — respondió Yusuf sin pestañear. — Todo será cumplido al pie de la letra, Needson *sahib*.

Y permaneció frente a su amo como en espera de nuevas órdenes.

— Nada más, hijo mío. Llegarás con el hombre, *hay que llegar*. Es mi honor, mi... ¡Alah te ayude! Lo entregarás sano y salvo.

El ordenanza se inclinó respetuoso. Luego, alzando los ojos hasta los del mayor, le envió una luz extraña que era todo una interrogación.

— Me quedo. Es imposible otra solución, Yusuf. En marcha, pues.

Fueron sus últimas frases.

⊚

Diez minutos habían transcurrido cuando dos camellos partían, uno cabalgado por Yusuf y en el otro un bulto convenientemente acomodado en una especie de alforja atravesada entre las jorobas del animal. Era Jameson, insensible por una fuerte dosis de morfina que Needson le suministrara en la bebida.

A las pocas horas de ser internado en un hospital de Adén el molido cuerpo del oficial Jameson, el cuartel general recibía este mensaje: «Señor jefe: Siento mucho haber desobedecido vuestras instrucciones con respecto al envío de tropas para socorrer al oficial Jameson. La culpa de su situación, según mi examen de conciencia, recae sobre mí, por haberle dado una comisión que excedía a su experiencia, y he querido rectificar mi error. Mi posición aquí es en extremo difícil. No me importa por mí, me importa como soldado y subalterno que soy, y adjunto hallará una nota detallada de los movimientos y de las probables intenciones del enemigo, que crece de día en día. Se oyen tiros cada vez más cercanos. Por otra parte, carezco de agua y alimentos. Tiene el honor de ser su obediente subordinado — *John Needson*.»

⊚

El general, descolgando el audífono, pidió comunicación con el hospital.

— ¿Cómo sigue el oficial Jameson?

— Bastante mejor, señor, aunque no recuerda los detalles de su evasión.

Al dejar el aparato algo murmuró el militar... algunas palabras muy poco favorables para la salud del enfermo.

En tanto, allá por los dominios de Ibrahim, un destacamento de beduinos se presentaba ante la tienda de éste, acarreando sobre un camello de carga, doblado a ambos lados, el cadáver de un hombre blanco vestido de gris. Por dos orificios del cráneo le manaban espesas gotas de sangre. Dos hombres lo tomaron, extendiéndolo ante el jeque.

— ¡Por Alah! Este es el cuerpo del hombre blanco amigo de mi padre. ¿Quién fué, entonces, el que pasó protegido por el anillo?

Una breve información le explicó su muerte.

— Este hombre murió con honor y por el honor de alguien. Descubrámonos: era amigo de mi padre y le había salvado la vida en una ocasión. Que coloquen dos grandes piedras al lado de su tumba, cavada muy honda para que los perros del desierto no turben su descanso... y poner la bandera de su raza sobre su cabecera.

FIN

ENTRADA DE FAVOR



El viaje fue rápido, velocísimo, vertiginoso casi. Con haber viajado mucho, no recordaba Merceditas haberlo hecho jamás en idénticas condiciones como el que acababa de emprender.

Sin darse cuenta de ello encontróse, desde su alcoba, a las mismísimas puertas del cielo, cerradas herméticamente a su llegada.

— ¡Tilín, tilín!

El campanillazo, por lo violento, resultó algo destemplado, bien que Mercedes podía llamar con alguna autoridad. La acompañaba en su postrer viaje el billete de favor. Acá en la tierra lo debía a ser su marido consejero de varias juntas de ferrocarriles; el que llevaba ahora se lo debía a sí misma, era fruto de sus obras, de su mundana filantropía, comprendiendo la interesada en aquel supremo trance que podía serle de grande utilidad porque en el cielo, en la mansión de los justos, ¿qué amigos podría ella tener? ¡Ninguno! Bien se lo daba el corazón. Fortuna de las indulgencias plenarias y parciales que se había ganado ejerciendo de dama protectora de un Asilo destinado a amparar niños huérfanos: de lo contrario, no había para ella posible salvación. ¡Protectora de niños! ¡Qué hermoso cargo! Ella no los tuvo jamás, y, obedeciendo a su generoso instinto, se hizo madre de los que no la tenían. Verdad es que no los quería como a hijos: eso no; pero como a juguetes preferidos, sí que los amaba y los atendía y les consagraba preferente atención.

Con sus inútiles y delicadas manos cosía sus ropitas y dejaba sus canastillas hechas un primor. Alguna vez (la hora era la más indicada para el más completo examen de conciencia) entre las prendas destinadas a los pequeñuelos se había deslizado algún perfumado billete que indiscretamente le dirigía Perico Urdales, el amigo íntimo de su marido y secretario de la benéfica institución. Había sido precavida: eso sí; toditos los billetes había destruído; toditos menos uno, que, por lo tierno y persuasivo, no tuvo valor de destruir.

¡Pero, por Dios, si era insoportable la temperatura que se sentía en las alturas! Entre las nubes que se ceñían a su cuerpo, como caprichosas bandas de encajes, tiritaba de frío Merceditas. La perspectiva la enamoraba. Aquella prodigiosidad de nubes de brillantes e inflamados tonos la desvanecía. Una, sobre todo, fijaba por entero su atención: era la más chiquita de todas, rosa con reflejos de oro. — Será la cuna de un ángel — se dijo.

Pero el frío, que arreciaba más cada vez, la sacó de su contemplación. Impaciente ya, volvió a llamar:

—¡Tilín, tilín!

Si a lo menos hubiese tenido su abrigo de piel de zorro azul, o su lucido cupé, su elegante cupé de Binder, parecido a precioso estuche destinado a guardar primorosa joya, le hubiera sido menos sensible esperar al aire libre; pero aquel viaje lo había emprendido ella sin ninguna precaución. Bien se echaba de ver que no había dispuesto por sí su tocado. Acababa ella de morir de una pulmonía pillada a la salida de un baile, y sus parientes y los de las pompas fúnebres convinieron en vestirla con el último traje que ciñó.

— ¡Tilín, tilín!

Pero ¿por dónde andaría San Pedro que no abría? — Ni en el cielo — pensó; — todos los porteros son iguales.

El golpe resultó esta vez tan recio y persuasivo que la puerta se abrió de par en par.

— ¿Quién es? — preguntó San Pedro mirando atentamente a la recién llegada.

— Soy yo, señor — contestó Merceditas, disculpándose a renglón seguido de que la premura del tiempo no le hubiese consentido recibir los Santos Sacramentos. Y, en tanto, mostraba al santo lo que juzgaba como entrada de favor.

San Pedro examinó atentamente el documento, y, como lo encontrase algo deficiente, se lo devolvió, diciéndole:

— Luego veremos: es preciso que espere usted un rato, pues hay infinidad de justos que me están reclamando y no los puedo desatender.

— Pero considerad, buen santo, que el frío que se siente en estas alturas es insoportable. Si he de esperar, procuradme, al menos, un pequeño hueco en vuestra portería, que desde aquí la descubro inmensa: de lo contario, no sé lo que va a ser de mí.

— Pase usted, señora, pase usted — contestó bondadosamente el apóstol pescador, añadiendo:

— Y ahora ya nada más me diga hasta que acabe de despachar.

Merceditas saludó graciosamente al santo, y, ganando la puerta, penetró resuelta en la portería, inmensa estancia formada por enormes nubes que tenían los inflamados variantes del iris. — Realmente debe de ser muy hermoso el cielo — pensó; — pero también aquí se siente el frío. Si San Pedro pudiese procurarme un braserillo... Pero ha sido tan terminante su mandato... Y ello es que por aquí no pasa santo viviente.

Sí que pasaba, bien que no santo, sino un pequeño ángel, llevando en sus manos algo parecido a un ramo de topacios y rubíes.

Era un braserillo, alimentado por los últimos rayos del sol, el cual angelito se apresuró a dejar a los pies de la aterida beldad.

— Gracias, hermoso niño — dijo Mercedes, preguntándole en medio de mil caricias:

— ¿Cómo te llamas?

Y una vocecita sonora como partida de un arpa de oro le contestó:

— *Angel*. En el cielo todos los niños nos llamamos así.

— Y en el mundo ¿como te llamabas?

— En el mundo, *¡Niño!* Era uno de los huérfanos que amparaba usted.

— ¡Pobrecito mío! — repuso Mercedes, abrazándolo. — ¿Conque fuiste uno de los asilados? Ya sabes cuánto os quería a todos. Cuanto me fué dable hice para vuestro bien.

— Sí, ya lo sé: siempre nos repartía usted dulces y golosinas.

Mercedes llevó instintivamente la mano en busca de algún dulce; pero, ¡olvidos de ultratumba!, ni un mal terroncito de azúcar llevaba consigo, ni una pastilla, ni un *bombón*.

— No traigo nada — dijo con visible disgusto. — ¿Cómo haría para poderte agasajar?

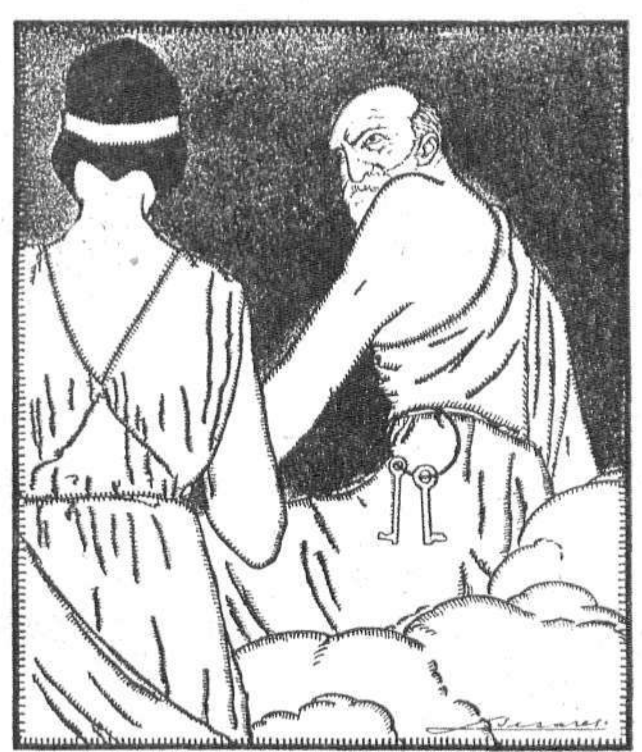
El ángel la miró sonriente, batió sus nevadas alas, desapareciendo en seguida envuelto en una nube que parecía flotante velo azul.

Donde tuvo apoyados sus delicados pies brotaron instantáneamente dos bellísimos rosales blancos; en la nube que lo envolvió entre sus vapores apareció brillante luminar.

Absorta y, más que absorta, maravillada quedó Merceditas a la vista de tan sorprendente mutación. Si tales prodigios la sorprendían en la portería, de puertas adentro ¿qué no se podría prometer? Ante tal idea, su dicha hubiera sido completa si no la hubiese molestado un frío que la tenía en continuo tiritar, debido, en parte, a que los rayos de sol que alimentaban su braserillo empezaban a extinguirse, brotando de su fondo pálidas estrellas, que transmitían a su ser frío intenso y glacial.

Miró en derredor. Ni el ángel ni San Pedro. Lo solo que acertó a ver fué el silencioso desfile de extraño y singular cortejo, que llamó vivamente su atención. No le cabía duda: cuantos lo componían habían llegado con posterioridad a ella y, sin embargo, marchaban todos con la seguridad del que sabe dónde ha de ir, dónde está su puesto, dónde el término de su peregrinación. Ninguno de ellos llevaba *billete de favor:* todos iban recomendados por sus propias obras; todos por derecho y acción legal. ¡Qué relegada queda ella con ser quien fué! ¡Cómo la ofuscan y empequeñecen las brillantes aureolas que iluminan las frentes de aquellos justos!

Al discurrir así, una leve congoja la perturba y, desvanecimiento o fatiga, queda profundamente aletargada. En medio de su sopor se le antoja que desciende al mundo en alas de dos blancas palomas, encontrándose de pronto en una de las calles más concurridas de la población que habitó, invadida en aquella hora por extraordinaria multitud. Pregunta la causa de tan desusado movimiento, y, con el asombro que se deja adivinar, se entera que están esperando el paso de su entierro.



— ¡No hay paso! — exclamó.
— Entonces, ¿adónde he de ir? — preguntó aterrada la pecadora.
— ¡Al infierno! — contestó el santo. — ¡No hay en el Paraíso puesto para la infidelidad!

Bien se ha portado su marido a juzgar por las apariencias; su dolor debe ser de primera clase. Allí viene el fúnebre cortejo: gran contingente de curas y niños asilados; el féretro, colocado en severa carroza, desaparece bajo infinidad de coronas ofrecidas por su viudo, varias amigas y la junta de la benéfica asociación que presidió. Marcha seguidamente gran acompañamiento de deudos y amigos, y a éste larga hilera de carruajes, a la cabeza de los cuales marcha su elegante cupé, convenientemente enlutado y dispuesto según las últimas exigencias de la moda. Mercedes queda más que satisfecha de aquellos agasajos póstumos: lo solo que la contraría es que no sea su Paco el que presida el duelo. ¿Por qué habría dejado de cumplir con este último y sagrado deber? ¿Estaría enfermo quizá? Y, sin dirigirse nueva pregunta, de un vuelo llegóse a su hotel, su hotel entregado al pillaje de criados y advenedizos, que lo saqueaban como a país conquistado. A no haber muerto ya, aquella brusca impresión le hubiera quitado la vida; pero, insensible casi a toda sorpresa violenta, pasó impasible por entre los que se repartían el botín, dirigiéndose en busca de su marido. A su paso encuentra el salón rojo completamente transformado

y convertido en capilla ardiente. En su centro, y montada sobre enlutada gradería, se levanta lujosa cama imperial con grandes cortinas de terciopelo negro, con lágrimas y flecos de oro. A la derecha se ve un altarcito, donde se han celebrado misas por la mañana. Ante el Cristo de marfil, de pálida y agonizante faz, arden sinnúmero de cirios, que, con los blandones que rodean el túmulo, llenan la habitación de triste y melancólica luz. Aunque la *mise en scène* le pareció irreprochable, salió apresuradamente de la estancia, cruzó el salón pompeyano y entró en seguida en su saloncito azul. Allí estaba su viudo, tranquilo en apariencia, pero revelándose en su semblante las huellas de reciente dolor. Estaba sentado delante de su secret r contemplando atentamente varios objetos por allí desparramados. Paco besaba algunos de ellos con algo de religioso fervor; otros los separaba con gran cuidado, interrumpiéndose de vez en cuando en su tarea para secar una lágrima que triste y silenciosa rodaba por su mejilla. Mercedes le contemplaba conmovida. ¡Qué bueno le resultaba su marido después de muerta! Triste cosa era, sin embargo, enterarse de ello cuando no podía demostrarle su gratitud. De pronto, con asombro sin igual, vió que Paco echaba mano de un paquete de cartas atadas con una cinta azul. Entre ellas guardaba la de Perico Urdales, que sólo por imprudencia conservó. A poder hablar, ¡con qué afán hubiera suplicado a Paco que desistiese de su examen! Pero era en vano: la cinta había sido ya separada y las cartas estaban en poder de su marido que las contemplaba con esa desconfianza con que el presentimiento anuncia las grandes decepciones. Paco vaciló unos instantes, ocultando luego su pálido rostro entre sus manos. Al separarlo de ellas, mostraba su faz el más encendido rojo. Con ansiedad febril recogió todos aquellos billetes, y sin leer uno solo de ellos los arrojó al encendido hogar, en tanto murmuraba con amargura infinita.

— ¡Yo te perdono, mujer!

No alas; vida y alma hubiera querido tener ella en aquel instante para arrojarse a los pies de aquel marido ejemplar; pero no era posible hacerlo en su forma incorpórea. Por fortuna, su angustia duró poco, ya que el fuerte toser de un santo que por junto a ella pasaba le llamó de nuevo a la realidad.

Mercedes le miró atentamente, y al persuadirse de que no era el que esperaba, con gran cortesía le dijo:

— Dispense usted, buen santo: ¿podría decirme por dónde anda San Pedro?

— Está despachando — contestó el interpelado.

— ¿Despachando? ¿Con quién?

— Con el ángel que lleva la cuenta de las buenas y las malas obras. El *debe* y *haber*, como dirían en lenguaje mundanal.

— ¿Tendré que esperar mucho todavía?

— Están acabando; hoy ha sido día por demás aprovechado. A veces nos pasamos semanas y meses sin ver alma nueva; hoy, en cambio, el ingreso ha sido extraordinario. Ya se ve: con eso de la influenza y las pulmonías parece que lo pasan abajo bastante mal.

— ¡Y tan mal, buen santo! Como que no se puede pasar peor. Ya ve usted: yo misma gozaba hace dos días excelente salud. Anteanoche fuí a un baile, y a su salida me pilló una pulmonía tan fulminante que a las doce horas ya estaba llamando en esta portería.

— ¡A la salida de un baile! — repitió severamente el santo.

— ¡Oh, sí! Una fiesta maravillosa, la mejor de las muchas a que asistí. ¡Quién me dijera que era la última! Jamás lo hubiera creído yo.

El santo la miró compasivamente, y extendiendo su diestra:

— Vea usted — le dijo; — llegó la hora de su juicio: prepárese usted a contestar.

Mercedes miró hacia el sitio que acababan de indicarle, y, en efecto, vió que se dirigían a su encuentro San Pedro y un gallardo ángel vestido con holgada y majestuosa túnica blanca, cíngulo de oro en la cintura y en la frente aro del mismo precioso metal; en sus manos llevaba dos billetes, rosados y perfumados ambos, bien que por distinta esencia y vario color. Era el uno el billete que le proporcionaban los ángeles en cambio de su participación en bien de los pequeñuelos; era el otro su carta de contestación a la indiscretísima que guardó de Perico Urdales. Leyó San Pedro el primero, y la más bondadosa sonrisa ilumina su semblante; leyó luego el segundo, y hasta la calva se le puso roja. Después, repuesto de su impresión, con severa autoridad:

— ¡No hay paso! — exclamó.

— Entonces, ¿adónde he de ir? — preguntó aterrada la pecadora.

— ¡Al infierno! — contestó el santo. — ¡No hay en el Paraíso puesto para la infidelidad!

A esta voz del implacable santo replegáronse todas las nubes, dejando a los pies de Mercedes enorme vacío, por el cual no tardó en rodar. Mas a tiempo apercibióse de su caída el ángel que le procuró el braserillo, quien, al verla caer, arrancó dos plumas de sus nevadas alas, arrojándoselas con tan feliz acierto que se clavaron en medio de sus espaldas. Al verse suspendida en su caída, levantó los ojos la triste, viendo a su salvador que la contemplaba, asomando la rubia cabecita en el más esplendoroso luminar.

Mercedes remontó su vuelo, y al llegar junto al astro:

— ¡Ábreme, hermoso niño! — le dijo suplicante.

— No todavía — le contestó el ángel bueno. — Ve ahora al purgatorio, que yo cuidaré de que otros ángeles te manden plumas de sus alas para que puedas volar cuanto antes a la gloria. No lo dudes: nuestras plumas te franquearán muy pronto las puertas del Paraíso.

DIBUJOS DE BESARES.



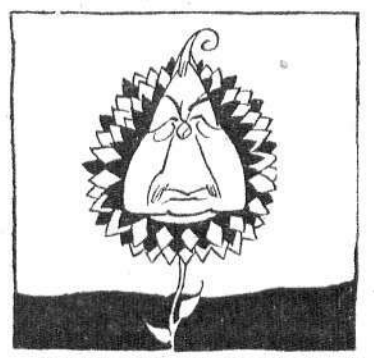
FIN

DICHO Y HECHO, por Alvarez

JARDIN PRIMAVERAL



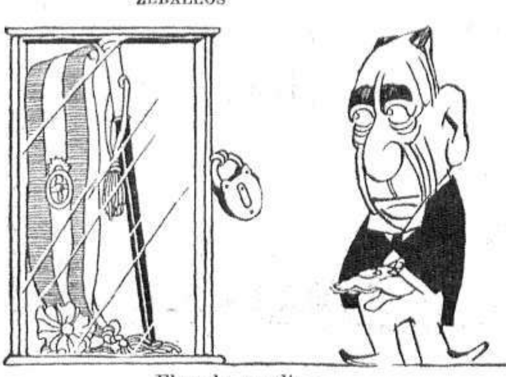
Pura, encendida rosa
émula de la llama...
ZEBALLOS



La siempreviva de la calle Brasil
IRIGOYEN



Pensamientos·



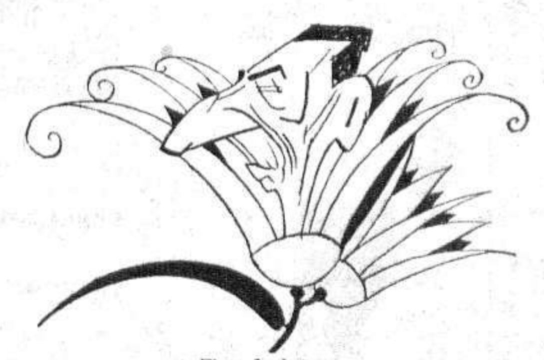
Flor de un día.
¡Ni, un día siquiera!
BANDA, BASTÓN Y ELPIDIO.



— Mi plan que era una cosa tan bonita
se deshojó como una margarita.
HERRERA VEGAS



... en el marchito corazón humano
¡ay! no retoña la ilusión perdida.
DE LA TORRE



Flor de loto.
NOEL



— Volverán las oscuras golondrinas...
¿Y esos no volverán?
JACINTO (FERNÁNDEZ)



Flor de santidad.
CANTILO

EL CASTIGO DE LOS PROFANADORES DE TUMBAS

Las revistas europeas han publicado artículos saturados más o menos de cierto hálito supersticioso al referir el trágico fin de lord Carnarvon, herido por una enfermedad desconocida, y con dicho motivo hacían resaltar que la mayor parte de los llamados egiptólogos caen tarde o temprano víctimas de inexplicables dolencias.

Por lo visto el tremendo oficio de profanar las tumbas, sin que se pueda explicar el *porqué*, tiene un castigo inevitable.

El nuevo mundo no podía quedar atrás en esta como en tantas otras cosas. También nosotros poseemos tumbas que por su magnificencia y abolengo pueden parangonarse a las mejores que se descubren en el Egipto.

Quien lea «Recuerdos de la guaquería en el Quindío», cuyo autor es el señor Luis Arango C., no podrá menos de sentir lo que deben sentir hoy los corazones sencillos y nobles al ver como se profanan los recuerdos y las cenizas de los que fueron, en nombre de una malsana curiosidad cuando no por la pura ambición del dinero.

Sin exagerar un solo punto, podemos asegurar que leyendo esta declaración de las guacas abiertas en el Quindío y en otros lugares, mencionadas detalladamente por el señor Arango, la tumba del Faraón no era más rica que la de estos antepasados de los quindos, que sentían horror a yacer en un sepulcro, y hacían que les sepultaran de pie y con las armas en alto como para no caer, ni en el proceso de la eternidad, ante sus enemigos.

Dice el libro, al narrar la guaquería de una tumba donde encontraron ochenta guerreros en guardia:

«Había una estatua que los guaqueros decían que era la de un rey, que era de oro y media 16 pulgadas. Estaba sentado en una silla de cuatro patas. En las dos esquinas del espaldar tenía dos cabezas: la una de un mono y la otra de un mico. En una mano tenía un bastón que se le podía quitar y poner, en la mano izquierda una canasta con el grabado del tejido, también de quitar y poner. El vestido grabado en el mismo oro, camisa, saco-levita, calzón de la cintura a la rodilla y de aquí a los pies polainas. De cara afilada, tez pulimentada, nariz aguileña, ojos redondos, boca diminuta, labios delgados, garganta cilíndrica, cabeza un poco redonda, cabellera grabada y recortada por el cuello. Tenía una corona de quitar y poner, con cinta de anchura de dos pulgadas. Del borde se elevaban seis potencias piramidales.»

Era una divinidad como lo podría ser el Faraón. Y estas estatuas cayeron en manos de los guaqueros que las vendieron a cualquier precio para ir a enriquecer los museos de Europa, sin llevar el nombre de Colombia. Si estas cosas se hubiesen descubierto en Egipto, el mundo entero estaría pendiente de ellas porque no son allí humildes e ignorantes guaqueros los que profanan las tumbas, sino sabios y ricos hijos de Inglaterra y de Francia.

El señor Arango nos dice también como los guaqueros (descubridores de guacas) sufrieron su condigno castigo, publicando una lista interminable de guaqueros muertos trágicamente que debiera servir de lección a profanadores de sepulcros, ya que los legisladores no han creído serio ni digno de su atención velar por las cenizas de los antepasados y por las escrituras que guardan el secreto del pasado.

Bodas de oro



Señora Narcisa Causit de Cuello.



Señor Agustín Cuello.

En la basílica de San Francisco se celebró una solemne misa en acción de gracias, oficiada por fray Gabriel Cuello, hijo de los esposos Cuello, impartiéndoles la bendición episcopal monseñor De Andrea.

Radiotelefonía



Señor Héctor Mastro, autor del diminuto aparato radiotelefónico incluído dentro de un dedal de celuloide que mide un centímetro de circunferencia máxima. Se pueden alcanzar variaciones de longitud de onda entre doscientos cincuenta y seiscientos metros, con antena de dos hilos, obteniendo un funcionamiento perfecto y de gran nitidez con todas las estaciones transmisoras de esta capital.



EL APETITO DE LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

Las viejas crónicas españolas del tiempo de la conquista relatan las incidencias del primer banquete monstruo, celebrado por dos conquistadores españoles en el territorio de la actual Cuba.

Pánfilo de Narváez y el padre Las Casas habíanse establecido con sus hombres en un lugar de la costa norte, al extremo occidental de Cuba. Mientras el primero de los nombrados era de carácter cruel y sanguinario, el segundo, por el contrario, hacía gala de una inagotable bondad, y pronto hizo olvidar a los indígenas todas las atrocidades cometidas por su compañero.

Recogidos en el pequeño pueblo indígena de Cara Hate, los conquistadores, asombrados y encantados por la belleza y variedad de su flora y la riqueza de su fauna, decidieron celebrar un banquete festejando sus éxitos militares en las diversas expediciones que contra los aborígenes habían realizado.

Sometidos, pacíficamente gracias al padre Las Casas, los indígenas de Cara Hate, los españoles hiciéronlos participar en la fiesta, y a tal efecto trescientos indios, casi desnudos y con el cuerpo pintarrajeado caprichosamente de franjas y círculos rojos y negros, luego de depositar las ofrendes, bailaron largo rato de un modo desaforado, al compás de un canto monótono y lento que, no obstante, divirtió grandemente a los españoles. Inmediatamente después dióse comienzo al festín, que duró quince días seguidos, durante los cuales corrió el vino a raudales. Pero lo realmente curioso de este primer banquete americano fué que los platos estuvieron compuestos por diez mil papagayos aderezados en diversas formas, debidas a la fantasía y arte culinario de experimentados cocineros indígenas que, de este modo, esperaban atraerse la benevolencia de los conquistadores.

La brusca aparición de dos damas españolas luciendo el traje de Eva vino a matizar el transcurso de la fiesta. Estas damas, una vez vestidas decentemente, es decir, a la usanza de la época, y recibidas por el jefe Narváez, resultaron ser las únicas sobrevivientes del naufragio de un barco español cerca de la costa occidental de Cuba. Como puede suponerse, lo primero que se le ocurrió al avisado padre Las Casas, para evitar disturbios entre su gente, fué elegirles dueños legítimos a las damas náufragas, y en cuanto se le presentó la ocasión casólas con dos de sus hombres. De este modo se evitaron las aventuras amorosas y los lances de honor.

Y en cuanto al banquete, tuvo el honor de cambiar el nombre del pueblo en el cual se llevó a cabo, y en lo sucesivo el pueblito de Cara Hate se llamó Cara Harta.

No hay peores tiranos que los esclavos, ni hombres más soberbios que los salidos de la nada. — LAMARTINE.



Buena Precaución

El hombre resfriado, que no por eso deja de fumar, se pasaría la noche tosiendo por causa del cosquilleo de garganta, si no tuviese la precaución al acostarse de ponerse en la boca una

Pastilla iodeína Montagu

Su acción es prodigiosa; hace desaparecer de la garganta ese cosquilleo que excita a toser y duerme uno como un lirón. Al día siguiente amanece muy mejorado, con la boca fresca y con el estómago en buen estado.

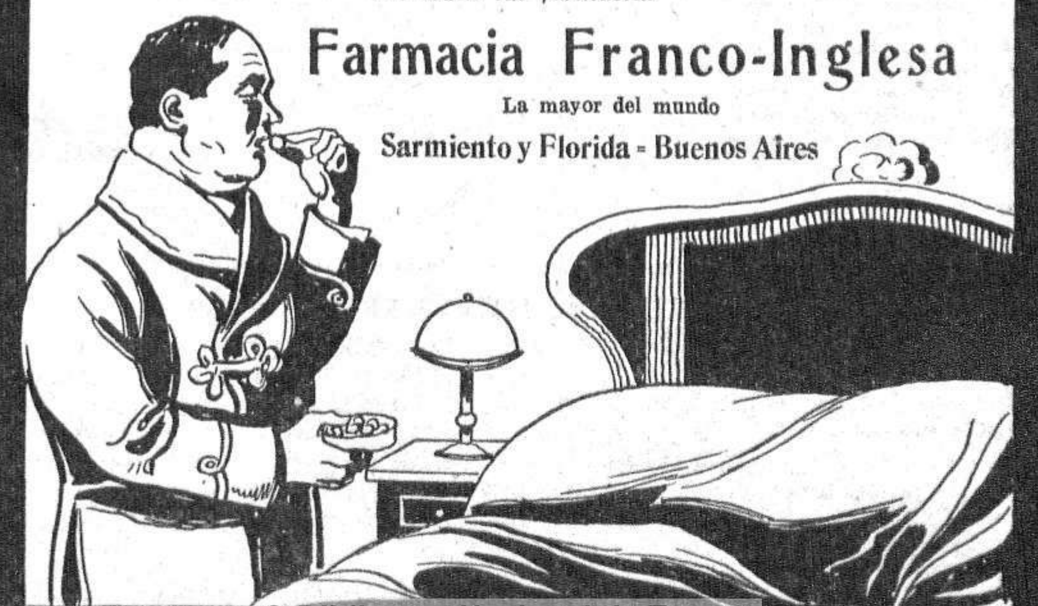
En todos los casos de ronquera, resfrío, asma, bronquitis, enfisema, las **Pastillas iodeína Montagu** son el más certero remedio.

En todas las farmacias

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida - Buenos Aires



Suprimamos la V

por

LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA.



— Ninguno la pronuncia.
— Algún pedante
se hace el interesante
pronunciándola bien.
— Bien, a su modo.
Porque, después de todo
es más *efe* que *ve*.
— ¡Claro que es *efe*!
Conozco a un mequetrefe
que quiere ser correcto
y se expresa en estilo de prospecto.
Pues ese mequetrefe ha dedicado
a su novia Vicenta un desdichado
madrigal, como prueba de su afecto.
Es su obra más famosa.
Voy a ver si recuerdo alguna cosa.
«Ficenta, fen a ferme,
si no quieres, Ficenta, que me enferme.
Tú eres muy falerosa;
¡atréfete, Ficenta! En el facío
refienta el pecho mío.
¿No fes como refienta?
Fen, fen, Ficenta, fen. ¡Fen, fen, Ficenta!»
Así pronuncia el *fate*,
porque ignora que es tonto de remate.
— Ese es una excepción.
— Sin duda alguna.
Hay pocos de esa clase, por fortuna;
¡aunque en el mundo hay tanto botarate!
— Yo sé que las mujeres más sensatas,
lo mismo que los hombres más sensatos,
¡hasta las literatas!
¡hasta los literatos!
la *ve* confunden con la *be*.
— Es muy cierto.
Y censurarles es, sencillamente,
predicar en desierto.
¿No opina usted lo mismo?
— Exactamente.
He oído a mucha gente
que grita «¡Biba Albear!»
— ¿Y, sus colegas,
no llaman al ministro, Herrera Begas?
— La *ve* es innecesaria.
— Es un sonido
sin estado civil.
— Se ha suprimido
del lenguaje vulgar, por inservible.
— Pronto, del alfabeto,
la tendrán que borrar.
— Es muy posible.
— ¡Qué benga al punto el beto!
¿En qué defecto incurro
si hablo de Benus con la *be* de burro?
El propio relamido que me ataca,
¿habla de Benus con la *ve* de baca?
¿Quién puede criticarme? Un majadero.
Yo hablo, mi amigo, con la *be* que quiero.
— Yo escribo como hablo.
Y, el que se enoje, que se vaya al diablo.
Oiga esto, compañero:
«Bolando ban las abes.
El biento lleba sus quejidos suabes
hasta la selba donde el bate baga.
Renobarse le halaga
y murmura: «Abecillas bocingleras
que bibís benturosas, ¡os embidio!
Yo banamente lidio
por no imitar a barios calaberas,
bacuos y banidosos,
que, jóbenes o biejos, son biciosos.
¡Quién tubiera birtudes tan sencillas
cual las buestras, beloces abecillas!»
Ya ve que resultados conseguimos.
¿Suprimimos la *ve*?
— La suprimimos.



De Avellaneda

Público que asistió a la conferencia de carácter cultural que el Centro de Estudiantes de Avellaneda encomendó al doctor Carlos Ibarguren. El tema elegido por el conferencista fué "Los dioses de los Andes", desarrollado con gran brillantez y maestría.


¡CRÉA!
La necesidad de responder a esa voz misteriosa que grita dentro de nosotros: "¡Créa!", es el más poderoso resorte que impele al hombre. Desde el artífice que pule el mármol, hasta el gañán que ara la tierra, todos, cuál más, cuál menos, queremos crear algo, dar vida a algo, sacar algo de la nada, y a ese esfuerzo colectivo se deben el bienestar, la belleza y la civilización. Pero en la lucha suele asaltarnos un alevoso enemigo que destruye todas las energías: el dolor físico. Por fortuna, la ciencia moderna, que "créa" sin descanso para bien de la humanidad, ha encontrado últimamente el remedio por excelencia: la CAFIASPIRINA. A su acción ceden, en pocos momentos, los dolores de cabeza, muela y oído; las neuralgias, los resfriados, etc. Además, es el único analgésico que ofrece la enorme ventaja de quitar el decaimiento que acompaña a los dolores muy fuertes y el malestar que sigue al excesivo trabajo mental y al abuso de las bebidas alcohólicas. Los médicos prefieren hoy la CAFIASPIRINA, no solo por su extraordinaria eficacia, sino por el hecho de que no afecta el corazón. Se vende en tubos de 20 tabletas y en SOBRES ROJOS de una dosis. Ambos empaques están identificados por la Cruz Bayer.
BAYER

De Avellaneda

La sala del teatro Roma durante la velada organizada por el Club Social de Maestros, en conmemoración del "Día del Maestro". El profesor Juan F. Jáuregui (en el ángulo) dió una notable conferencia: "Algunas cuestiones sobre educación".

UNA HISTORIA DE MÚSICOS AMBULANTES

Por

CLAUDIO BRAGATTO



LANCA de luna, la noche. Marzo, rudamente, golpeaba a los árboles con sus fríos embates haciendo caer las últimas hojas ya secas por la prolongada y cruel intemperie. Un silbato de tren, lejano, casi como un lamento, desgarró el silencio. También en el cielo el viento alborotaba o corría, empujando, torciendo el lento andar de sueño de las vagabundas nubes. Una hilera de carros rechinantes, allá a lo lejos, con escasas luces apenas perceptibles, daba una impresión triste como de acompañamiento fúnebre. El camino era pesado, acaso por causa del hielo, y a un lado corría una acequia, sobre cuyas aguas se reflejaba la luna.

Micio, Strambina y Punc, parados en mitad del camino, se miraron un momento. Punc permaneció quieto, pero sus vítreas pupilas apagadas perforaban la noche. Los semblantes estaban amoratados por el frío, y solamente los ojos — de Micio y de Strambina — tenían una característica propia, como una incandescente luz de ignoto y de misterio, o como de algo que dijese de una sed de nueva vida próxima y mutable. Las manos estaban torpes y casi doloridas por la nieve, los pies sangraban, hinchados. Desgarrados, los vestidos.

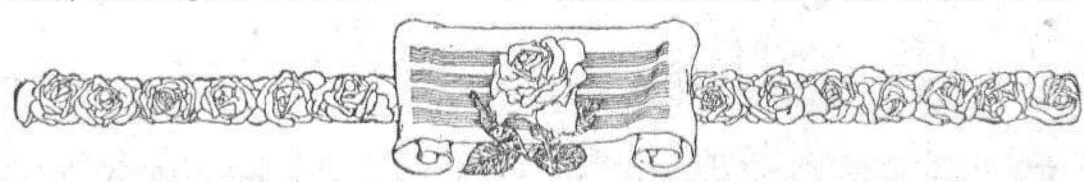
Punc sentía en su vientre intermitentes contorsiones, como amagos de calambres...

Micio se sentó sobre una piedra, y después de encender su pipa, dijo:

— Dos horas de camino todavía. ¿No se sientan ustedes? Dos horas y llegaremos.

Strambina se sentó. Era hermosa. Una mujer es hermosa aun cuando su rostro esté surcado por todas las pasiones y sus cabellos sean hasta plateados y escasos. Strambina era todavía hermosa, aun en el sensible marchitarse de sus carnes. Tenía las manos afiladas, nerviosas, y los ojos negros llenos de una líquida luz de sueño y de pasión. Se sentó sin decir palabra y extrajo de un pañuelo un retratito de niño. Lo miró con calma, silenciosamente, y lo besó. Y sus ojos negros, fijos en la inmensidad del ya obscurecido horizonte surcado, acá y allá, con claridades lunares, veían en recuerdo un sueño de vida pasada.

Delante de ellos una hilera de árboles inclinaba a veces sus copas a los furiosos golpes del viento. Punc pensaba: — ¿Dormir en los caminos, como perros roñosos y bastardos? El rocio, es cierto, te lava la cara con tanta delicadeza... Pero hay otras molestias. Por ejemplo: la cama no es muy elástica que digamos... — Y reía. En su morral guardaba medio pan. Y decíase a sí mismo mentalmente: — ¡Afuera ese pan, Punc! ¡Y tú, Strambina, no sigas con tu mutismo! ¿Qué se le va a hacer? Por lo demás, ¿no hace ya tantos años que llevamos esta vida? Además, no es una novedad ni una



excepción encontrarnos en una noche fría como ésta con sólo medio pan para tres.

— Venga ese pedazo, Punc — dijo Micio con voz sombría.

El ciego extrajo el seco alimento y extendió su brazo. Quería reírse, pero la voluntad le hizo traición, porque su rostro revelaba un aspecto grotesco y lastimero.

Reir está bien; cuando las manos se hallan hinchadas por el frío y el vientre se lamenta en sus conductos vacíos... reir es casi una salvación.

El ciego no comió. Alargó su brazo y colocó su pedazo de pan, el trozo suyo, en el regazo de la mujer que estaba a su lado, y ésta lo mordió en seguida, con rabia casi, mirando un tanto maravillada a su heroico compañero.

Ella sabía que Punc le daba su pan por una sutil razón que ignoraba Micio, el patrón. Ella sabía que la miseria más negra, algunas veces, está cruzada por fugaces relámpagos que la iluminan; y un bocado de pan dado por un ser hambriento, que lo ofrece al tiempo que procura sonreir, es un tesoro precioso, más tesoro y más precioso que un montón de liras. Sobre la hierba ya mojada de rocío, Strambina comió en silencio su doble ración, mientras Micio probaba en sordina su viejo instrumento de música y de trabajo, arrancando suaves y breves lamentos sonoros, largos y leves.

— ¿Por qué afinas? — le preguntó en seguida la mujer con su acostumbrado asombro que siempre se traducía en preguntas cortas, menudas. — ¿Por qué afinas, si nadie oye y nadie va a darnos monedas?

Agregó tras una pausa:

— Deja en paz ese pobre instrumento y reposa un poco también tú.

¿Para qué despertar de tan dulce indolencia nutrida de hambres y de melancolías? Mejor era tenderse de espaldas y echarse a dormir... o a soñar, mientras el corazón — ya angustiado de todos los caminos sin término — se apresta a descansar de sus fatigas.

— Deja, deja eso tranquilo; y descansa tú también.

Así dijo ella al hombre, mirándolo francamente. Micio la miró a su vez, pero con cierta compasión, casi con desprecio. Y continuó afinando.

El aire de esa hora primaveral traía ecos variados de cantos de pájaros. Y la acequia que corría próxima a ellos murmuraba incansablemente. Y las cigarras cantaban sus monótonas canciones.

El instrumento gemía en las manos de Micio. Este, al levantar la vista porque había caído algo en el agua, descubrió que Punc se aproximaba demasiado a la mujer, como queriendo dormirse con su cabeza sobre el regazo de ella.

Micio dijo entonces:

— Coraje; con este frío que hace, esta noche no dormiremos en el camino. Buscaremos un montón de paja y un reparo.

— Bravo. Aquí dormiremos, sin embargo. La noche está llena de estrellas — respondió Strambina con una fresca sonrisa de niña; y agregó tras una pausa: — En el aire hay todavía un poco de la fiebre que dejó el sol de hoy.

— Dices bien tú —respondió Punc el ciego.—Pero ahora ya es tarde. Habría sido mucho mejor atender los consejos de aquel viejo de Ancona; pero tú...

Hubiera querido en este punto continuar la frase hasta acabarla, y haber dicho cosa justa y en razón; pero Micio tenía calzadas ciertas botas, que sólo pensando en ellas Punc sentía casi renovarse el dolor de golpes anteriores.

Micio sentía sed; colocó en el suelo, sobre la hierba, su viejo instrumento, y se dirigió a la cercana acequia cuya cinta plateada deslizábase rumorosa con una canción hecha de sollozos suaves y velados que invitaban a sentir la armonía que la Naturaleza concede a tantas de sus pequeñas cosas y obras.

Entonces, como bajo el imperio de una fuerza instintiva, con un brazo, el ciego circundó el magro cuello de la mujer; y la besó en una mejilla una, dos, tres veces, con un ímpetu y una impaciencia de niño azorado entre los brazos de una madre; y, temblando, con un evidente sobresalto en su voz que se iba apagando, dijo:

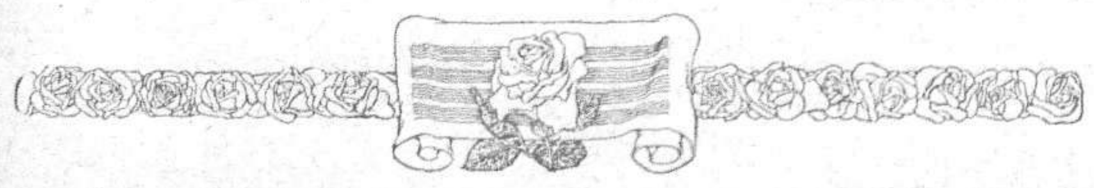
— Querida..., querida...

La mujer no se movió siquiera. Tenía una mirada fría, acerada. Las cosas de su corazón triste la llenaban de una desesperación impetuosa, pero sofrenada, contenida. Y esto la hacía sonreír. Era tranquila, sí. Y en su mente pasaban muchas cosas, cosas de sueños, recuerdos que antes fueran vida verdadera, recuerdos de escenas y sucesos reales de su vida de antes... Una plaza grande, arbolada; encuentros con jóvenes elegantes. Fascinadoras músicas exóticas, en los grandes restaurantes, relucientes y feéricos, con tantos espejos y tantas decoraciones. Ondas que lo envuelven todo en su deslumbrante claridad; muebles dorados; cálices colmados de embriagadores y exquisitos venenos.

Extraños perfumes exóticos de las bellezas femeninas semidesnudas. Juventud despreocupada, vida efímera, ilusiones de un día o de una noche, o a lo más, de toda una primavera. Entre aquel rebullir de jóvenes alegres y frívolos, pasaba una muchacha morena, altiva, orgullosa, prendida una gran flor azul en la negrísima mata de sus cabellos. Saltaba sobre la tarima de la orquesta donde la esperaban sus compañeros. Sonriendo, comenzaba a tocar su violín. Fría, impasible, en medio del torbellino de fiestas y de deseos, parecía invencible en su trinchera contra el ambiente. Pero llegó también para esta muchacha altiva y orgullosa y fría, la hora de la locura de amor, mezcla de cariños, lisonjas y alegrías. Es un narcótico que aquieta la sangre. Tras la borrachera, tras la resonante orgía, pasaba el alba que empalidecía las cosas y los semblantes de los trasnochadores; y esa áurea noche de activa vida iba a acurrucarse en obscuras alcobas. ¡Amor, vida, juventud encantada! Después, todo lo que vive, muere. Muere la belleza; la carne pierde su tersura; la sangre no rebulle más. Solamente los ojos continúan vivos, vívidos, para iluminar el castigado semblante de los que vivieron orgiásticamente. Y los ojos, los ojos pueden recordar...

Ella, la mujer sobreviviente a su propia belleza, miraba en el vacío una cosa lejana en el tiempo. Miró un momento a Punc y a Micio y volvió a hundirse en sus recuerdos.

Recordaba una manecita infantil — ¿habrá muerto? — que la saludara con tanto cariño un día ya lejano, cuando ella decidiera echarse a la ventura, despedazando todas sus ilusiones. «— Adiós, hermana, adiós». ¿Por qué no se podrá destruir la memoria? Ella tiene en su seno guardado un retrato que habla. A este retrato va el recuerdo suyo



de cuando en cuando. ¿Estará muerto? ¿Habrá muerto? ¿Por qué ella se había ido tan lejos, si aquel inocente hermanito la quería tanto?

El ciego abrazaba a la mujer; y así, ésta le dejaba caer en el corazón una pequeña ilusión mientras que en sus labios erraba una amarga sonrisa de ironía, y con la cabeza hacía un triste gesto de denegación. En tanto, la noche avanzaba. Las cigarras, desafiando a! frío, acumulan sus cantos, los cantos de sus élitros, para, en solidario coro, despertar a la primavera...

— Yo puedo ver, yo veo, Strambina, si me dejas un poquito más de tiempo tu mano entre las mías. ¡Veo tantas cosas!... Como cuando era niño y mi madre me llevaba a paseo por calles rumorosas y jardines florecidos. ¡Oh, cuántas flores, qué de flores! Pero éstos son sueños ahora... ¡Eh!... Si tú quisieras, Strambina, yo te contaría una historia que me contaba siempre mi madre cuando yo era niño y veía yo también el sol y las flores y las cosas todas que se pueden ver. Pero tú, acaso...

Un breve beso, pero esta vez casto. Una caricia suave, dulce, casi infantil, que suscitó un corto gemido, como de un corazón al ser apretado demasiado fuertemente entre dos manos rudas.

— No son romanticismos, ni sueños, ni mentiras. Verás: Yo tenía una casita en medio del campo, y durante todo el día yo correteaba, corría...

Micio volvió; con el pie llamó a la realidad a sus dos absortos compañeros, y, como de costumbre, miró a lo lejos y dijo:

— ¡Eh! ¡Pronto! Una hora de camino y llegaremos. Tú, Strambina, cantarás frente a las tabernas. Comer, has comido, y debes estar satisfecha, ¿eh?

— Bueno.

Cogieron morral e instrumentos y comenzaron a caminar. Bajo sus pies crujía el pedregoso camino. Los saludó un pájaro asomado a sus balcón de ramas espinosas y salvajes. Pequeñas sombras parecían animarse aquí y allá, intermitentemente, por el sendero. La campaña era todavía obscura, cansada y abatida por el largo invierno, hambrienta de sol.

— ¿Música? ¿Dónde? ¿Quién toca?

Llegaba hasta los tres caminantes, a ráfagas, una música alegre, atrayente. Detuviéronse para saber de dónde provenía. Acababan de entrar en el pueblo iluminado con focos eléctricos, blanquísimos, aunque solamente en su calle principal. Se dirigieron hacia el lugar de donde partían las melódicas notas. Era una calle obscura, desierta y torcida. Poca gente pasaba al lado de ellos.

Malo es el mes de marzo. Marzo soplaba su helada risa en la noche blanca sobre la cara de los que hacían el camino de la vida sin detenerse apenas unos minutos para tomar un escaso alimento y un breve descanso. Si las luces brillaban tras los vidrios de las ventanas bajas y cuadradas, podían ver ellos tres o cuatro personas reunidas en torno a una mesa tendida sobre la cual humeaba la sopa. Y el silencio vigilaba delante de la puerta. Y esa claridad vigilante de las ventanas parecía decir: «Este es un pequeño oasis de reposo; pero es cosa sagrada.»

— ¡Eh!... — se consolaba Micio. Punc, como no veía con los ojos de la cara, presentía también la existencia real de hogares y sopas y lechos...

Los tres atravesaron una pequeña plaza desierta, casi completamente bañada de claridad lunar. El campanario proyectaba su recta sombra en la tierra fría y clara. Era una pequeña iglesia, pesada, casi profana. La música estaba próxima ya. Partía de una casa en la esquina de una calle. Una casa alta, hermosa, iluminada profusamente. Expandíase de sus puertas y ventanas una melodía un poco extraña, un poco grotesca...

Micio se acercó hasta la gran puerta central y escuchó. Punc pensaba, sonriendo con ese gesto triste suyo:

— A nadie, no conocer a nadie, y morir de hambre, en una noche como ésta, con la cabeza apoyada sobre el instrumento... y la caricia fría de la noche en nuestra boca que ya no puede reír...

Strambina se sentó en el primer escalón y escuchó. Micio dijo:

— Es un baile. Todos locos. Y todos bien hartos...

Cesó la música y se oyeron clamores de voces alegres y risas cortadas por la misma bufonesca alegría. Chocaban las copas, y una voz fresca, argentina, como de mujer joven, se hizo oír en el inmediato silencio. Era un brindis. Cuando la voz fresca y joven terminó, explotaron fragorosos aplausos, largos y alegres.

Entonces los tres compañeros, aprovechando el silencio que acaso por cansancio se estableciera en la sala, dieron al aire un poco de su música hecha de deseos, hambres, brillos de pálidas estrellas, noches de frío, caminos sin meta, destinos aciagos... Strambina, en un olvido total de todas las cosas, cantaba. El violoncelo del ciego lloraba en voz baja, vertiendo en sordos sollozos la blanca y antigua romanza. Cada vibración de las cuerdas tendidas era como un llanto contenido en la garganta hasta el espasmo doloroso del quejido.

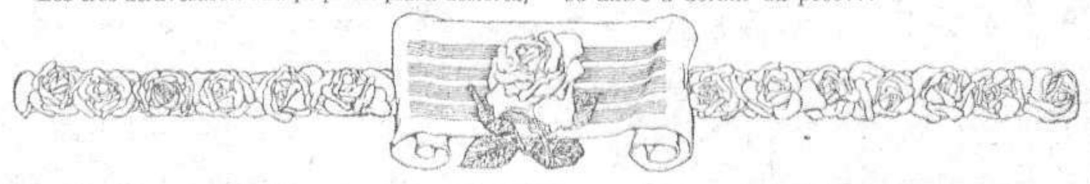
Había en la canción de Strambina lo que las muchachas de pueblo llaman «esperanza de amor»; había lo que los hombres jóvenes y elegantes interpretan como la «posesión de un amor que no dura»; había lo que la desilusión llama «agonía del amor».

De repente, se abrió la puerta y un rápido golpe de luces envolvió a los tres compañeros. Strambina cantaba todavía; Micio continuaba tocando su violín y Punc su violoncelo. Algunas mujeres vestidas con vaporosos trajes que el viento agitaba y quería arrancarles, llegaron al portal y escucharon. Algunos jóvenes, apuestos y elegantes, veíanse entre el grupo de mujeres.

Escuchaban la canción de aquella mujer alta, morena, gastada, cuyo vestido era de un aspecto lamentable, y se maravillaban que el viento no hubiese apagado todavía esa voz. Strambina, Micio y Punc: una voz humana, un quejido de violín, un lloro de violoncelo.

Les hicieron entrar, por curiosidad más que por piedad. Les hicieron tocar. Strambina cantaba. Micio bebía, bebía, impertérrito, taciturno. Strambina cantó de nuevo en medio de esa multitud de jóvenes — hombres y mujeres — elegantes, frívolos, alegres, graciosos. Las preguntas que aquella gente alegre hacía a los tres nómadas no obtuvieron más que breves y secas respuestas. El misterio de aquellas tres existencias continuó cerrado, impenetrable.

Afuera, la noche de marzo tuvo una pequeña tregua de aparente quietud. El viento, cansado de tantas carreras locas y tantos rudos embates contra las cosas y los hombres, había vuelto a echarse en su antro a dormir un poco...



Hacia la hora del alba salieron de la casa los tres vagabundos, silenciosos, contentos, con la cabeza pesada, llena de descentrados pensamientos contradictorios. Les martilleaba la sangre en las venas, encendida por el vino. En los semblantes había asombro, estupor.

— Canté... y lloraba. Pero, ¿quién se ocupa de mi llanto? ¿Quién leyó en mi alma abierta que yo también un día me emborraché de flores y perfumes y luces y caricias? ¡Tan cerca de mí tuve un día a hombres como éstos, a jóvenes así, tan cerca, tan míos!... ¡Y yo fuí tan de ellos!... Pero ninguno continuó... ¡También yo un día reí, ebria, toda esta misma idiota alegría; también yo un día bebí hasta las heces, hasta la náusea, en esas mismas copas!... Ahora cantaba, sí, pero mi corazón seguía mudo y cerrado, porque el tiempo, ¡eh!, las desilusiones, las desesperanzas, los fracasos, ¡eh!, me impusieron su máscara...

Así pensaba la mujer, pero callaba sus pensamientos. Advirtió que el ciego estaba sin guía; le esperó; Punc, al saberla cerca de él, se aferró con la mano a su falda para así caminar con menos cuidado de tropiezos.

Micio, alegre y taciturno, fumaba con una enorme satisfacción, y calculaba las monedas recogidas.

— ¿Dormir? ¿Y dónde, ahora, si ya es día?

Caminaron un poco más.

— Podemos sentarnos aquí... ¡Qué linda noche, eh! ¡Cuántas cosas! ¡Cuánto vino!... ¡Cuánta gente feliz!... ¡Llenos!

— Sí, llenos... ¡todos llenos... de nada! — dijo la mujer. — Y la vida de esa gente no es más que dinero. ¡Uf!...

Punc, siempre agarrado a su compañera, como a un sueño, así hablábase a sí mismo:

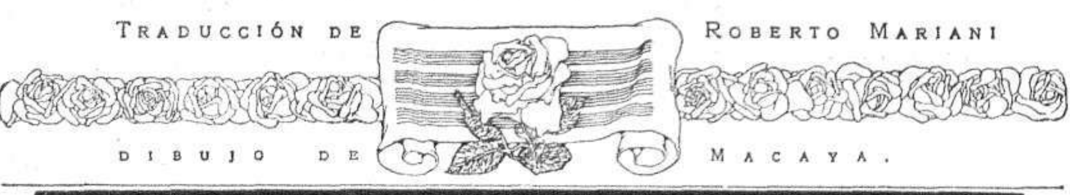
— Tener una hermosa casa que tus ojos no han de ver jamás... y una hermosa mujer a quien nunca podrás mirar... ¡Ah! ¿Qué hacer? Caminar..., caminar..., tocar..., desear... ¡El amor! Un poco de afecto, de caricias, pero mías, caricias para mí... ¡Eh, eh, eh!... ¡La vida del hombre!...

Procuró reír en medio de sus angustias y sólo consiguió hacer una mueca.

Sentáronse los tres.

La hierba estaba húmeda de rocío. Por momentos, una brisa soplaba, echándoles en los semblantes ese acre olor a tierra y a sembradío. Strambina se echó a descansar. Cruzó las manos bajo la nuca y entrecerró los ojos. Su voz, no la del canto burlesco o sentimental, sino su voz de mujer desengañada, su voz que emergía de un sombrío misterio, dijo, acaso para no pensar en cosas muy tristes:

— Punc, cuéntame tu historia, Punc..., de cuando eras rico... ¡Sí, ricos!... Cuéntame tu historia..., Punc... Tú tenías una linda casita en el campo... ¡Uf! ¡La vida!...



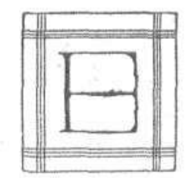
TRADUCCIÓN DE ROBERTO MARIANI

DIBUJO DE MACAYA.

De Lanús

Socios del Club Lawn Tennis de Lanús Oeste que concurrieron al baile familiar organizado por la directiva del club en honor de sus asociados.





L ABRAZO

(TRADUCCIÓN DEL GALLEGO POR
ANTONIO ZAPATA GARCÍA
DEL LIBRO "ALENTO D'A RAZA")

Entre los áureos hilos de la madeja ardiente
que vuela estremecida, del alto sol pendiente,
revuélvese ligero el zumbador tesoro
de rápidos insectos, como una lluvia de oro.
Los pájaros ocultan su bullidor contento
entre el follaje mustio por el quemante aliento
de la jocunda siesta: Germinadora brisa
formada en el misterio con la sensual sonrisa
del rostro refulgente de Príapo fecundo,
que, cual fuente de vida, va recorriendo el mundo.
Bajo de la ignea tromba, policromos lagartos
arrástranse enervados, holgazanes y hartos,
soñando suavemente con lúbricos amores
que arden dentro las clámides de mágicos colores.
Grita un cuervo, afligido por rijosa ardentía
que le aguijea el cuerpo, y allá, en la lejanía,
del seno montañoso, responde la burlona
voz de un eco festivo que mil risas corona.
Salta un sapo, buscando la oscura cueva amiga
donde suena amorosa de una hembra la cantiga.
Dos grandes mariposas, en la luz de sus brillos,
muy juntas, al son bailan de un concierto de grillos.
Extiende la hechicera diosa de nuestro canto,
bajo el umbrío bosque, su esplendoroso manto,
y el asombro se esparce por la extensión profunda
donde la fértil vida, palpitando, fecunda.
Es su áurea cabellera, luz de cielos serenos;
fuentes de amor y vida son los redondos senos,
palomas virginales que arrostran orgullosas
sus picos nacarados cual dos yemas de rosas.
Las columnas de mármol lentamente doblaron
y en el suelo el sagrario de aquel templo posaron.
Y ante él, de rodillas, el místico creyente
devoto le ofreció una oración ferviente,
con murmullos del agua de un arroyo risueño
que escurre en el regazo de un quimérico ensueño.
Meteoros vibrantes y cálidos, huídos
del pecho enamorado, que queman los sentidos;
chispazos escapados de la forja tronante
donde arden los amores del rendido gigante,
son las suaves palabras de esta oración grandiosa
que atormentan la carne de la doliente diosa.
El turbión del deseo el cuerpo de él agita,
cabe del santuario donde el placer palpita,
hasta que, ciego y loco, furente se desata
y, libre, corre y brama como una catarata.
Toca un mirlo en su flauta alegre melodía;
canta un himno la fronda de triunfal alegría,
mientras los brazos tiéndense ambos enamorados
y quedan los dos cuerpos fuertemente abrazados.

GONZALO LÓPEZ ABENTE







LAS CHICAS MODERNAS

LA TIA. — Porota, has sido muy mala hoy.
— Porque has venido en lunes, que es un día fatal para mí.

ELLA (moviendo la cabeza). — ¿Un beso? De ningún modo. Yo no he besado nunca a un hombre.
EL. — Ni yo tampoco...

OPORTUNIDAD UNICA

PARA ADQUIRIR CON UN

PEQUEÑO DESEMBOLSO

ESTOS REGIOS INSTRUMENTOS MUSICALES.



N.º 0,70 — **Preciosa Guitarra Valenciana**

Fabricación especial para la **"Casa América"**, construída con todo esmero en madera extrafina de caoba o jacarandá, doble cenefa en los aros, tapa de abeto armónico de los Alpes con doble filete alrededor, boca con finos mosaicos e incrustaciones de nácar, diapasón de concierto, clavijero mecánico. Lo guitarra viene acompañada de un elegante y sólido estuche, forrado interiormente en franeleta fina y exteriormente en tela imitación cuero.

Nuestra oferta por un tiempo limitado:

$ 25.- al contado y 10 mensualidades de **$ 12.-** cada una.



N.º 4106 bis — **Regio VIOLIN modelo STRADIVARIUS**

Instrumento fino de voces melodiosas y uniformes. Tapa armónica elegida, fondo y aros veteados. Muy buen barniz sombreado. Lo entregamos completo con arco fino, pez y elegante estuche, por sólo

$ 20.-

al contado y 10 mensualidades de **$ 9** c/una.



Nuestras Cuerdas Armónicas

dan doble valor a los instrumentos. Pídase un encordado de ensayo para convencerse. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado con porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para guitarra

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a................ **$ 2.70**

Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas de seda violeta, a........... **$ 3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas seda violeta, a.................. **$ 4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solamente...... **$ 10.—**

Cuerdas para violín

Encordado fino, para estudio, a.......... **1.90**

Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata pesos........................ **$ 2.60**

Encordado **«Concertola»** de gran concierto, 4.ª de plata, a......... **$ 3.40**

Comprando los tres encordados en una sola vez....... **$ 7.50**

ESCRIBA HOY MISMO SOLICITANDO INFORMES A LA

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979 — NO TENEMOS SUCURSALES / NO CERRAMOS LOS SABADOS — **Buenos Aires.**

De Bahía Blanca



Equipos de football del Banco de la Nación Argentina y Banco Hipotecario Nacional que jugaron un importante partido a beneficio del Patronato de la Infancia y Sociedad de San Vicente de Paúl.

UNA ANÉCDOTA DE LAVALLE

Durante la permanencia en la ciudad de Lima del general Bolívar, un acaudalado limeño obsequióle con un magnífico banquete en el cual figuró todo lo más descollante de la sociedad peruana y casi todos los jefes del ejército expedicionario argentino, que a la sazón encontrábase en esa capital.

Córdoba, Sucre, Miller y otros jefes notables de Colombia; Alvarado, Necochea, Lavalle y varios oficiales argentinos, se hallaban en el suntuoso banquete que presidía el «hombre a la moda», sobrenombre con que se distinguía entonces al Libertador Bolívar.

Lavalle ocupaba un asiento próximo al de Bolívar y tenía a uno de sus costados a Necochea. La fiesta transcurría en medio de la más absoluta camaradería en la que se rivalizaba en espiritualidad y cortesía.

Al hacer el mayor Lavalle ademán para pronunciar un breve brindis por el triunfo de la causa americana, derribó una botella de vino que, rápidamente, se extendió por el flamante mantel formando un mapa obscuro de contornos caprichosos.

Una chispa de disgusto brilló en los penetrantes ojos de Bolívar. Aborrecía el desorden y era un fanático de la limpieza. Y dirigiéndose a Lavalle, le dijo con áspero tono:

—¿En que mesa está Vd. acostumbrado a comer?

El héroe de Río Bamba, sin inmutarse ni por el tono ni por la mirada fulgurante del general, dirigió una mirada tranquila al Libertador y en tono cortés, pero firme, respondió:

—En la de mis padres, donde se cambia de mantel a cada plato.

BRONQUIOL
DEL
Dr BERGER



Dr. BERGER

NO ESPERE A QUE EL MAL SEA GRAVE PARA PONERSE EN CURA

La tos, el catarro, las enfermedades crónicas del pecho predisponen a la **tuberculosis** o cualquier otra enfermedad fatal. Si Vd. está resfriado o tiene un insignificante catarro, **no demore un solo instante,**

TOME

BRONQUIOL

del Dr. BERGER

y con esto evitará los peligrosos resultados que trae un resfrío mal curado o no tomado a tiempo. Por fuerte que sea su resfrío o por crónico que sea su catarro, **BRONQUIOL del Dr. Berger** pondrá fin inmediatamente.

Infinidad de médicos lo recetan con óptimos resultados para combatir la tos, grippe, asma, resfríos, etc.

Tómelo y en las primeras cucharadas notará sus benéficos resultados.

PRECIO DE VENTA: $ 3.— más 0.30 de franqueo para el interior.

Pida en todas las farmacias **BRONQUIOL del Dr. Berger,** única forma de asegurar el resultado y de evitar las consecuencias de burdas imitaciones.

DEPOSITARIO GENERAL:

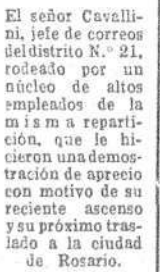
FARMACIA DEL LEON

ENRIQUE H. SPINEDI

Sarmiento, 902, esq. Suipacha - Buenos Aires



De Bahía Blanca



El señor Cavallini, jefe de correos del distrito N.° 21, rodeado por un núcleo de altos empleados de la misma repartición, que le hicieron una demostración de aprecio con motivo de su reciente ascenso y su próximo traslado a la ciudad de Rosario.



Parte de los concurrentes al gran banquete organizado por la Unión Ferroviaria Nacional, festejando el primer aniversario de la unión de dicho gremio y el 66.° aniversario de la inauguración del primer ferrocarril en el país.



COLT
ARMAS DE FUEGO
"El Arma de la Ley y del Orden"
"¡Déme con la comisaría, pronto!"
Para la protección de su hogar y de sus bienes contra los ataques y las asechanzas de los maleantes, un "COLT" es lo que hoy en día se hace esencialmente necesario.
COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
HARTFORD, CONN., E. U. de A.

El que no pudo amar

ESDE que Don Juan se casó, es punto menos que imposible encontrarlo fuera de casa, sobre todo por la noche; los cabellos ralos y grises, las espaldas un poco encorvadas, y — ¿por qué no decirlo? — un catarro obstinado, ya crónico, lo mantienen alejado del mundo, de sus pompas y vanidades. Sin embargo, una noche de marzo he visto a Don Juan Tenorio hablar en un sitio público con Juan Ashaverus, llamado el Judío Errante.

Dentro de la ridícula majestad de una gran cervecería alemana, bajo el blancor desvergonzado de una redonda lámpara eléctrica, los dos hombres estaban charlando y meneando las cabezas grises sin mirar la muchedumbre de mujerzuelas de labios escandalosamente pintados y de mozalbetes flacuchos y aburridos que se divertían y bebían en torno de ellas. Las dos legendarias apariciones habían bebido su taza de café, y no recordaron para nada que hubiese en el mundo aficionados al «folk-lore» y profesores de poesía comparada. Ellos bebían y hablaban como vosotros y como yo, y sus palabras llegaban claras y comprensibles a mis oídos; así que me recosté sobre la mesita de tierra en la que hablaban. Una silla estaba desocupada y yo me senté junto a ellos. Los dos viejos no interrumpieron por eso sus discursos, y apenas me miraron sonriéronse de reojo, como si se tratase de un amigo de la infancia que hubieran dejado pocos momentos antes.

— No es fácil, no es fácil — afirmaba enérgicamente don Juan — dar una explicación de mi historia, y es posible que yo muera antes de que se descubra el secreto de mi vida. He asistido alguna vez a los teatros donde representan mis aventuras y he reído más que los espectadores oyendo aquellas ingenuas parodias que hacen de mí un insaciable libertino, lleno de lujuria y de vanidad, hundido a la postre en el infierno por las venganzas del Comendador y de Dios.

¡Dulce, dulcísima cosa ésta de no ser comprendido por los grandes dramaturgos! Ni siquiera Moliére, que también era cortesano y galanteador, además de comediante, me comprendió jamás. Nadie ha sabido ver detrás de mi jubón de azul marino y detrás de mi sombrero de pluma negra y solitaria. Seducciones, besos, fugas nocturnas, escalamientos secretos, citas insidiosas, acechos y raptos, mascaradas y banquetes, y el blanco monumento y la fiesta final, todo lo que era exterior, convencional, ficticio; todo eso han visto, y nada más que eso los que componen tragicomedias y poemas: un pintoresco seductor, un caprichoso caballero, un enamorado voluble, eso soy yo para ellos y para los lectores. Y ninguno de estos grandes reveladores del corazón humano ha descubierto la desesperada razón de todas mis aventuras. ¡Ni siquiera uno solo ha sospechado que yo era libertino a mi pesar y contra mi voluntad!

Puedo remembrar las noches de mi primera adolescencia, cuando, antes de quedarme dormido, procuraba fantasear y decidir sobre mi vida futura. Pocos chiquillos había más dulces y puros que yo. Pensaba en el amor como en cosa sagrada, y la mujer era para mí como un premio misterioso que me esperaba en los umbrales de la juventud. Y llegó la juventud, y vino la primavera, y se llenaron de verdor los árboles, y las mujeres se vistieron con sus hermosos trajes claros. Pero el amor no vino. Fué para mí una palabra más. No sentí ninguna de aquellas palpitaciones que cubren de palidez mortal, en un momento determinado, la fisonomía de los hombres. No tuve sobresaltos y escalofríos en presencia de un rostro amigo, ante la armonía de una voz querida. Despertaron mis sentidos, pero mi corazón continuó tranquilo, apacible, acompasado como antes. Tenía el deseo del amor, pero no la capacidad de amar. Y comprendí que no había amado nunca, que no había sentido nunca los desvaríos y los ardores de la pasión. Comprendí que podía ser feliz con las mujeres, que podía hacerme amar de ellas, pero que no llegarían por un instante a agitar mi corazón o a turbar mi alma. No quise creer en los comienzos en esta mi incapacidad de amar, y hollé todos los caminos para desmentir mis experiencias primeras. Porque yo creía en la hermosura y en la grandeza del amor, y no quería que las mujeres fuesen para mí más que juego y pasatiempo. Traté, por ende, de despertar en mí a toda costa esta pasión, para la que me sentía espontáneamente incapaz; tenté todos los recursos imaginables para que me inundase por una vez tan sólo la insensata llama de amor.

Y tuve para mí como cosa indudable que llegaría a mi objeto, «como» si realmente anduviese enamorado, esperando que, a fuerza de repetir ciertas palabras y de realizar ciertos hechos, habría nacido en mí el sentimiento que en los demás despiertan estos hechos y aquellas palabras. Y fingí a la perfección el amor e imité todos los gestos, sonrisas, miradas, palabras y expresiones que usan los enamorados. Repetí mil veces, millones de veces las más tiernas imágenes, las más ardientes confidencias, los más amplios fragmentos de lírica personal. Besé, acaricié, suspiré; pasé largas horas bajo una ventana; aguardé noches enteras, embozado en mi capa andaluza, la aparición de una luz conocida; escribí cartas delirantes; me esforcé por derramar lágrimas de emoción y llegué a comprometerme a los ojos de todos, jurando solemnemente ser novio de una jovencita que se había turbado demasiado viéndome representar mi comedia amorosa. Mas en vano, siempre en vano. Pero de nada me sirvió mi diligente farsa, estudiada en los más perfectos modelos y en los libros más celebrados. Continué siendo incapaz del verdadero amor, tuve que reconocer todos los días, a todas horas, mi absoluta y radical incapacidad de amar.

Y fué entonces cuando comenzó mi vida legendaria, esa leyenda que ha hecho de mí el tipo del inconstante libertino. Hasta entonces había sido casto corporalmente, y había buscado con toda mi alma este afecto potente y terrible, del que todos los hombres están saturados, una vez al menos. Pero no tuve el valor de resignarme ante mi impotencia pasional. Quise una vez más, y para toda la vida, tentar nuevamente fortuna. Esperé que tal vez, súbitamente, el amor inundaría en plenas oleadas mi corazón, más intenso e impetuoso que otro alguno, por la gran expectación. Creí que hasta aquel momento no había brotado todavía en mí porque no había conocido la mujer que hiciera borbotar y manar mi manantial interno de pasión. Y busqué desesperadamente, y anduve por todos los países, por todas las ciudades del mundo, por toda la tierra, seduciendo doncellas, atrayendo vírgenes, conquistando viudas y mujeres casadas, siempre inquieto, sobresaltado, descontento, insatisfecho, siempre en espera de esta

mujer única, de esta desconocida libertadora, que debía existir en alguna parte, que yo debía encontrar, que debía mostrarme el inmortal amor. Y hubo mujeres que me amaron, y mujeres que huyeron conmigo, y mujeres que lloraron por mí, y mujeres que murieron por mi causa. Pero no conocí la alegría y la sorpresa de encontrar aquella que hiciera sobresaltar mi corazón y confundir mi ánimo. Tuve el goce de sentir latir sobre mi pecho innumerables corazones de amantes. Pero no supe poner a tono con mi alma la de quien me amaba. Estaba junto a ellas con el espíritu frío, insensible, lúcido; preocupado únicamente con la armonía de sus líneas y con las graciosas curiosidades de sus ardientes almitas. Mirábalas en los ojos — ojos negros, ojos azules, ojos pardos, ojos de delirio y de pasión. — Y veía en el reflejo de estos ojos mi rostro y la alegría de estar próximo a ellos. Y, no obstante, mis ojos no se velaron, y después de estar con ellas las dejaba sin la menor amargura.

Se me llamó entonces lujurioso, vil; se dijo que me hartaba únicamente del placer sensual y que despreciaba el amor. Y era a la inversa precisamente: pasaba de mujer en mujer, de aventura en aventura, buscando el único amor. Mi volubilidad era consecuencia de mi constancia en buscarle y mi capricho nacía de la desesperación de no dar con el amor. Creyeron que yo me divertía, cuando estaba enormemente triste por mis vanas rebuscas; dijeron que era cruel, cuando era la suerte la que obraba cruelmente conmigo. Traté mil mujeres, porque no dí con aquella a quien quería amar para siempre, y se imaginaron que yo deseaba jugar con todas. No vieron, tras la aparente ligereza del caballo voluble, la rabiosa tristeza del «amante no correspondido del amor».

Muchos corazones femeninos sufrieron por mi culpa, y ninguno conoció, ni aun en las lágrimas ni en los sollozos de los abandonos, toda la acerba desesperación de mi alma, que no se contentaba ni de las carnes de mármol, ni de las aventuras fáciles. Hay en la máscara de mi leyenda la amarga sonrisa del que fué amado con ímpetu sin acertar a amar.

Calló entonces el viejo seductor, y el otro viejo comenzó a hablar de esta guisa con voz lejana:

— Todo lo que has dicho es acaso cierto y desde luego terrible. Pero no has dicho más que la causa interna, la prehistoria de tu leyenda, y no has ofrecido ninguna nueva interpretación de ella, ni la has añadido ningún sentido nuevo. Yo, que desde los siglos de los siglos recorro el mundo, y que he aprendido la meditación de la soledad; yo, que me he convertido en el errante Edipo explicador de enigmas y filósofo trágico, alcanzo perfectamente cuál sea la enseñanza que de tu lamentable historia se desprende. Lo que los hombres han querido condenar y matar en ti «es el amor de la diversidad, el amor del cambio».

Ante tu mariposeo de mujer en mujer, ante la continua movilidad de tus gustos y de tus quereres, los hombres han levantado la blanca y rígida estatua del Comendador, el verdadero símbolo — escribiría un lógico — del concepto inmutable frente a la continua variabilidad de la intuición. Por ello eres, ¡oh, Don Juan!, mi hermano. También en mí los hombres han simbolizado su horror y su miedo al cambio.

Ellos me han condenado al vagabundaje eterno, imaginándose que el mudar continuamente de lugar, el ver siempre cosas nuevas, el no tener una morada fija, un cuchitril estable desde la cuna al sepulcro, es la más grande maldición para el espíritu de un hombre. Por el contrario, he convertido en fiesta su condenación; me he fabricado un portentoso espíritu de viajero, de explorador, de *globe-trotter* cucharón. Y de esta suerte vivo en la continua, diversa y perpetua mudanza una vida infinitamente más variada que mis jueces y mis verdugos. Tú y yo, querido Don Juan, somos los héroes de la veracidad y del cambio. Los lacayos de la casa única y de la mujer única nos han querido salivar en la cara con su desprecio. Pero corremos, ¡oh, Don Juan!, corremos más aprisa que ellos, y los hombres vuelven bajo la tierra a procurarse de nuevo su miserable felicidad.

Pero Don Juan no escuchaba al viajero, y apenas hizo pausa el Judío, continuó diciendo:

— Bajo la máscara de mi leyenda hay tal vez una sonrisa, una sonrisa amarga; pero dentro de mi corazón no hallo otra cosa sino la angustia eternamente renovada de mis desilusiones. Ya soy viejo y nunca sabré qué es el amor. No he encontrado la mujer que buscaba anhelosamente, y cuando he llegado a viejo una pobre criada ha aceptado mi nombre y mi compañía. Y ahora Don Juan vive entre recuerdos muertos y esperanzas inútiles, y apenas le queda otro placer que no sea el de encender el fuego de su hogar con alguna carta apasionada y perfumada.

El Judío Errante trataba todavía de extraer alguna conclusión filosófica de las palabras de Don Juan. Mas en aquel preciso momento un hombrecillo obsequioso, vestido completamente de negro y con un lunar en el carrillo izquierdo, vino hacia nosotros para anunciarnos que se cerraba la cervecería. Don Juan sacó de su bolsa una ancha moneda de oro; pero el hombrecillo, después de mirarla, la rehusó. Era un doblón de España de 1662. Juan Ashaverus, más práctico, sacó del portamonedas una moneda de plata que sonó sobre la mesa, y los tres juntos salimos a la plaza desierta, riendo rumorosamente sin motivo alguno.

JUAN PAPINI

ILUSTRACIONES DE SIRIO

De Villa Urquiza



Caracterizado núcleo de señoritas que asistieron al festival ofrecido por el Club Echeverría en honor de las familias de sus numerosos asociados.

LA PALABRA "CURSI"

Hace muchos años que en la ciudad de Cádiz moraba una familia, parte de la cual la componían varias hermanas que, vistiendo lujosamente, lo hacían, empero, con pésimo gusto y ridícula afectación atendidas las leyes de la exigente, despótica e inexorable moda. Unos cuantos jóvenes de buen humor pertenecientes a las clases más distinguidas de aquella localidad, aficionados a burlarse hasta de su propia sombra y que para entenderse mejor en sus reuniones privadas habían adoptado un lenguaje especial tan sólo de ellos conocido, consistente por lo general en el uso de la metátesis, dieron en llamar cur-si a toda aquella persona que en su modo de vestir lujoso, pero desgarbado, era una viva imitación de aquellas señoras; bien así como a todo objeto chocarrero o inelegante, aun cuando de valor; de donde, repetido un día y otro dicho término, llegó a hacerse en breve de un uso común y corriente, hasta el extremo de verse precisada la Academia Española a darle cabida en las columnas de su «Diccionario».

Dame la mujer ociosa; te la daré perdida. — *Licenciado Francisco Cascales.*

No hay carcoma que a sí coma como mala compañía. — *Alonso de Varros.*

El que no tiene tierras, debe considerar que tiene manos.


PRODUCTOS
SUPREMA
...y al contemplarse ante el espejo, nota con íntima satisfacción que su belleza se mantiene en su apogeo a través de los años. He ahí el resultado del constante uso en el tocador de los insustituíbles
PRODUCTOS
SUPREMA
POLVO GRASOSO, de gran adherencia, suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja..... $ 1.10
AGUA COLONIA, de exquisito y delicado perfume. El frasco, pesos......... 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS SUPREMA
P. BURS y Cía. - Bolivar, 1725 - Buenos Aires
GRATIS remitimos a quien lo solicite una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
SUPREMA
COLONIA


Equipo del club "Junín" que jugó un interesante match de football con el team del "B. A. P.", adjudicándose los brazaletes donados al efecto por el gobernador, señor Cantilo.

EL FANTASMA DE BROKEN

En el pequeño monte Broken, que se eleva sobre tierra de Hannóver, se produce en circunstancias determinadas un curioso fenómeno que ha dado lugar a las más variadas leyendas entre el vulgo. Las gentes sencillas del lugar, inclinadas a atribuir a causas sobrenaturales las cosas que no tienen explicación fácil y visible, cuentan que el monte Broken se halla poblado por espíritus malignos que, habiendo abandonado el mundo de los vivos, han elegido dicho lugar para sus conciliábulos tenebrosos.

El primer aldeano que en una tarde de otoño subió al monte y vió de pronto reflejada en las brumas de las nubes una sombra colosal que accionaba imitando sus movimientos, debió bajar espantado a contar a los suyos la existencia de un formidable espíritu que cuidaba los tesoros del monte.

Pero, desgraciadamente para la mitología futura, este fenómeno tiene su fácil explicación, y todo se reduce a un juego de luces. En efecto, para que el espectro se aparezca es necesario que el sol esté despejado y poco levantado sobre el horizonte y que, al otro lado del cuerpo productor de la imagen, exista una espesa bruma constituida por finas gotas de agua. Aparece entonces la sombra obscura del observador y de los objetos circundantes rodeada de varios círculos concéntricos coloreados con los colores del arco iris. La imagen del observador es simplemente la proyección de su sombra sobre la niebla, y en cuanto a los círculos coloreados provienen de la difracción que experimenta la luz solar al rozar las gotas de agua.

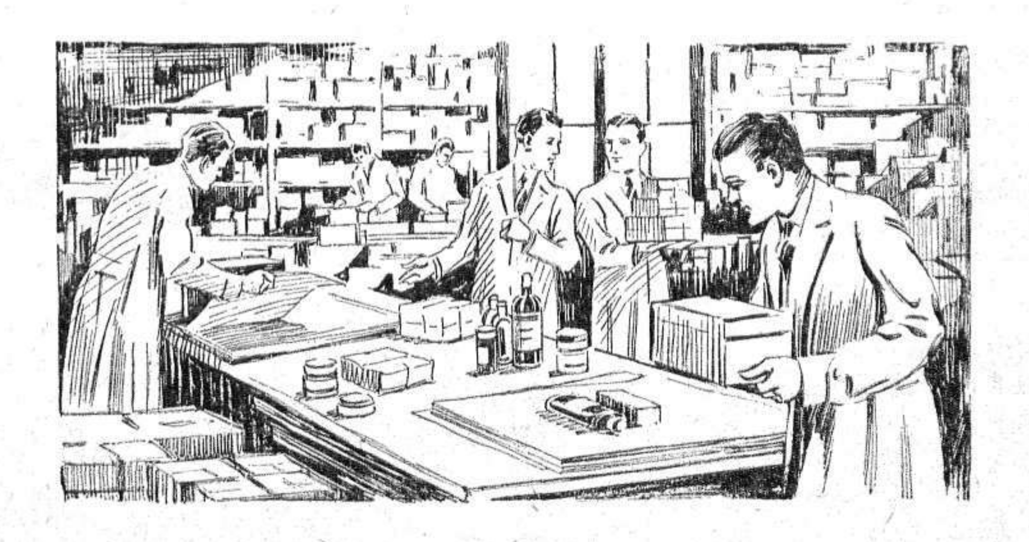
Todas estas circunstancias: nubes, nieblas, rayos casi oblicuos del sol, la hora crepuscular, la desolación del monte, han contribuído para que la fantasía popular rodee a este sencillo fenómeno físico de las más fantásticas narraciones.

¿Por qué los radicados en el Interior de la República

compran sus artículos de farmacia en cualquiera de nuestros dos establecimientos profesionales, el de la calle Defensa, 192, o el de la calle Florida, 159? Por las razones más simples: nuestros artículos son siempre puros y frescos, van garantidos por la capacidad profesional que significa nuestro nombre, no cobramos nunca más de lo que realmente vale lo que se entrega y despachamos los pedidos no bien se reciben.

Nuestro surtido, por lo demás, comprende cuanta droga o específico se introduzca al país, más lo que preparamos y traemos nosotros.





CUADRO DE SALUD

Brillaba el arado. Los bueyes enormes y lentos
iban abriendo el surco sobre la tierra buena.

Un vuelo de pájaros, cual una corona de alas,
oreaba la noble frente del sembrador.

El viento cantaba tañendo la lira del bosque,
y bajo la arboleda flotaba una luz verde.

La nube, que iba cual una piragua de espuma,
bogaba por un cielo de alegría y de sol.

Venía el aliento de la gleba, recién removida,
poniendo entre los labios como un sabor de leche.

Y el cándido aprisco balaba, mezclando a lo lejos
blancura de vellones y tintinear de esquilas...

En la rústica mesa partimos la frugal vianda
de cordial amistad como de pan moreno.

Y bajo el alero, sombreado en frondosos parrales,
se tendían los perros, pululaban gallinas.

Del brocal, florecido de musgos y helechos,
nos llegaban sedantes frescuras de cisterna.

La hija del buen labrador tenía en sus pupilas
una humedad de luz al ofrecerme el agua.

Yo quisiera ser como el árbol — les dije — de fuerte,
y tener la virtud de la nube que pasa,

y dar a la obra, que voy arrojando en el surco,
la naturalidad de un grano que germina...

El padre, robusto y velludo como un dios silvestre,
mirábame con ojos color de tierra fértil.

Sonreía la madre a la prole, gárrula y numerosa,
con que naturaleza le bendijo su vientre.

Mi pecho latía con ritmo ligero y parlante
y nos daba la acequia su fugaz glogloteo.

Y en la boca roja y en el crespo cabello dorado
de la hija, cantaba toda la primavera!...

ERNESTO MARIO BARREDA

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA



Una cabellera hermosa significa juventud y belleza

LAS mujeres y hombres de todos los tiempos han puesto siempre su mayor empeño en poseer hermosa cabellera, sabedores de que ello constituye el más preciado ornamento personal, ya que además de juventud, significa salud y belleza.

Y lo que la cabellera requiere para ser bella, profusa y sedosa es sólo un cuidado racional y metódico. Así lo ha demostrado el Específico Boliviano **BENGURIA** (científica combinación de vegetales bolivianos) cuyos notables éxitos aún en casos avanzados de calvicie, canas, etc., han llenado de admiración a los mismos especialistas.

El Específico Boliviano **BENGURIA** obra directamente sobre los vasos capilares dando nuevo vigor a las células inactivas del pericráneo, haciendo circular activamente la sangre a través de los tejidos y alimentando la raíz del cabello. Cura así en poco tiempo la calvicie más rebelde, devuelve a las canas el color natural sin teñirlas y hace crecer el cabello en abundancia, brillante y sedoso.

Use Ud. **BENGURIA** si desea ostentar una hermosa cabellera. Escriba hoy mismo al Dr. Rafael Benguria B. pidiendo más detalles sobre su notable específico.

UNICO LUGAR para consultas y venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario

Dr. RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo 1239. — U. T. 5753, Rivadavia — **Buenos Aires**

AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO:

En Rosario de Santa Fe: Gran Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos.— En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456.—En la Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esq. Estado.—En Montevideo (R.O.): José J. Vallarino e hijo, Sarandí, 429, y "Au Bon Marché" de Vicente C. Cerizola, Sarandí, 620.

ATIENDE PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA





El señor Vicente Forcie, antiguo vecino de esta localidad, y su esposa señora María Luján, rodeados por sus descendientes el día en que celebraron el 25.° aniversario de sus bodas.

LO QUE CONDUJO A LA INVENCIÓN DE LOS RAYOS X

Sobre la extraña manera con que Roentgen llegó al descubrimiento de los rayos X, un colaborador de la «Gazzetta di Venezia» da estos interesantes detalles: El célebre físico estaba estudiando las descargas eléctricas en el gas de altísima rarificación y la acción de los rayos catódicos en los tubos de Crooks. Cerca de la mesa sobre la cual Roentgen operaba se encontraban amontonados libros, cajas de planchas fotográficas, máquinas fotográficas cargadas, etc., etc. A la hora de la comida tomó una de éstas y salió de su laboratorio para tomar la fotografía de algunos paisajes. ¡Cuál no sería el asombro del científico cuando al revelar las placas impresionadas vió que además del paisaje, había grabada una llave!... Toda la noche pensó en el extraño caso. Al día siguiente quiso repetir la experiencia, ordenando en el laboratorio todas las cosas como estaban el día anterior. Rehizo las fotografías, y en todas ellas apareció de nuevo la llave misteriosa. Examinando entonces las hojas de los libros vió que una llave servía de marca en uno de ellos, y que tenía la misma forma que la llave proyectada en la plancha fotográfica, que era, en suma, la misma llave. Por consiguiente, aquel objeto había proyectado su forma al través de las páginas de los libros. ¿De dónde procedía semejante impresión?... Seguramente del tubo de Crooks. Pero aun sabiendo que la luz misteriosa que había hecho posible los rayos catódicos que en él se producían tenían acción fotográfica, era imposible atribuirles el origen del fenómeno. Por consiguiente, había que sospechar la existencia de otros rayos emitidos por el tubo en función. Las experiencias confirmaron la sospecha y condujeron al famoso descubrimiento.



LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

De sabor agradable, sin ser dulce.

Estimula el apetito.

No es la más barata.

De esmerada fabricación.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla diríjase a sus únicos importadores.

1170 - Bmé. MITRE - 1174

TELEFONOS:
U. T., Rivadavia, 1990
Coop. T., Central, 133



De Martínez



Palco ocupado por distinguidas señoritas que asistieron al baile organizado por la Sociedad Cosmopolita celebrando el 22.° aniversario de su fundación.

TERREMOTO DE MESINA

El pavoroso terremoto que en 28 de diciembre de 1908 desoló la parte sud de Calabria y la costa de Sicilia frontera a aquélla, perjudicó especialmente a Mesina. Una violenta sacudida despertó a los habitantes de la ciudad a las cinco y veinte minutos de dicho día, sepultando a 70.000 u 80.000 de ellos entre las ruinas y escombros. El horror de los que sobrevivían aumentó con la vista de los incendios que se producían en las ruinas y con la presencia de la gente de mal vivir que se aprovechaba del cataclismo para ejercer un infame pillaje. Los pocos miles que habían salido con vida buscaron la salvación en el puerto, el cual, simultáneamente, sufrió una terrible conmoción que lo destruyó del todo. A causa de la destrucción de las centrales telegráficas y la interrupción de los ferrocarriles, el gobierno de Italia no tuvo noticias de la catástrofe hasta doce horas después de ocurrida, no pudiendo, por lo tanto, acudir en auxilio de los damnificados, y aunque al conocer la triste nueva el ejército, la marina, la Cruz Roja, las sociedades de socorros y los buques extranjeros emularon en actividad para prestarles socorros, éstos no fueron efectivos hasta la semana siguiente, ya que eran 12 los pueblos de Calabria necesitados de recursos. En los primeros días quedaron los fugitivos en la más absoluta indigencia, agravándose las penalidades con la crudeza de la estación invernal. De los que yacían vivos entre los escombros pocos pudieron salvarse. Para garantizar el orden y el salvamento se dió el supremo mando militar al general Mazza y el ejército fué el encargado de dar sepultura en masa a los cadáveres, separar los escombros y construir barracas y pabellones para los sobrevivientes. Las iglesias y demás monumentos de Mesina fueron también pasto de la catástrofe. Para los servicios públicos se construyeron edificios provisionales que fueron como el principio de origen de la nueva ciudad, al S. O. de la destruida. De ésta, sin embargo, se pensó en aprovechar los edificios conservados en parte, así como los fundamentos de otros. La configuración de la costa no sufrió alteración importante. Desde entonces están prohibidos en Mesina los edificios de madera, pudiéndose edificar solamente en hierro y cemento.



BAJO EL ORO DEL SOL

Un camino largo, cortado a la distancia por una loma donde amarillean algunas matas secas. Sube a la derecha el terreno, verdeando apenas. Enfilan las ramas algunos olmos, y se entretejen en el pentagrama de los alambres del cerco unos yuyos. Se aplana el campo a la izquierda y semejan brochazos verde intenso los álamos en fila.

El camino se resquebraja de puro seco. El polvo almohadilla las huellas, donde se hunde la pata del caballo que va molesto por las moscas pegajosas. Cae el sol a plomo, como un castigo de dioses. En los ojos reverbera el polvo cual si estuviera adornado con partículas de cristal... y el camino se estira, se alarga, se hace interminable...

Pasada la loma, endurécese el suelo corto a trecho; resuenan a hueco las pezuñas que lo trotan; lo cruza una acequia; le dan sombra los álamos; comienza a serpentear perezosamente; aumentan las reverberaciones de cristal molido; se ablanda nuevamente el colchón de polvo fino, impalpable, insignificante...

El aire quieto aplasta, como el sol... Un sauce se yergue en el camino cual un centinela, encresponado de verde, retorcido en aquel suplicio de años, bajo el rayo, sin una gota de agua. Nace a sus plantas un diminuto sendero pardo que se pierde de vista entre una plantación de duraznos de meses. Más allá, las viñas continúan las contorsiones del suplicio en muecas inacabables de sarmientos que comienzan a brotar...

El camino sigue, culebreando bajo el oro del sol... Todo se arquea como un lingote en la fragua. Sólo los álamos en ringlas se atreven a levantarse, en un osado desafío, hacia las nubes blancuzcas, bajitas, apelotonadas, torcidas, contorsionadas ellas también...

El caballo, resudado, hace otro esfuerzo y comienza un galope imparejo, achatado, hasta que el camino se queda solo, sin álamos, sin olmos, marcado apenas por el alambrado perdido en la desolación de aquel campo pardo, en el que blanquea a veces una mancha de salitre, como una sábana, o se interrumpe en el hacinamiento de una osamenta de animal abandonada... Ni viento sopla. El caballo que galopa deja una pequeña nube de polvo, que sin ganas de subir, apesadumbrada por el sol, cae en seguida sobre el camino, como piedra...

A la legua, tras un repecho, aparecen de nuevo los álamos, desafiando a las nubes.

CURADA

Flaca — es esta mujer — desgreñada, desarrapada. Usa unas faldas coloradas, hechas jirones, por donde asoman intranquilos los restos de otra falda interior color de mosto. Lleva, cubriendo el cuerpo flácido, encorvado, huesudo — entre un montón de trapos asoma un escapulario — medio poncho verdoso. Por las alpargatas, en chancleta, rotas, se ven los dedos de los pies... Camina por el medio del carril, por los relejes de las carretas, tropezando con los deleznables montones de arenilla que formaron las pezuñas de caballos o bueyes...

Viene harta de mostagán, *curada*, trae la boca entreabierta, la que le da al semblante terroso expresión de idiotez. Juega con una mano — sarmentosos los dedos — con los flecos sobrevivientes del poncho que la abriga. Con la otra mano a veces intenta acomodar, bajo el pañuelo floreado, unas mechas de pelambre gris.

Al llegar frente a un árbol se ha puesto seria, trágica, la cara iluminada por la sonrisa idiota. Bambolea unos instantes, reconoce el árbol. Es una acacia florecida, fraganciosa, alta... La *curada* quiere subir para llevarse las manos llenas de aquellas florecitas blancas, y manotea un largo rato junto al tronco áspero. Para alejarse — bamboleándose siempre — arroja lejos el poncho, y torna a manotear y a *patear* al pie del árbol, sin obtener prenderse de una rama para subir. Auméntasele la seriedad; algo dice que ni ella se entiende. La falda colorada continúa desgarrándose. El escapulario ha quedado sobre un hombro, sobre la espalda, sobre el otro hombro, siguiendo el movimiento de aquel cuerpo que intenta con saltitos de una pulgada subir a la acacia.

De pronto, el balanceo del cuerpo se hace más fuerte, y el equilibrio se pierde definitivamente con unos desesperados manotones en el aire.

Queda la curada como un montón de harapos multicolores, fuertemente dormida sobre el acolchado arenal del carril.

Un viento caluroso, norte, comienza a soplar. Las flores secas de la acacia caen sobre el hacinamiento de harapos como partículas ligerísimas de oro pálido... Algunas siguen con el viento el camino loco de las cosas abandonadas a su propio destino...

B. GONZALEZ ARRILI

De San Fernando



Grupo de señoritas y jóvenes que asistieron al baile organizado por la comisión directiva de la sociedad "Artesanos del Dique" en honor a las familias de sus asociados.

SOBRE EL AMOR Y LAS MUJERES

¿Cuál es la compañera más deseable? Si eres inteligente y apuesto, la más discreta y honesta; si posees algunos defectos físicos y morales, la que ofrezca exageradas las cualidades contrarias. Así y todo, el atavismo con sus excentricidades y caprichos nos depara sorpresas desagradables. A lo mejor esperamos «nuestro hijo», y nos encontramos con un vástago del hombre cavernario.

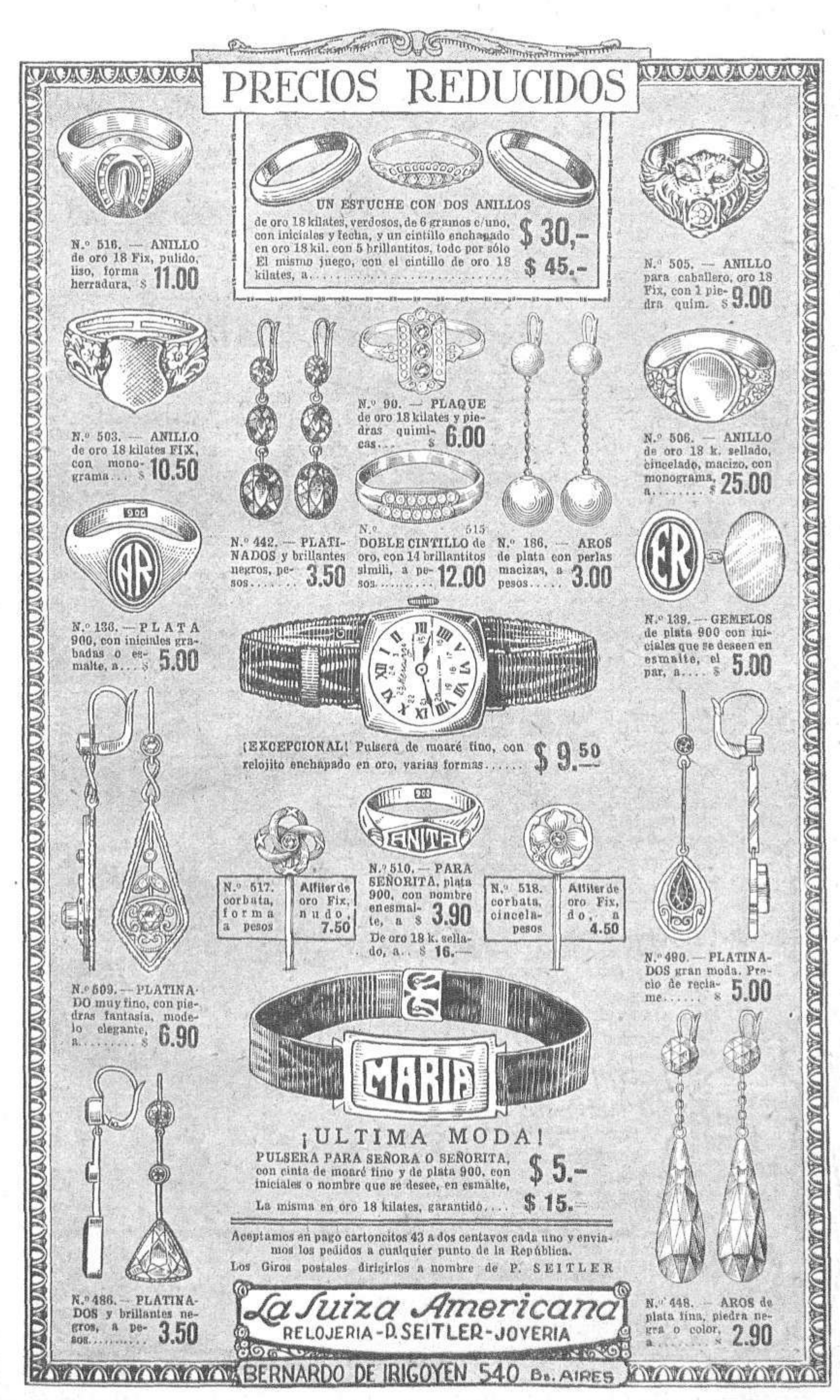
— Quéjanse a menudo de su desgracia los matrimonios de obreros. Y sin embargo el esposo goza de un excelso privilegio, pocas veces concedido a los hombres de refinada cultura: la posibilidad de dialogar con su mujer. Equivalente a su marido en gustos y aspiraciones, la esposa del jornalero desempeña el cuádruple oficio de confidente, consejera, camarada y amante.

Fuera del amor de madre y esposa (la madrecita joven del marido), todos los demás sentimientos suelen representar memoriales de protección o recíprocos pasatiempos de camaradería.

Y cuando recuerdes, en momentos de optimismo, las efusiones verbales y sentimentales del café, de la tertulia o del club, no olvides que el animal humano necesita divertirse en cuadrilla.

— La mujer es como la mochila en el combate. Sin ella se lucha con desembarazo; pero ¿y al acabar?...

— Todas las desdichas del matrimonio nacen de que la mujer no elige, sino que es elegida. Afortunadamente, en la mayoría de los casos la esposa acostúmbrase al marido como éste se habitúa a la cerveza y al tabaco. — SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.



PRECIOS REDUCIDOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30,-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a........ $ 45.-
N.º 516. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ 11.00
N.º 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim. $ 9.00
N.º 503. — ANILLO de oro 18 kilates FIX, con monograma... $ 10.50
N.º 90. — PLAQUE de oro 18 kilates y piedras quimicas... $ 6.00
N.º 506. — ANILLO de oro 18 k. sellado, cincelado, macizo, con monograma, a........ $ 25.00
N.º 442. — PLATINADOS y brillantes negros, pesos........ 3.50
N.º 515 DOBLE CINTILLO de oro, con 14 brillantitos simili, a pesos........ 12.00
N.º 186. — AROS de plata con perlas macizas, a pesos..... 3.00
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte, a... $ 5.00
N.º 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, a.... $ 5.00
¡EXCEPCIONAL! Pulsera de moaré fino, con relojito enchapado en oro, varias formas...... $ 9.50
N.º 517. Alfiler de corbata, forma nudo, oro Fix, a pesos 7.50
N.º 510. — PARA SEÑORITA, plata 900, con nombre en esmalte, a $ 3.90
De oro 18 k. sellado, a.. $ 16.—
N.º 518. Alfiler de corbata, oro Fix, cincelado, a pesos 4.50
N.º 509. — PLATINADO muy fino, con piedras fantasía, modelo elegante, a........ $ 6.90
N.º 490. — PLATINADOS gran moda. Precio de reclame...... $ 5.00
MARIA
¡ULTIMA MODA!
PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte, $ 5.-
La misma en oro 18 kilates, garantido.... $ 15.-
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los Giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
N.º 486. — PLATINADOS y brillantes negros, a pesos.......... 3.50
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES
N.º 448. — AROS de plata fina, piedra negra o color, a........ $ 2.90



Comisión organizadora del festival patrocinado por el Club Atlético Victoria, a cuyas actividades débese en gran parte el éxito obtenido en dicha fiesta.

LA INSTRUCCIÓN

Cada niño que dotamos de enseñanza nos hace ganar un hombre.

De cada cien ladrones, ochenta no han ido a la escuela, no saben leer y firman con su cruz debajo del escrito.

La ignorancia engendra el crimen; la ignorancia es la obscuridad donde comienza el abismo en que se arrastra la razón, en que la honradez perece.

Todo hombre que abre un libro encuentra en él las alas, y puede cernirse en las alturas, en las que el alma se mueve con libertad.

La escuela es un santuario como la capilla.

El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud debajo de cada letra, cuyo tenue fulgor ilumina suavemente el corazón.

Dad al niño libros adecuados. Caminad delante de él con la lámpara en la mano para que pueda seguiros.

La ignorancia produce el error y el error produce el atentado.

La falta de enseñanza lanza en el Estado hombres animales, cerebros incompletos, instintos fatales, ciegos terribles, que caminan a tientas por el mundo moral. Iluminar los espíritus es nuestro primer deber; hagamos que el cerebro más vil se convierta en luz.

Debemos cultivar las inteligencias; el germen tiene derecho a ser fruto; el que no piensa no vive.

Comprendamos, al fin, que la escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia transforma el oro en plomo. — EMILIO CASTELAR.



NO PERMITA QUE LE HAGAN EL TE DE CUALQUIER MODO

Que se lo preparen con agua recién hervida. Y déjelo reposar en la tetera durante seis o siete minutos. Sólo así saboreará una exquisita taza de te.

TE
CONGOU
SOL

FIVE
TE SOL
O'CLOCK

LIBRITO GRATIS

Pida el librito que enseña como preparar bien el te, y que contiene recetas de postres y dulces, a los Introductores de Te Sol, calle Tucumán N.º 345.
Sólo es necesario acompañar al pedido una de estas etiquetas que llevan todos los envases del "TE SOL".

BUENOS AIRES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 1922

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1303



XX de Septiembre

LA FIESTA NACIONAL DE ITALIA

A Caras y Caretas, que, con exquisito sentimiento fraternal, participa con nosotros en la celebración del quincuagésimotercer aniversario de "Roma capital de Italia", me es grato expresar mi profunda simpatía y la sincera afirmación que en los diez y ocho meses que he vivido en esta República me han ligado a ella con vínculos de admiración y de afecto, y me han hecho comprender cómo miles y miles de italianos, que en esta tierra han realizado sus aspiraciones y sus sueños, queden unidos a Ella en su vida y en su descendencia.

Al Caras y Caretas, che con sentimento squisitamente fraterno si associa a noi nel celebrare il Cinquantatreesimo anniversario di "Roma Capitale d'Italia", mi é grato esprimere la mia profonda simpatia e l'affermazione sincera che diciotto mesi da me vissati in questa Republica mi hanno legato ad Essa da vincoli di ammirazione e di affetto e mi hanno fatto comprendere come migliaia e migliaia di Italiani, che in questa terra hanno realizzato le loro aspirazioni ed i loro sogni, rimangono ad Essa avvinti nella loro vita e nella loro discendenza.

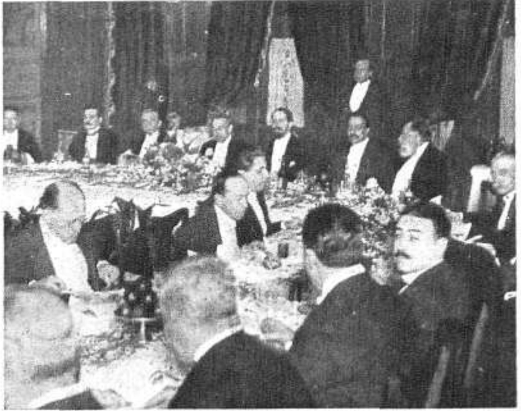
Ministro de Italia

Aniversario de la independencia de Méjico



El ministro de Méjico, Dr. Enrique González Martínez, miembros de la diplomacía extranjera y distinguidas damas que concurrieron a la recepción ofrecida por el primero con motivo de cumplirse el 113º aniversario de la independencia de aquella república hermana.

En el Club Español

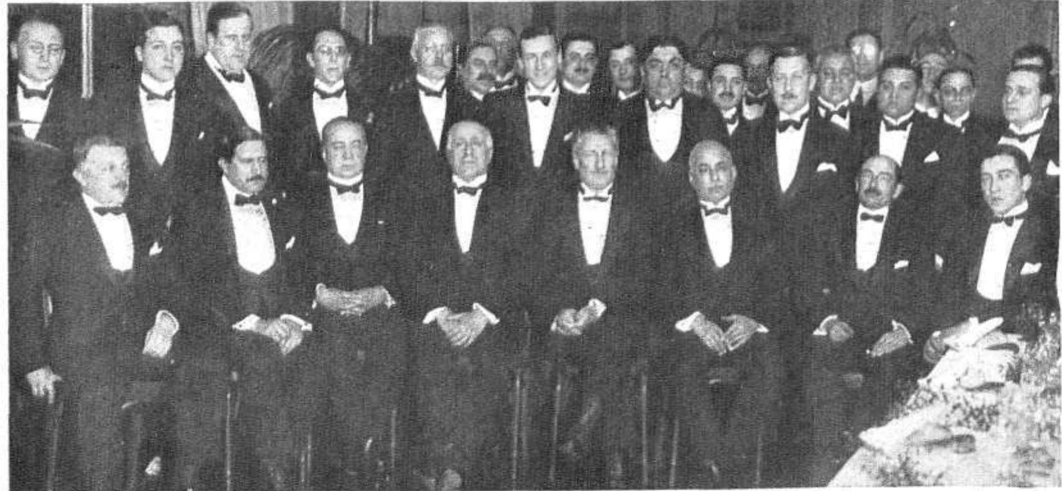


Caracterizadas personas de la colectividad española que obsequiaron con un banquete a sus compatriotas el doctor Sebastián Recasens y el profesor de Filología, don Américo Castro.

Exposición Terry

El doctor Alvear, el pintor argentino José Antonio Terry y numeroso público que concurrió a la apertura de la exposición de cuadros que éste exhibe en el Salón Witcomb.

Círculo de Escribanos universitarios



El ministro de Instrucción Pública, el jefe de Policía y otras personalidades con los escribanos universitarios que se reunieron en un banquete para celebrar el VII aniversario de la fundación de su círculo.

Visita de los ediles brasileños



Los ilustres concejales de las ciudades de Río de Janeiro, San Pablo y Santos, con el Intendente Municipal doctor Noel y sus colegas argentinos en el salón de la Intendencia donde fueron recibidos y agasajados.

Homenaje a la República de Nicaragua



El cónsul general de Nicaragua, el presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Boero, con altos funcionarios y el personal docente de la escuela que dirige la señorita Rosa D'Amico, y que fué bautizada con el nombre de aquella nación.

En la Liga Patriótica Argentina



Los oficiales de la Armada, marineros, agentes de policía y ciudadanos que se hicieron acreedores a las recompensas por actos de arrojo, con las autoridades de la prestigiosa institución y las personas que acudieron al acto de entrega.

En el Club Argentino de pelota



El primer magistrado, que distribuyó los premios a los ganadores del campeonato interno, rodeado por los miembros del club al terminar la interesante reunión deportiva realizada en el mismo.

El pronunciamiento

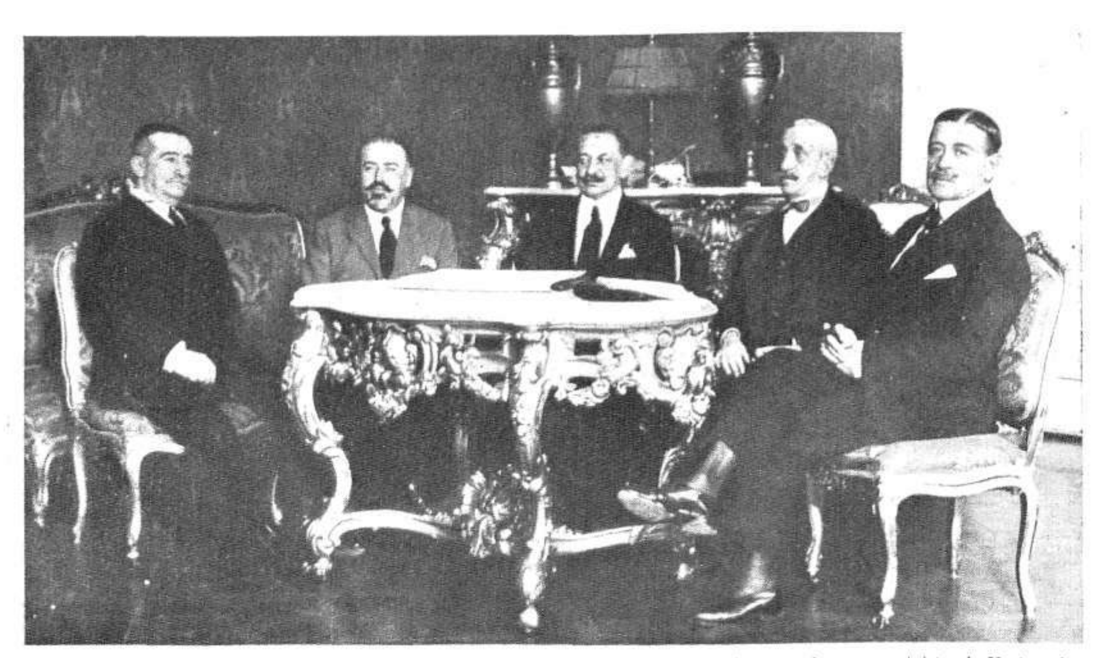
EL REY DEPOSITA EN EL

El capitán general de Cataluña, con sede en Barcelona, D. Miguel Primo de Rivera, marqués de Estella, se pronuncia en la ciudad condal contra el Gobierno — no contra el rey — e inmediatamente le secundan todas las guarniciones de la península; y en menos de veinticuatro horas su conducta merece la aprobación de Don Alfonso, que le encarga la formación de un Directorio Militar de nueve miem-

El hidalgo monarca español que con su actitud al aceptar su renuncia al Gabinete dió su aquiescencia al elemento militar.



El general de brigada don Luis Bermúdez de Castro, nombrado interinamente ministro de la Guerra.



Cinco figuras de palpitante actualidad en la política española: de izquierda a derecha: el almirante Aznar, ex-ministro de Marina; don Santiago Alba, ex-ministro de Estado; el marqués de Alhucemas, ex-presidente del Gobierno; el teniente general Aizpuru, exministro de la Guerra, nombrado Alto Comisario en Marruecos, y don Luis Silvela, que fué destituido de este cargo.

militar en España
SU CONFIANZA
EJERCITO.

bros después de haber aceptado la renuncia del Gabinete presidido por el marqués de Alhucemas, que fué substituído por otro ministerio con carácter interino. Como detalles singulares del pronunciamiento es significativo el hecho de que no se haya derramado una gota de sangre y la frase del soberano, anunciando que renunciaría al trono, si fuese necesario, para el bien de la patria, lo que de nuevo le captó las simpatías de la opinión pública.



Don Manuel Portela, gobernador civil de Barcelona a quien obligó a dimitir el marqués de Estella.



Capitán general don Miguel Primo de Rivera, jefe del pronunciamiento, que fué encargado de la presidencia del Directorio.



El general don Dámaso Berenguer.



El general Cavalcanti de Alburquerque.

Militares de destacada actuación en la campaña de Africa y cuyos ruidosos procesos preocuparon la opinión pública, siendo ahora ambos simpatizadores del actual régimen militar.



Alumnas de la escuela N.º 64 que formaron el cuadro "La pastora" en el homenaje tributado a Sarmiento.



El director de paseos públicos leyendo su discurso en la inauguración de "La Fiesta del Arbol" ante las alumnas de las escuelas y las autoridades locales.



Cuadro vivo 'Las pequeñas mamitas", compuesto por niñas de la escuela "Carlos M. de Alvear" para celebrar el aniversario de la muerte del gran educador.



Señoritas de Buenos Aires y Rosario que tomaron parte en las pruebas *preliminares* para el torneo atlético interprovincial que se celebrará próximamente, organizado por el Club Atlético Provincial.



El *intendente municipal*, doctor A. Rouillón, echando la primer palada de tierra sobre las raíces del árbol recién plantado.



Señoritas que formaron el cortejo de honor en la ceremonia matrimonial Pérez Schmidt-Bellunghi.



La señorita Concita Ordóñez con sus damas de compañía después de celebrado su enlace con el doctor Julio Rey.

EL

GRAN PREMIO DE HONOR

UNA HERMOSA NOTA

EN EL

HIPODROMO ARGENTINO

SOCIAL Y DEPORTIVA

Interesante grupo de señoritas y jóvenes en las escalinatas de la tribuna de socios del Hipódromo, comentando animadamente las incidencias a que dió lugar la clásica carrera.



El Doctor Joaquín S. de Anchorena, presidente del Jockey Club, conversando con dos caballeros «habitués».



Gente conocida leyendo atentamente el programa hípico en los jardines de la pista de Palermo.



El Dr. Anchorena haciendo los honores de la «casa» a varias damas.

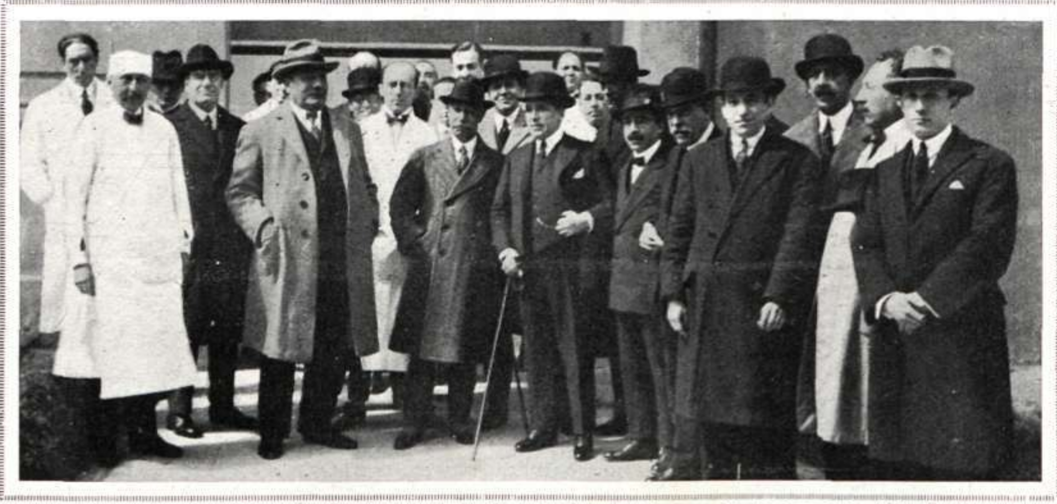


Don Padilla, ganador del Gran Premio de Honor, el segundo de los más importantes clásicos del año.



Descansando y disfrutando de la primaveral tarde durante un intervalo.

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DR. LEONIDAS JORGE FACIO



El director de la Asistencia Pública, Dr. Abel Zubizarreta; el director del Hospital Rawson, Dr. Medina; el Dr. Tulio Martini, representando a la Facultad de Ciencias Médicas, y otros caracterizados profesionales que asistieron a la ceremonia de la colocación de un busto del malogrado facultativo, que se instaló en la sala de que fuera jefe, cambiándose en dicho acto significativos discursos.

LA CRONICA ROJA

Alevoso asesinato del oficial inspector de policía Floro Cáceres



Floro Cáceres, la víctima.

Sorprendido y amonestado por el oficial de recorrida Floro Cáceres, el agente N.º 2305, que hacía vigilancia nocturna en la parada 30, contestó que se hallaba descansando un poco alejado de su puesto, sentado a la puerta de una casa, porque no había podido hacerlo de día a causa de la enfermedad de un miembro de su familia; y como fuera al día siguiente notificado de arresto, logró ganar la calle para esperar al oficial Cáceres, el que salía poco después y a quién se dirigió aquél, extrañándose éste de hallarlo libre a pesar de la orden dada; y cuando el agente le rogaba le perdonara su falta y el superior se volvía para de nuevo penetrar en la comisaría, el guardia le disparó seis tiros, tres de los cuales le causaron la muerte.



Martín Pastor Guardia, el victimario.

Intensa tragedia por cuestiones amorosas



Antonio Alloco, muerto.

Desairado por su novia, que le había abandonado en vista de la terminante oposición de su familia, el chauffeur Iriarte fué agredido por dos hermanos de ella,



Félix Claudio Iriarte, el agresor.

a pesar de lo cual todavía intenta verla, hasta que, al tropezarse de nuevo con sus agresores y tratar éstos de pegarle, sacó una automática y disparó diez veces, matándolos.



Julio Alloco, muerto.

Drama originado por las sugestiones de un adivino



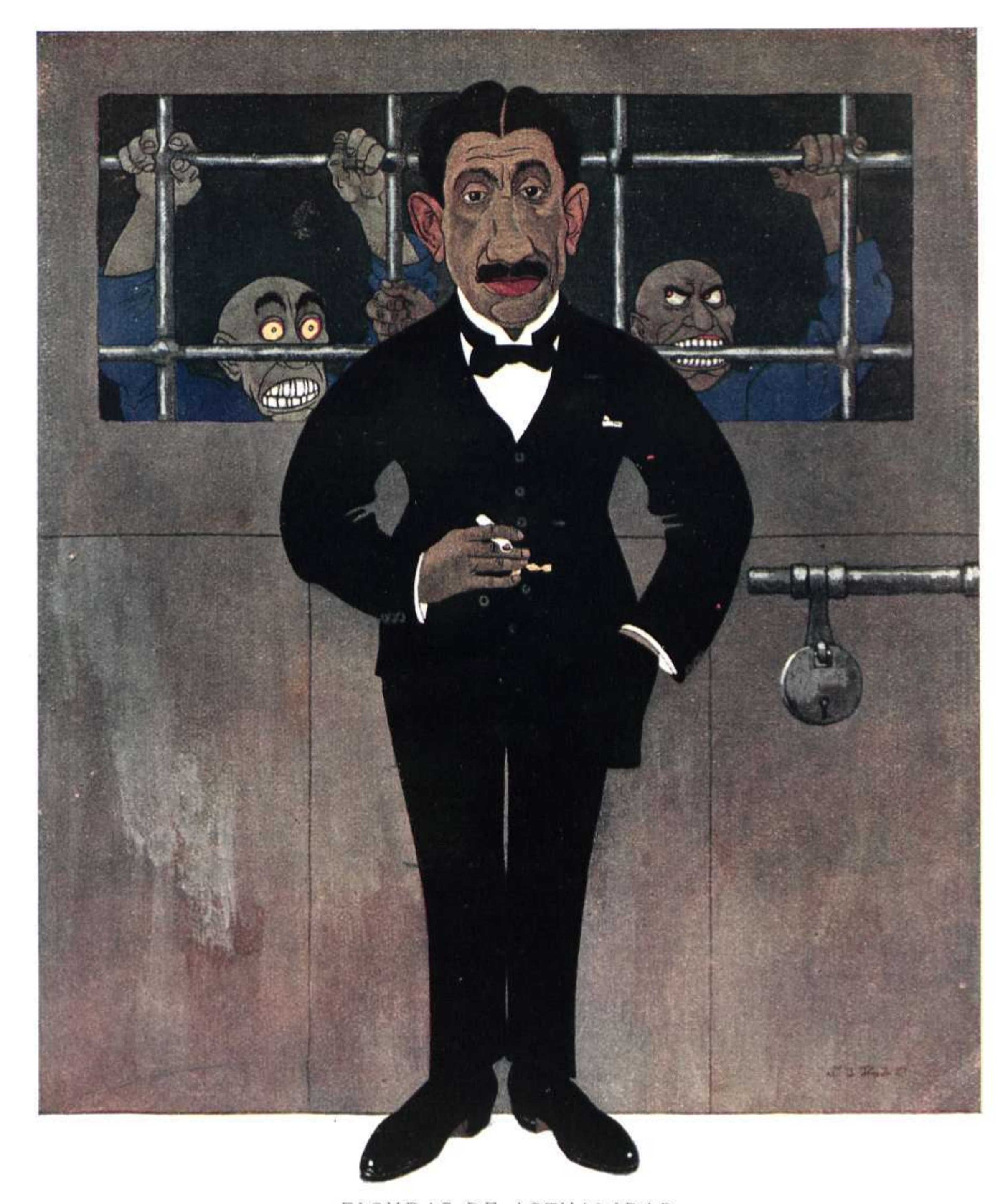
Pablo Sánchez, (a) El hermano Pablo, que ejercía la adivinación.



El cadáver de Manuela Sanjurjo viuda de Diaz. El asesino, su amante, declaró haber procedido por sugestiones del «hermano Pablo», infiriéndole una puñalada en el pecho y otra en el vientre, ambas mortales, después de una violenta discusión sostenida en la calle Juan B. Alberdi.



Francisco Flores, el asesino que, al principio, negó haber cometido el crimen.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor EUSEBIO GÓMEZ

NUEVO DIRECTOR DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

POR SIRIO.

Las condiciones de estudioso y erudito en materia penal acreditan al distinguido abogado para hacer en el establecimiento verdadera obra de organización y de ciencia. Los principios sustentados en sus libros y sus declaraciones al hacerse cargo del delicado puesto así lo hacen prever.



Elegante saco claro de medio abrigo.

Sencillo saco de sport con largo descote.

Precioso y llamativo saco con muy originales mangas.



HOMBRES CÉLEBRES

CAMOENS

No se sabe en qué ciudad nació el genial poeta lusitano. Lisboa, Coimbra y Evora se disputan este honor. Así sucede muchas veces. Homero, Colón, Cervantes, Camoens y otros así lo atestiguan. Mientras vivieron pasando miserias y persecuciones, ninguna ciudad los reconoció por hijos. Ya muertos, siempre hay unas cuantas dispuestas a declararse madres cariñosas.

Tampoco se conoce la fecha exacta en que naciera Luis Vaz de Camoens. Se calcula que vino al mundo el 4 ó el 5 de febrero de 1524. Era hijo de Simón Vaz de Camoens y de Ana Macedo, ambos descendientes de ilustres familias portuguesas. Huérfano de padre al poco tiempo de nacer crióse bajo la tutela de su tío el P. Benito de Camoens. Gracias a este sabio religioso, Camoens aprendió latín y español, además de perfeccionarse en el idioma portugués.

En 1542 trasladóse a Lisboa, donde se hizo de valiosas amistades. El rey Juan III y su corte le

admiraban como gran poeta. Por una intriga palaciega, en la que intervinieron esos envidiosos y calumniadores tan abundantes al rededor de los hombres célebres, fué desterrado a Ribatejo. Allí siguió escribiendo hermosos versos.

El gran poeta, que tenía sangre de marino y de guerrero, tomó parte en una expedición contra los moros. En el asalto a la ciudad de Ceuta fué herido de un balazo, perdiendo el ojo derecho.

Después volvió a Lisboa. Allí su mala suerte le obligó a pelearse con un empleado de palacio, a quien hirió. Estuvo preso en la cárcel cerca de un año, y el rey lo indultó a condición de que se enganchara como soldado en la expedición que, a las órdenes de Alvarez Cabral, salió para la India el 24 de marzo de 1553.



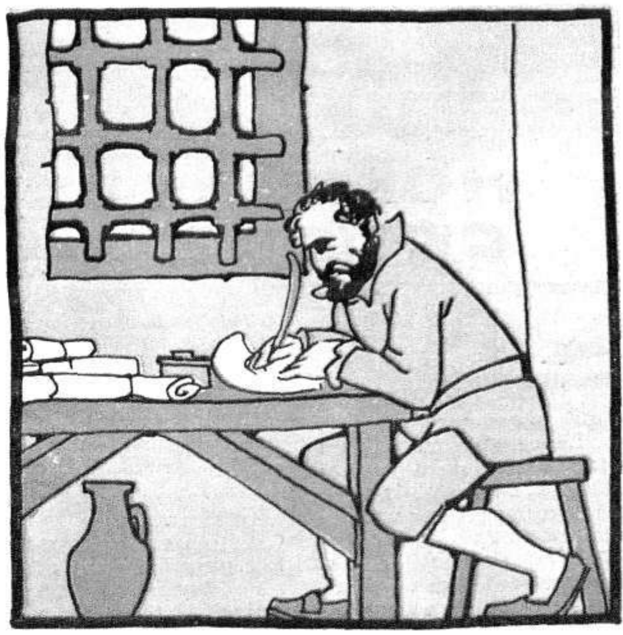
Tal vez si los soberanos y la corte le hubieran seguido agasajando y mimando, el gran poeta no hubiese escrito su *obra inmortal. Parece, ya te lo* dije al hablar de otro genial perseguido, que la desgracia es un látigo que amansa a los débiles y aviva a los grandes. En el calabozo comenzó Camoens a escribir *Os Lusiadas* (Los Lusiadas o Lusitanos) poema admirable de universal renombre.

Camoens era un patriota, un genial patriota. Como habrás visto en las aventuras que te he relatado, y como verás, lectorcito, en las siguientes, pocos honores debía agradecer a las personas que mandaban en Portugal. Y, sin embargo, nunca confundió el país natal con sus enemigos. Portugal, cuyo territorio era y es pequeño, representaba en aquella época un enorme papel en la historia del mundo. España, descubridora y conquistadora de América, y Portugal, explorador y dominador de Africa y Asia, eran entonces las dos naciones más formidables y ricas.

Los Lusiadas es un canto sublime a las expediciones de Vasco de Gama y al valor intrépido de los portugueses; es el mejor regalo que un poeta perseguido pudo hacer a su patria.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



Camoens formó parte de la tripulación del navío San Bento, en el que Alvarez Cabral enarboló la insignia de jefe. El San Bento fué el único barco de toda la expedición que pudo llegar a Goa (Indostán), después de seis meses de terrible travesía.

16 años vivió Camoens en la India. Combatió en el mar Rojo contra un célebre corsario; estuvo desterrado en las islas Molucas por haber escrito unas sátiras tituladas *Disparates de India*, en las que decía muchas verdades a los conquistadores avarientos y crueles.

Cuando el virrey Constantino de Braganza se hizo cargo de las posesiones portuguesas, como era muy amigo del poeta lo protegió. Dióle un puesto bien retribuido que él desempeñó acertadamente durante sus viajes por China y Malaca.

Poco le duró la buena racha. Sus enemigos le procesaron, atribuyéndole malos manejos de los fondos que custodiaba, y le enviaron preso a Goa. El barco donde iba naufragó, salvándose Camoens a nado. Al ocurrir la catástrofe el sólo se cuidó de salvar el manuscrito de su obra.

Al fin, gracias a la ayuda de buenos amigos consiguió llegar a Lisboa el 7 de abril de 1570.

El 12 de marzo de 1572 vió la luz pública el inmortal poema *Los Lusiadas*, después de muchos inconvenientes que los enemigos poderosos de Camoens le opusieron. El éxito fué muy grande y muy rápido. El rey don Sebastián le concedió una pensión, que luego Felipe II hizo se siguiera pagando a la madre del poeta.

La trágica muerte del gran rey don Sebastián, derrotado desastrosamente por los marroquíes en Alcazarquivir, causó una pena muy honda.

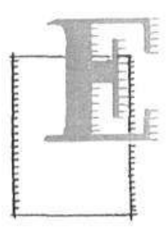
Y para colmo la conquista de Portugal por tropas españolas de Felipe II.

«Muero con mi patria», decía en una carta a su buen amigo Francisco de Almeida.

El genial poeta murió en la miseria el 10 de junio de 1580 a consecuencias de la epidemia que diezmaba a Lisboa.

EL SINGULAR ASUNTO DEL PROFESOR SYMINGTON

POR EL CAPITAN OSVALDO DALLAS



Es asunto sumamente serio cuando un hombre prosigue el estudio de cualquier cuestión hasta un límite más allá de lo que su cerebro le permite.

La naturaleza, a despecho de lo que puedan afirmar cuatro charlatanes, ha marcado en cada individuo el límite de la capacidad mental, y es peligroso tratar de ir más allá de ese límite.

Un caso elocuente de esta afirmación es el ocurrido al profesor Gregorio Baines Symington.

Era éste una de las más grandes autoridades europeas en el campo de las investigaciones químicas... Acaso la mayor, aun cuando Westerstrom, de Upsala, y Stuvyens, de Leyden, le disputasen el lugar.

Aunque relativamente joven — no había llegado a los cuarenta y dos años — había realizado largos viajes a través de los dos hemisferios al extremo de que eran muy pocos los países que no hubiese visitado.

Sus jiras tenían tan sólo una finalidad, una idea que perseguía con un encarnizamiento tal que podrá calificarse ya de monomanía. Los cinco años anteriores a su instalación definitiva en aquella vasta residencia cerca de Clapham Common los había pasado en la India.

Pero en lo referente a la población y ciudades de ese país no podía suministrar información alguna. En cambio podía conversar durante horas enteras sobre los adelantos químicos y las propiedades de la flora de la región. Al hacerlo así se ponía sumamente excitado y su voz adquiría un elevado tono.

Aparte de todo eso, podía considerársele como un hombre jovial y un excelente camarada. Hombre de fortuna y de nobles sentimientos, daba libre curso a sus instintos... Mas en los últimos años tan sólo sus estudios lo dominaban.

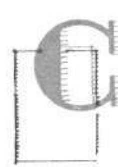
Mediano de estatura, rostro flaco y pómulos salientes, cubría parte de su rostro una barba cortada en punta, y tanto en ella como en los cabellos abundaban las canas. Vestía en su casa, invariablemente, un traje gris obscuro, y en su chaleco se destacaba una tira de cuero que sujetaba un modesto reloj de acero.

Como era un hombre solo y la casa en que vivía resultaba muy grande para sus necesidades, la mayor parte de ella estaba vacía. La habitación mayor de la planta baja, destinada a laboratorio, tenía dos puertas, dando una de ellas acceso al jardín. En ese laboratorio pasaba la mayor parte del día y aun algunas horas de las que debía emplear para el descanso durante la noche.

Su servidumbre se componía de un sirviente que llevaba a su lado muchos años, un ama de llaves y una cocinera.

Como el profesor Symington había llegado a enamorarse hasta comprometerse en matrimonio, era un misterio... Y misterio también resultaba la razón por la cual había llegado a amalgamar sus ideas amorosas con las científicas. La mujer con quien se comprometió era la hija única de un rico propietario,

llena de atractivos. Podía presumirse que ella estaba enamorada de él, pero la certidumbre acaso se adquiriría tan sólo resolviendo una fórmula química, y no de las menos difíciles.



CIERTA noche del mes de julio el profesor comió en casa de su prometida. Había mucha gente. Durante un largo rato el profesor permaneció preocupado en una forma que excedía a la hahabitual, pero a medida que avanzaba la noche fué transformándose hasta mostrarse alegre y decidor.

Cuando las damas se levantaron, las acompañó hasta la puerta del comedor.

Como el señor Codrington era viudo, su hija hacía los honores de la casa y por eso quedó la última. Al salir, Symington la tocó en un brazo.

— Juana—murmuró, — deseo decirte algo... ¿Puedes atenderme?

Ella lo miró sorprendida.

— Dentro de media hora en el jardín. Cerca del rosal grande... ¿Le parece bien?

— Admirable.

Cerró la puerta tras ella y se unió a los demás caballeros. Había un grupo de tres en un ángulo. Lo formaban su futuro suegro, el señor Codrington, un abogado de mediana edad, llamado Hartfield, y un joven, de nombre Darton, llegado hacía poco tiempo del Africa Central.

Darton estaba narrando algunas de sus aventuras. Su aspecto exterior era atrayente, aun cuando se notaba en sus cabellos, bastante canosos ya, así como en su cuerpo, los efectos del que ha pasado varios años en los trópicos y ha sufrido de malaria.

— ¿Ha estado usted en Africa Central, profesor? — preguntó Darton.

— Sí — respondió Symington. — He estado.

— ¿Y no ha oído hablar de una planta llamada por los nativos cocopili?

— No. A lo menos no recuerdo el nombre. ¿Quiere tener la bondad de describírmela? — preguntó interesado el hombre de ciencia.

— Es una hoja color verde obscuro, no como la yedra, sino más pequeña. La flor...

— Sí. Sí. La flor...

— Deme un poco de licor, Hartfield — exclamó el dueño de casa. — Estos dos sabios ya empiezan a hablar de cosas que los mortales como usted y yo no comprendemos...

— La flor — continuó Darton — es de un rojo escarlata; en el cáliz los pistilos tienen un color verde metálico.

— ¿Y sus propiedades? ¿Las conoce?

— Es tan venenosa que el simple contacto con la piel basta para causar la muerte. Constituye la base del flúido que los naturales emplean para envenenar sus dardos. Yo he visto morir hombres a causa de sus efectos. Su agonía es espantosa.

— Verdaderamente causa horror hasta oir hablar de esas cosas — dijo el abogado. — Yo estoy muy satisfecho de que mi vocación no me haya llevado a esos terrenos donde encuentra uno tan encarnizados enemigos. Los abogados no somos acaso muy buenos, pero nos contentamos con despellejar a nuestros adversarios.

— Y en ocasiones a los propios clientes — agregó Darton con una curiosa contracción de los músculos de la cara.

— ¡Oh! ¡No nos considere tan malos!... Después de todo, fuerza es que vivamos...

— Creo que fué precisamente un abogado el que, en el caso de un hombre que aventuró esa excusa, respondió que «no era necesario».

— Pero fuerza es admitir que hay circunstancias en las que la venganza es justa — exclamó Symington. — Yo considero que la venganza figura entre los derechos naturales para satisfacer un natural rencor. En ese sentido nos hemos vuelto muy perezosos. Dejamos a la ley la misión de hacer lo que nos corresponde. Un hombre es culpable del mayor de los crímenes contra sus compañeros y el honor del ofendido queda satisfecho con que el tribunal dicte un veredicto en su favor. ¡Es horrible!

— ¿Pero qué le ocurre hoy, Symington? — preguntó Codrington con manifiesto interés, al ver aquella forma de expresarse tan poco usual en el profesor.

Juana — exclamó al fin con voz perfectamente tranquila. — ¿Me aborrecería mucho si yo... si yo la abandonase?

— ¿Qué tengo? ¿Qué me ocurre? — Se pasó la mano por la frente como para borrar alguna mala idea. — Desearía que todos los hombres defendiesen su honor con sus propias manos...—Hizo un gesto extraño, y luego prosiguió riendo. — Pero nos hemos puesto muy serios... Creo que ya es hora de que nos reunamos con las damas.

En lugar de acompañar a los otros al salón, pasó por otra puerta al invernáculo y de allí al jardín. En el lugar indicado encontró a Juana que lo esperaba y lo miró sorprendida.

— ¿Qué sucede, querido?

La luz de la luna se reflejaba en sus cabellos formando como un halo de oro que daba un aspecto más atrayente a su bello rostro y elegante figura. El le tomó las manos con una dulzura insospechada en un ser de aspecto tan huraño, y así permanecieron mirándose en silencio durante un rato.

— Juana — exclamó al fin con voz perfectamente tranquila. — ¿Me aborrecería mucho si yo... si yo la abandonase?

Ella sonrió.

— ¿Me sería posible vivir sin usted? — agregó.

La joven retiró sus manos y mirándolo fijamente murmuró:

— ¿Debo entender que desea romper nuestro compromiso?

— No — respondió él. — No deseo tal cosa. No... — Se detuvo mirando a su alrededor como temeroso de que alguien los espiase. — Pero... alguno de los dos puede morir...



—¡Morir!... ¿Se siente enfermo?... ¿Por qué habla de esa manera?

—No sé... No estoy enfermo... Pero...

—Pero, ¿qué?

—La vida es cosa tan frágil... ¿Me olvidaría?... Sé bien que no soy hombre que pueda inspirar una pasión...

—¡Bah! ¡Qué tontería! Sabe de sobra que le amo... ¿Quiere que volvamos a casa?...

—No... Le suplico que me perdone una vez más. Tengo algo de suma importancia que hacer en mi laboratorio... Buenas noches...

—Lo encuentro muy excitado, Gregorio... Ya cuidaré de que realice sus trabajos con más método, cuando...

—...Cuando estemos casados... Sí. Necesito que alguien me cuide... Ahora, buenas noches, querida.

—¿Vendrá mañana?

—¡Mañana! —repitió como un eco. —Sí. Mañana vendré...

La joven se dirigió hacia el salón y el profesor fué en busca del sombrero y del abrigo para marchar a pie hasta su domicilio, situado a un cuarto de milla de distancia. Varias veces se detuvo absorto en sus profundos pensamientos; luego volvía a ponerse en marcha.

Al llegar a su casa abrió la puerta con la llave que tenía siempre consigo, y se encaminó a su estudio donde se dejó caer en un sillón y encendió una pipa.

Fumaba maquinalmente, y tan absorto estaba en sus ideas que ni aun pensó en despojarse del abrigo.

—No le sentí llegar, señor —dijo su sirviente. —¿Desea algo?

—Nada, gracias. Puede irse a acostar.

—¿Quiere que le quite el abrigo, señor?

—¿El abrigo? —repitió mirándole con extrañeza. —¡Ah!... ¡Sí!... Eso es.

—Buenas noches, señor.

Symington lo miró asombrado.

—¿Qué decía, Lawson?

—Que buenas noches, señor.

—¡Claro está!... Hasta mañana, Lawson.

—Lo mismo le ocurre todos los días —murmuró el sirviente al retirarse. —Va a enloquecer como siga así...

—Lo mismo le ocurre todos los días —murmuró el sirviente al retirarse. —Va a enloquecer como siga así.



DIEZ minutos después de esta escena el profesor Symington se dirigía a su laboratorio. Lawson lo vió entrar y oyó el ruido de la llave al cerrar la puerta por dentro. Transcurrida una hora, despertaba a la servidumbre el estruendo de una explosión que sacudió violentamente el edificio.

Lawson saltó del lecho y echó a correr escaleras abajo. Al llegar al corredor que conducía al laboratorio presenció un horrible espectáculo. La pared estaba reducida a escombros, y lo invadía todo un humo denso de sabor acre que dificultaba la respiración.

—¡Cielos! —exclamó. —Lo que me temía que ocurriese un día u otro.

Telefoneó a la policía, cuyos representantes acudieron en seguida sin que pudiesen hacer nada. El laboratorio había quedado reducido a escombros y por el momento el humo impedía efectuar cualquier investigación.

Al amanecer se comenzaron los trabajos para dar con el cuerpo del doctor Symington. Lo encontraron al fin entre un montón de restos, pero tan destrozado que era casi imposible identificarlo.

Adherido al cuerpo llevaba el traje de etiqueta con que asistiera a la comida dada por su futuro suegro. La declaración del sirviente y el traje gris que usaba de costumbre en casa sirvieron de comprobación.

En las primeras horas de la mañana el ama de llaves marchó al domicilio del señor Codrington para hablar con él. Fué conducida a la biblioteca y allí acudió el viejo envuelto en su bata, despeinado y denotando en su rostro la extrañeza que le causaba aquella visita a semejante hora.

—¡Señora Stark! —exclamó. —¿Qué ha ocurrido?... ¿Acaso se encuentra enfermo el profesor?... Cálmese y cuénteme despacio lo que ocurre.

La mujer trató de dominar sus nervios.

—¡Ay, señor Codrington! Ha sucedido algo muy horrible...

—¿Sí?... ¿Pero supongo que no habrá muerto?...

La señora Stark se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Vamos, vamos... Cuéntemelo todo... ¡Pobre hija mía!

Lentamente, entre lágrimas y suspiros, la señora Stark le refirió la tragedia, que él escuchó con rostro pálido y mirada vaga.

—¡Hija mía!... ¡Pobre hija mía!... ¿Cómo se lo digo?... ¿De qué manera?...

Comenzó a dar paseos de un lado a otro de la habitación retorciéndose las manos. De pronto se detuvo e hizo sonar el timbre eléctrico... Luego reanudó su interrumpido paseo.

Apareció un sirviente, quien se quedó admirado al ver la expresión de dolor reflejada en el rostro de su amo.

—Diga a la señorita que se vista y que venga en seguida... Lo antes posible...

Pocos minutos más tarde se presentaba Juana, sorprendida y alarmada.

—¿Qué sucede, papá?—preguntó.—¿Por qué?...

La interrumpió su padre, deteniéndose ante ella, y le indicó a la señora Stark.

—¿Usted aquí?... Padre mío, ¿qué ocurre?... Y usted señora, hable... ¿Acaso el profesor Symington?...

—Señorita... —balbuceó la pobre mujer. —Ha sucedido algo espantoso... El profesor...

—Siga... ¿No ve que estoy impaciente?... Cuéntemelo todo... ¿Por qué ha venido usted a esta hora?...

—Anoche... el laboratorio... se desplomó...

— ¿Se desplomó?... ¿Cómo?... ¿Está herido el profesor?... Quiero verlo en seguida... Espéreme un instante que me ponga un abrigo...

— No. No puedes ir — exclamó el padre. — ¿Por qué no le cuenta todo por completo?...

— Usted, que para eso es su padre...

— ¡Que el cielo me ayude! — exclamó. — ¿Cómo voy a decirle yo? Usted es mujer... Yo no puedo ver su dolor.

La joven miraba asombrada a uno y al otro, temerosa de saber toda la verdad.

— ¿Ha muerto? — preguntó con voz ronca. — ¿Ha muerto Gregorio?

La señora Stark se levantó de su asiento y colocó las dos manos sobre los hombros de la joven.

— Quisiera tener la elocuencia necesaria para conformarla... Querida niña... No volverá a ver ya en este mundo al profesor...

Juana Codrington lanzó un grito y cayó en los brazos de la mujer. La condujeron sin sentido a su lecho, y cuando volvió en sí permaneció como anonadada, murmurando sordamente: — ¡Gregorio! ¡Gregorio!

En la casa se notaba una desusada agitación. Los sirvientes comentaban en voz baja los hechos.

— Parece mentira — decía uno de ellos en la cocina. — Jamás hubiera creído que la señorita quería tanto a un hombre tan huraño... Eran los novios más indiferentes que he visto.

— Lo mismo me ocurría a mí — respondió una de las doncellas. — Y aun cuando estaba comprometida con el profesor Symington, porfiara yo que hasta existía una secreta relación con el señor Darton, que es un tipo más atrayente.

— Y a mí me extraña que no se le haya vuelto a ver desde la muerte del profesor.

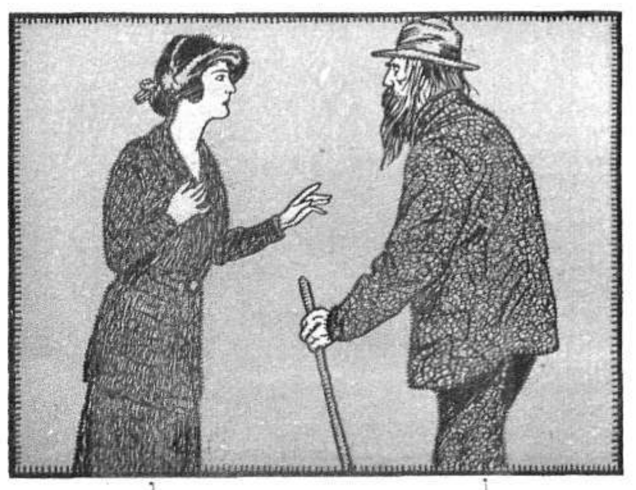
En efecto. En los primeros momentos de excitación nadie había pensado en Darton, quien era huésped de la casa.

Como no se presentase a la hora del almuerzo, el señor Codrington envió en su busca. El sirviente llamó repetidas veces a la puerta del dormitorio y como no obtuviese respuesta penetró en el aposento. La cama estaba intacta.

Evidentemente Darton no se había ausentado, pues todos sus efectos se hallaban sobre las mesas y en el cuarto de vestir. El hecho se presentaba misterioso, pues era extraño a las 10 de la mañana anduviese por los campos sin sombrero y vestido de etiqueta.

Pasaron los días y no volvió. El padre de Juana, hombre reposado habitualmente, estaba en un estado tal de nerviosidad que no podía hacérsele responsable de sus acciones, y debido a ello no pensó en comunicar a la policía la desaparición de Darton.

Las investigaciones policiales se dieron por terminadas al encontrar los restos del profesor, cuya muerte se atribuyó a un accidente producido mientras trabajaba en el laboratorio.



— ¡Ay, señor Codrington!... Ha sucedido algo muy horrible.

Al grandioso funeral asistieron todas las personalidades científicas de Inglaterra, y los diarios se ocuparon de sus importantes trabajos y descubrimientos, lamentando la desaparición de aquel hombre de tanto talento.



NADIE podría decir dónde tuvo su origen el rumor, pero una semana después del sepelio comenzó a circular la versión de que en la muerte del profesor Symington algo misterioso se había escapado a una investigación debida.

Los primeros datos procedieron de un agente de policía que afirmaba haber visto salir de la casa del profesor, momentos antes de la explosión, la figura de un hombre. No podía decir cuáles eran sus señas porque llevaba un largo abrigo y un sombrero echado sobre los ojos. El rumor fué en aumento y las sospechas crecieron, llegándose pronto a la creencia de que el sabio hombre de ciencia había sido víctima de una venganza. Hasta se inventó una historia que daba como seguro un complot tramado en la India para vengar ofensas inferidas a los naturales por Symington.

La inesperada y espantosa muerte de su prometido produjo a Juana Codrington gran dolor. Se levantó del lecho completamente transformada. De una joven de excelente carácter se trocó en una mujer de temperamento irrascible. Sólo una idea la dominaba: la de que Symington había sido víctima de un complot.

Su padre trató de disuadirla, pero todo fué inútil.

— Le afirmo — decía durante una de las discusiones — que Gregorio ha sido asesinado... Y el hombre responsable de su muerte es... Juan Darton.

— Pero mi querida hija — protestaba el viejo. — ¿Qué razones tienes para creer semejante cosa? Gregorio realizaba continuamente experimentos llenos de peligro... Ha ocurrido un accidente; no puede dudarse de ello. ¿Quién podía tener interés en hacer desaparecer a Symington, si no tenía enemigos?

— Voy a darle las razones. Darton odiaba a Gregorio.

— ¿Que lo odiaba? ¿Por qué causa?

— Nunca se lo dije, padre mío... Pero lo odiaba porque Darton deseaba casarse conmigo... Me lo manifestó así a pesar de saber que estaba comprometida con Gregorio.

— ¡Dios mío! ¿Y Gregorio lo sabía?

— Sí. Acaso fué una imprudencia mía, pero se lo conté.

El señor Codrington la miró fijamente.

— Tal vez tenga yo la culpa de todo — prosiguió la joven. — Yo sabía que Gregorio era un hombre tranquilo. Darton se convenció de que yo no sentía cariño alguno hacia él...

— Pero... Pero ¿tú amabas realmente a Gregorio?

Los ojos de la joven reflejaron su sincera emoción.

—¡Qué si lo amaba!... Mucho... No se lo demostré por temor a mí misma... Pero lo admiraba... ¡Era tan bueno!, tan noble!... Y ahora ya ha muerto... ¡Asesinado!

—Pero, mi querida Juana... No hay el menor indicio de semejante cosa...

—¿Que no hay indicio?... ¿Y el hombre que salió de casa de Gregorio poco antes de la explosión?... ¿Quién era? ¿Qué hacía allí?... ¿A qué fué a semejantes horas de la noche?... ¡Que no hay indicios! Cuando un hombre comete un delito, en lo primero que piensa es en escapar... ¿Dónde está Juan Darton?

Su padre la miró fascinado.

—Era nuestro huésped. Vivía bajo nuestro mismo techo. Desde la mañana siguiente a la explosión no se le ha vuelto a ver. Su lecho estaba intacto, y aunque han ocurrido cosas tan extraordinarias no ha regresado. ¿Dónde está?... ¡Lo ignoramos!... Nadie lo sabe. Pero cuando aparezca seguramente podrá explicar a qué obedece la muerte de Gregorio Symington.

Aun cuando habían pasado ya quince días, Codrington no pensó, hasta entonces, en dar cuenta a la policía de las extrañas circunstancias en que desapareciera Darton. Se efectuaron algunas investigaciones, pero no se descubrió el menor rastro.



—¡Gregorio! ¿No me reconoce?

Pasó un año. La casa que había ocupado el profesor Symington fué a poder de otras personas, y su servidumbre se empleó en otra parte. El sabio no tenía familia conocida y nadie, excepto una mujer, lamentó su muerte. Para esa mujer su memoria era sagrada; ningún otro hombre podía borrar el recuerdo del desaparecido. El señor Codrington se vió en la necesidad de trasladarse a una pequeña aldea de Surrey a causa de los negocios.

Existía también un hombre para el que la extraña desaparición de Juan Darton era un problema. Ese hombre era Hartfield. Aun cuando no pensase que él fuera el causante de la muerte del profesor, reconocía que era el hecho lo suficiente extraño para despertar la duda.

Había conversado en varias ocasiones con la joven siempre tratando de hallar una respuesta a la misma pregunta. ¿Qué ha sido de Darton?

—Algún día lo encontraremos — decía Juana.

—En realidad eso sería muy conveniente para conocer a fondo todo lo ocurrido.

—¡Lo ocurrido! No. Yo no tengo interés por eso. Quiero que pague la pena que merece.

Un mes después de la última de estas conversaciones, y trece más tarde de la fecha de la catástrofe, Hartfield partió para realizar sus vacaciones anuales, eligiendo la localidad de South Devon, adonde fué en compañía de un amigo.

Una tarde paseaban por el camino que conduce a Yoybridge y se detuvieron en un pequeño bar situado a uno de los costados de la carretera. Sentados alrededor de una mesa había como una docena de trabajadores y uno de éstos le llamó la atención. Era un hombre de edad, con barba y cabellos blancos y largos. Su aspecto era más saludable que el del resto de sus compañeros, pero en sus ojos se notaba una curiosa expresión.

—¿Ocurre algo nuevo, Gregorio? — preguntó uno de los obreros. — ¿Encontró lo que busca?

El hombre de la barba blanca levantó la cabeza para mirarlo y luego, con una sonrisa infantil, respondió:

—No. Aún no... Pero hay tiempo. Algún día lo recordaré y entonces...

Hartfield miró al que hablaba. Había algo en el timbre de su voz que le hacía ésta familiar, recordándole otra oída antes, como una nota musical o el perfume de una flor traen a la memoria cosas olvidadas.

Pero ¿dónde podía haber visto a aquel viejo trabajador?

Era la primera vez que iba a South Devon, y casi parecía imposible que hubiera podido encontrarlo antes...

—¿Usted busca algo, amigo? — le preguntó Hartfield.

El viejo trabajador lo miró.

—¿Que si busco?... Sí... Pero no recuerdo...

Se pasó la mano por la frente y sin añadir palabra alguna volvió a su anterior ensimismamiento.

Fué aquel ademán lo que hizo descubrir la verdad a Hartfield. Se levantó como impulsado por un resorte y colocando la mano sobre el hombro del viejo lo miró fijamente y exclamó.

—¡Sí! ¡Es Symington!

Sorprendente. Pero no había duda posible. Aquel era el hombre al que se consideraba muerto a causa de la explosión de su laboratorio. El gran hombre de ciencia inglés... Ahora convertido en un obscuro trabajador de una aldea de Devonshire.

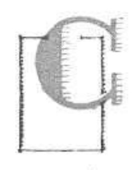
La pregunta que al convencerse de esto acudió a los labios de Hartfield fué la más lógica. ¿Quién era entonces el muerto?

Darton no había sido visto desde la noche fatal. Lo lógico era suponer que la víctima fuera él. ¿Pero, a qué había ido al laboratorio a semejante hora? ¿Quién era el hombre a quien vió salir, momentos antes de la explosión, el agente?... Sin duda Symington... Pero aun quedaba mucho que hacer para aclarar el misterio.

Hartfield trató de averiguar más, pero Symington se encerró en un completo mutismo y sólo se limitó a pasar repetidas veces su mano por la frente, como tratando de alejar las nubes que obscurecían su cerebro.

Aquella noche Hartfield envió un telegrama a Codrington:

«Venga en seguida — decía — y traiga a su hija con usted. Ha ocurrido un hecho extraordinario. Urgente e importante. — *Hartfield.*»



UATRO o cinco trabajadores caminaban lentamente conduciendo los efectos que habían utilizado para su trabajo. Era una tarde espléndida. El cielo tenía un color azulado, mezcla de amatista; las flores esparcían sus perfumes y los pájaros cantaban alegremente.

— ¡Ahora! — exclamó despacio Hartfield.

La joven se llevó una mano al corazón y, apartándose del lado de su padre y de su amigo, avanzó al encuentro de los trabajadores. Todos, menos uno se llevaron la mano al sombrero. Como siempre, el sabio caminaba abstraído mirando al suelo.

— ¡Gregorio!

Al oírse llamar, se detuvo; luego como si oyese una voz lejana permaneció un instante con la vista levantada, después lanzó un profundo suspiro, bajó nuevamente la mirada y echó a andar.

— ¡Gregorio! ¿No me reconoce?

De nuevo se detuvo. Miró a la joven un largo minuto, mientras los colores teñían sus mejillas. Inmediatamente palideció.

— ¡Juana! — murmuró. — ¡Juana!

— ¡Gregorio! Yo creía que había muerto.

— ¡Juana! — repitió. — Y mientras hacía visibles esfuerzos para recordar, murmuraba:

— Sí. Era esto... Era esto... ¿Pero cómo están aquí?... Dígame cómo... ¿Ya no me ama?... ¿Quién me lo dijo?...

— Alguien que tenía especial interés en separarnos. Alguien que lo odiaba porque sabía que yo lo amo... Darton...

Al oir ese nombre el profesor experimentó una sacudida, y en sus ojos se notó un destello de ira.

— ¿Darton? Sí. Fué él. Era un canalla. Cuando lo vuelva a ver ya le haré pagar caro...

— No querido. Nada de eso. Darton ha muerto.

— ¡Muerto! Darton muerto.

— Vamos. Papá está aquí con el señor Hartfirld. Hemos venido para llevarlo a casa.

Los dos hombres se acercaron, pero Symington pareció no reconocerlos; sin embargo, se dejó conducir dócilmente.

Al siguiente día partieron para Surrey donde instalaron a Gregorio, a quien fué necesario cuidar como a un niño de tres años.

Transcurrieron las semanas y los sacrificios de la joven comenzaron a tener su premio. Pero el triunfo final llegó en forma inesperada. Se encontraban los dos en el jardín y Juana tomó una rosa roja, y después de rodearla de hojas verdes se disponía a ponerla en el ojal del saco de Gregorio, cuando éste, alarmado y palideciendo, le gritó:

— ¡No! ¡Quite eso de ahí!... ¡Quítelo!

— Es una flor, querido — dijo Juana.

— ¡Una flor! — repitió como un eco.

— ¿Qué pensaba que era? — preguntó Juana.

— Pensé... Pensé... ¡Cielos!

— ¡Gregorio! — exclamó la joven al ver que él se había sentado y miraba a lo lejos. — ¿Recuerda?

— ¿Recordar?... Sí... Ahora sí. Juana diga a su padre que venga. Quiero contarle en seguida antes que me vuelva a olvidar.

Momentos después Symington refería su extraña historia.

— Yo llegué a dudar que usted me amaba, Juana, porque dudaba de que yo tuviera condiciones para hacerla feliz. Darton contribuyó mucho a que esa idea se arraigara en mí, y me manifestó que usted estaba arrepentida de nuestro compromiso... Por eso le hablé de cierta manera la noche de la explosión.

«Cuando volví a casa fuí al laboratorio, donde me puse a trabajar en unos importantes experimentos. Eran esos trabajos tan peligrosos que tenía que realizarlos con sumo cuidado. Llevaba media hora allí cuando oí unos golpes en la puerta que conducía al jardín. Aquello me extrañó, pero, a pesar de mi sorpresa, abrí. Mi visitante era Darton. Estaba muy excitado y pálido de ira. Le ordené que se retirase, pero él se echó a reír. No acertaba a explicarme qué idea lo había llevado hasta allí, pero pronto aclaró el misterio. Había ido para asesinarme.

«— Nadie sabrá lo que le ha ocurrido — dijo, mientras se lanzaba sobre mí como un demente.

«Luchamos, pero él era más fuerte que yo y me tiró al suelo, colocándome después una rodilla sobre el pecho para sujetarme; entonces mantuvo un objeto a cierta altura de mi rostro.

«— ¿Usted ama la ciencia? — preguntó lanzando una diabólica carcajada. — Pues a causa de ese deseo de saber va usted a morir. ¿Me preguntaba hace unas horas las propiedades del cocopili? Yo se las manifesté. Ahora voy a demostrarle la verdad de mis explicaciones.

«Acercó la mano a mi rostro y con las uñas arrancó la piel. Después, siempre riendo, paseó frente a mis ojos una flor roja y verde.

«— Dentro de cinco minutos habrá muerto usted — dijo. — La señorita Codrington estará libre de su compromiso y se efectuará uno nuevo, más de acuerdo con su voluntad entre ella y yo.

«En la convicción de que mi muerte estaba próxima luché desesperadamente con Darton. Aparté sus manos de mi rostro y luego conseguí colocar mi cuerpo sobre el suyo. Entonces fué cuando me apercibí de que la redoma en que tenía yo mi líquido de ensayo se había calentado, y al producirse la ebullición el peligro era enorme. Me aparté de Darton y eché a correr. Sabía que un minuto o dos después sobrevendría la explosión. Al pasar por el vestíbulo tomé la capa y el sombrero.

«No traté de salvar a Darton porque él había intentado asesinarme. Poco después, ya a salvo, oí el ruido de la explosión. Lo que hice luego y adonde fuí son cosas que ignoro en absoluto.. La memoria me abandonó hasta que... hasta que...»

Se detuvo y miró en torno suyo.

— ¿Dónde estoy? — preguntó. — ¿Dónde estoy?... Tengo que ir en seguida a cuidar de las vacas... al campo...

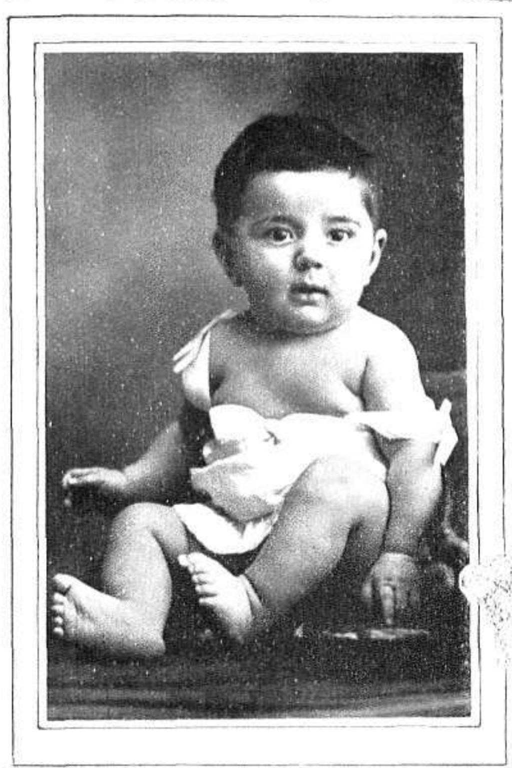
Y de nuevo la sonrisa infantil desplegó sus labios, mientras su rostro adquiría una expresión de candidez y sus ojos miraban vagamente.





Página Infantil

Beba Carranza Devoto



Ricardo D. S[illegible]



Mercedes Sánchez Toyuma

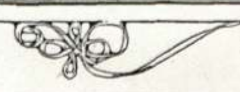


CADA vez se hace más visible el fuerte vínculo que une a nuestro país con la Madre Patria. El intercambio de ciencia y arte establecido por medio de conferenciantes, expositores y literatos argentinos y españoles pregona que la raza tiende a demostrar su solidaridad. Alto testimonio del acercamiento feliz es este mensaje fraternal enviado por los caricaturistas y escritores de las grandes publicaciones madrileñas, que agradecemos cordialmente.

ENLACES







SEÑORITA MARÍA JUSTA CALVENTO CON EL SEÑOR LEÓN LOSADA, EN LA IGLESIA DE SAN NICOLÁS DE BARI.

SEÑORITA MARÍA MAGDALENA D'HUICQUE CON EL SR. ALBERTO LUIS GRONDONA, EN LA IGLESIA DE SAN NICOLÁS.



SEÑORITA CONCITA ORDÓÑEZ CON EL DOCTOR JULIO A. REY, EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO.



RÍO CALABALUMBA (CÓRDOBA).



MANUEL J. CASTILLA.



LA CAPILLA DE SAN MARCOS (CÓRDOBA).

EXPOSICIÓN CASTILLA EN EL SALÓN WITCOMB

RECIENTEMENTE se ha inaugurado la exposición de los cuadros de este distinguido pintor argentino, cuyas artísticas cualidades de técnica y de colorido se destacan en ellos en grado muy apreciable, mereciendo los elogios de los visitantes y de la crítica, or lo bien elegido de sus temas, de índole nacional, especialmente cordobesa.

EN HONOR DE LOS DECANOS DE LAS FACULTADES DE MADRID Y PARIS

Los eminentes doctores Sebastián Recasens y Henri Roger, nuestros huéspedes, que fueron obsequiados con un almuerzo en el Jockey Club por el doctor José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, rodeados por éste, el embajador de España, el decano de la Facultad de Medicina y otros caracterizados profesionales.

FOTO DE BELL.

He aquí un siglo entero en este cuerpecito de mujer criolla que todavía no renuncia a los buenos bocados como puede verse en la fotografía.

"CARAS Y CARETAS" EN EL ASILO DE MENDIGOS

EN EL OCASO DE LA VIDA

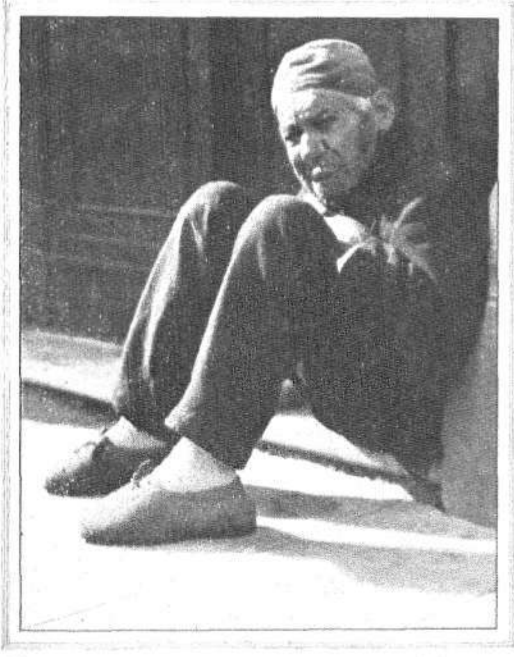
¿LLORAR o reír?... Podría repetir la interrogante de Hamlet según voy destilando entre mil y pico de ex hombres que sólo conservan del pasado el humo fantástico de sus quimeras. Pero, en honor a nuestro natural orgullo localista, debo confesar que nos han calumniado ferozmente los revisteros europeos diciendo que Buenos Aires tiene una enorme población mendicante por sus calles. Aquí se ampara la desgracia, y se regenera al caído. Quien pide, quien pasea sus trapos, es reacio a la influencia de nuestra organización y de nuestra filantropía.

En este asilo de mendigos de la Recoleta pulula una considerable población de gente que fué arrancada de las calles o sustraída al abandono, y, que a una edad en que más bien pareciera que ya todo ha quedado bajo los escombros del derrumbe, retornan a la vera de las costumbres higiénicas y ordenadas, que hacen olvidar en gran parte los dolores de la tragedia pasada, el espanto del hambre, la dureza de las veredas en lejanas noches en que las losas fueron colchón y el firmamento cobija...

Encuentro algunos párrafos vivientes de grandezas que murieron hace medio siglo. Tipos ochentones cuya cabeza, ya sin gobierno, parece una reminiscencia de la soberbia con que corrieron los años opulentos para cavar prestamente un abismo de pavorosos recuerdos y ruido de fantasmas en las horas de vejez miserable. Hombres cuya boca quedó contraída en el primer gesto de ansiedad que inició su caída. Mujeres rugosas y tambaleantes



Anciano que piensa con regocijo en lo principescamente que se vive en el asilo al compararlo con la perra vida callejera.



Filósofo escéptico, dice a quien quiere oirle: "Aislado del mundo y de los hombres ¿qué puede importarme el porvenir?"

arrastrando la carne que pesa y gravita en un alma que busca escape en la mirada, en el resuello, en la lenta agonía.

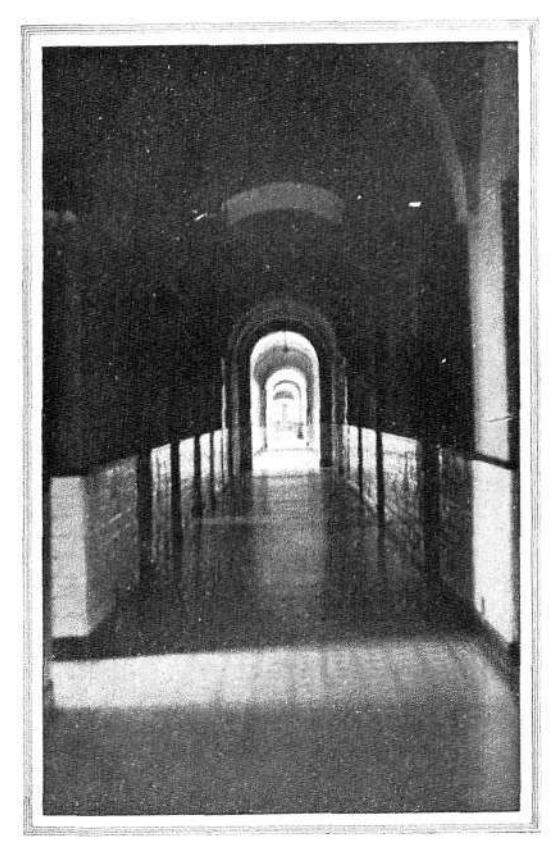
Todos ellos, figuras de humanidad que se transplantan a todos los sentires, que recuerdan las historias de todos los pueblos, las tragedias escritas y vividas de los hombres, la carrera loca y ridícula del mundo detrás de la luz y de la dicha...

Un ex capitán de barco mercante, de poderosa marina, conservando aun en su cara los latigazos del océano, habla con orgullo de cuando el galón dorado cubría parte del brazo que ahora oculta la manga de un chaquetón de asilo. Mas allá le oye con ironía un tipo de añejo cuño, tan añejo, que sus arrugas forman listones; parece que sus florines de comerciante genovés en tierras varias y promisoras fueron caudal considerable que se insumió en el mar de los placeres.

Los réditos con creces, los ha venido a cobrar en las avenidas bonaerenses en monedas criollas, hasta



¿Qué vale recorlar grandezas idas? Un "truco" aleja pesadillas y acerca a los hombres a la realidad de la pícara existencia.



Un ex claustro bicentenario que fué de benedictinos y ahora sirve de corredor en la casa de mendigos.



Sección femenina del asilo. ¡Cuántos dolores y cuántos escombros *morales podrían hallarse en el abismo de estas almas!*



Grupo de mendigos en cofradía sentimental junto a un incansable "musicante" que evoca, con el fuelle de su acordeón, lejanas añoranzas venturosas.

que la mano de la caridad le extrajo del torbellino y le dió cama y pan.

A veces, entre tantos siglos aglomerados en seres que pasean corredores y jardines, aparece un alma revestida de dignidad, que rehusa confidencias, trata de ocultarse, anhela esconder su historia. ¿Horrible o vergonzosa? Nadie sabe, ni aun lo ha podido conocer la suave, la insinuante y dulce persuasión de las hermanas vicentinas cuya sonrisa ejerce tanto poderío en los espíritus, como si el de Paúl hubiese legado a cada una de ellas una partícula de su esencia genial y divina.

A simple vista, este asilo no sugiere la tristeza de lo que sus pobladores han sido: para experimentar la vibración de estos ocasos en declive absoluto, es necesario acercarse mucho, descubrirles, entre palabra y gesto, el aletazo de la mentira para conocer la verdad. Se mueven por los jardines, como las hojas desprendidas del árbol...

SANTIAGO FÚSTER CASTRESOY



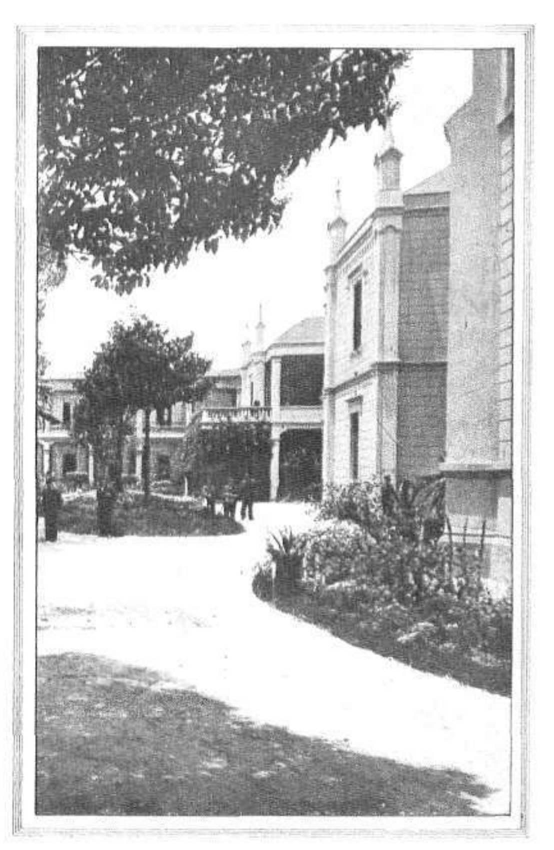
Asiladas que "matan" el tiempo confeccionando ropa destinada a los hermanos y hermanas de suerte.



190 años y buen recuerdo del pasado. "Viera, señor, aquellos tiempos de patacones en que a naides en Buenos Aires faltaba techo y pan".



Una buena idea: cada cuadro o sección se abastece del "puchero" con encomiable actividad por parte de aquellos que aun gozan de vigor y entusiasmo.



Jardines y balaustrada del Asilo de Mendigos que da sobre el paseo de la Recoleta.

FOTOS DE VARGAS



Un sugestivo detalle de la pintoresca costa.

"CARAS Y CARETAS" EN EL URUGUAY

LA SELVA MAS GRANDIOSA PLANTADA POR MANO DEL HOMBRE

UNA VISITA A PUNTA BALLENA

LA OBRA DE DON ANTONIO LUSSICH

El nombre de Lussich es popular entre los marinos y gente que ha navegado por el Atlántico, pues don Antonio alcanzó gran renombre con su flota de salvamento. Se cuentan hazañas que ponen de relieve el carácter enérgico y obstinado de este hombre, a quien dieron condecoraciones, por su arrojo salvando vidas, los gobiernos de Francia, Italia, España, etc.

Su gran «campo de operaciones» fueron las costas de Maldonado, pérfidas, traicioneras, con ese áspero banco Inglés, al que denominan capitanes de todas las banderas «el osario de los buques».

Hace cuarenta años don Antonio Lussich, que acababa de efectuar un importante salvamento, quiso obsequiar a los periodistas uruguayos que habían relatado sus proezas. Y no encontró mejor manera que llevarlos a Punta del Este en un remolcador.

Pero a los dos o tres días de estar en el pintoresco sitio cierto amigo de la localidad invitó a don Antonio y sus bulliciosos huéspedes para comer un cordero en Punta Ballena, que era un lugar imponente por lo rocoso, con una playa despejada, sin otra vegetación que las chilcas salvajes.

Desde Punta Ballena se divisa Punta del Este, lo que después ha sido Piriápolis, la isla de Lobos la ciudad de Maldonado...

—¡Esto es hermosísimo! — dijo aquel escritor, tan artista, que era Samuel Blixen.

Sus elogios de aquella naturaleza bravía hicieron que Lussich pusiese atención en Punta Ballena.

La compró al poco tiempo por una suma ridícula. Y en el más alto promontorio, aquel dominador de tempestades edificó una casa que se hubiera creído, vista desde el Atlántico, el nido de un aguilucho.

Racine, arboricultor y paisajista francés, que vive en Montevideo, le dió la idea a Lussich de hacer grandes bosques en aquellos inmensos médanos y sobre las ásperas piedras.

Y don Antonio, hombre luchador, a prueba de dificultades, pensó que era aquella una magnífica idea. Pero los técnicos — técnicos eminentes idos de la capital del Uruguay y aun de Buenos Aires — no tardaron en contrariar tan intrépido propósito.

—¡Imposible! Fracasará usted. Pueden vivir los árboles que ponga al abrigo del viento, pero allí donde castiguen los temporales, usted no va a aclimatar una sola planta.

Por fortuna para su país, don Antonio Lussich era un neófito de la Botánica. ¡Oh, el escepticismo de los hombres experimentados!... ¡El saber!... ¡He ahí lo que ataraza, lo que priva de movimiento a los hombres!...

Casi siempre los hombres de acción no pasan de la categoría de intuitivos!... Son siempre intuitivos los que realizan grandes fortunas en estos pueblos nuevos.



La espuma contrasta con la mancha negra del bosque.

Porque como dice Vaz Ferreira, nuestro gran filósofo, la acción proviene de saber una cosa e ignorar muchas otras. El impulso nos lo suelen dar precisamente las cosas que ignoramos!

El sabio... es extático, por sabiduría.

Y el desconocimiento de las dificultades, coincidiendo con el empuje, con el brío entusiasta de Lussich, le ha dado al Uruguay el tesoro de Punta Ballena, «la selva más grandiosa hecha por mano del hombre», según la definió un conspicuo huésped de Lussich, el general argentino don Julio A. Roca.

Hay, pues, en Punta Ballena un mérito extraordinario: el del luchador, ese hombre épico que dijo un día, obstinado por un salvamento casi imposible:

—¡Contra los hombres, contra los elementos, contra Dios, yo he de sacar del agua ese barco!

Y lo puso a flote.

Punta Ballena tiene una gran belleza, que no se sorprende con una sola mirada. Es como esas mujeres, llenas de encantos, sutiles, íntimas, que sólo se sorprenden con el trato asiduo.

Desde la mansión hospitalaria que hay en todo lo alto de Punta Ballena, se ve un panorama extenso. Los árboles bajan compactos por la sierra, rellenan las oquedades de los valles, avanzan, como soldados de un ejército fabuloso, hasta bordear la playa, que tiene una curva inefable de ondina.

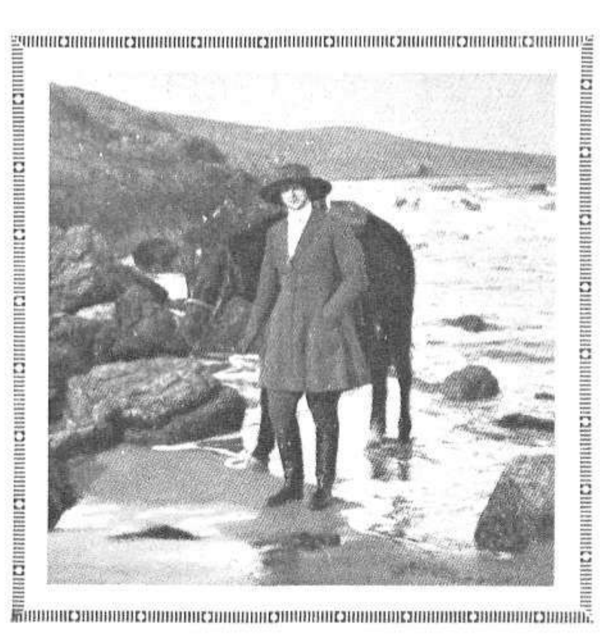
Pero la obra del viejo «pioneer», la obra de don Antonio Lussich no se aquilata hasta que no se monta en uno de los mansos y ágiles caballitos de Punta Ballena y se recorre la selva. Entonces sí. Entonces la admiración nos invade. Porque los millones de árboles se obtienen con las más hermosas variedades: desde el abeto litúrgico de Rusia hasta el brillante pino de Méjico; desde el duro roble castellano, hasta el pintoresco alcornoque de Italia; desde el altivo eucalipto de California, al madroño airoso que decora el escudo de Madrid...

La falta de atildamiento, el hecho de haberse desterrado todo asomo de simetría, da encanto a la selva. Con gusto de paisajista, Lussich deja de guarnecer con árboles rocas multicolores y las decora con agaves, plantas exóticas que, en pleno invierno, alzan sus flores rojas y gallardas como el airón de un húsar. Entre los árboles gigantescos se aclimataron y viven lozanas finísimas plantas de jardín. Orquídeas de las más raras variedades viven asidas a los troncos de los pinos, para indicarle al visitante cuales son las sendas que debe seguir. Y en la espesura viven los pájaros más canoros o extraños, traídos de otros climas.

Punta Ballena es cada día un lugar más hermoso, porque cada día se disimula más el esfuerzo de la mano del plantador.

Ya se lo dijo a Lussich un gran botánico extranjero:

— Los vientos y tempestades harán paisajes que el más exquisito artista sería impotente para realizar.



La más gentil amazona de Punta Ballena, señorita Elena Lussich.

VICENTE A. SALAVERRI

LA COQUETERIA FEMENINA
EN LAS
PLAYAS ITALIANAS



Una pareja que, *frente* a la playa en cuyas aguas se han zambullido como dos ondinas y teniendo por "boudoir" los asientos del *automóvil*, se dedican a una esmerada "toilette" en que el lápiz carmíneo y los polvos intervienen.



Una linda bañista que, mientras permanece en el agua, no descuida el peinado de su hermosa cabellera a pesar de que se le olvidó en casa ese indispensable adminículo que se llama espejo.



Después de disfrutar de la frescura de las olas está bien reposar, en ropas ligeras, sobre las abruptas rocas, y entonces las azuladas espirales de un perfumado cigarrillo ayudan a soñar frente al horizonte "infinito."



Sobre la arena, bajo el azul del firmamento y arrullados por la música del cercano oleaje, algunos veraneantes de ambos sexos no desprecian los encantos que proporciona un flirteo al aire libre, sin las rígidas etiquetas de los salones y en pleno espectáculo de la naturaleza, que no gusta de artificios.

Freixas y C.ia
AGENTES



La marca Bau representa siempre
la garantía positiva del mejor aceite

Puro de oliva

CONSULTORIO

N.º 2002. — *¿Por qué los ácidos secan la boca?*

PEDRITO PITA. — Ciudad.

Los ácidos tienen una gran afinidad con el agua, es decir, que sacan agua de cualquier substancia que la contenga tan pronto como se ponen en contacto con ésta. Por consiguiente, cuando una substancia ácida viene a ponerse en contacto con la membrana mucosa de la boca o de la garganta, la secreción ácuea que mantiene estas partes húmedas y flexibles es rápidamente absorbida y produce esa sensación de astringencia y sequedad que todo el mundo ha notado, y da como resultado una inmediata y copiosa efusión de saliva.

De una manera análoga la miel, por razón de su afinidad con el agua, tiende a secar el pan sobre que se ha extendido.

Los ácidos minerales, por su acción química, no sólo secan la boca, sino que estropean el esmalte de los dientes, a menos que se tome la precaución de ingerirlos por medio de tubos de cristal.

N.º 2003. — *¿Cómo puedo hacer para coleccionar telas de araña?*

COLECCIONISTA. — Ciudad.

Sabido es que cada especie de araña teje su tela de distinto modo, y en eso está el interés de la colección, pues los ejemplares pueden recogerse fácilmente y conservarse en su forma natural. Para ello no hace falta más que un pulverizador lleno de goma laca diluída como la que usan los artistas para fijar los dibujos.

La telaraña debe estar perfectamente seca. Entonces se baña con la laca del pulverizador y se aplica un cristal de tamaño proporcionado al de la telaraña, antes de que se haya secado la goma, y de esta suerte queda adherida sin perder ningún hilo.

Para que se vea mejor la telaraña debe pegarse en el reverso del cristal un papel o una tela negra.

N.º 2004. — *¿Cuáles son los instrumentos musicales del Japón?*

F. S. H. — Ciudad.

Los instrumentos musicales más usados en el Japón, además de los tambores, tamboriles, tantanes, violín monocorde y gongos, son el «chamissen», el «kotto» y el «choo». El primero es una especie de mandolina de tres cuerdas de seda que los profesionales manejan con la uña del índice, y los aficionados, por medio de un plectro de madera blanca. El sonido que se obtiene se parece un poco al del «banjo» americano, pero es más dulce, menos metálico. El «kotto» es un arpa de tabla horizontal, de trece cuerdas, que se coloca en el suelo y se maneja con las puntas de los dedos índice, pulgar y mayor, por medio de unas uñas de marfil. Tiene una sonoridad melancólica de cítara. La forma de estos «kottos» varía según la región: caja redondeada en Tokio; cuadrada en Kioto. En fin, el «choo» es un instrumento de viento que afecta el aspecto de un minúsculo órgano de catorce tubos. Los sonidos son extremadamente melodiosos y puros. Las «maikos», es decir, las alumnas aspirantes a geishas, están obligadas a conocer todos o algunos de estos instrumentos, sin olvidar el violín «kokiou», el tambor plano llamado «taiko», y el doble tamboril llamado «suzumi», cuya práctica constituye el abecedario de la profesión.

N.º 2005. — *¿Cuál es la montaña situada más al norte del mundo?*

H. A. M. — Ciudad.

La montaña más septentrional del globo está situada a 83º 30' de latitud, es decir, a sólo 720 kilómetros del polo, y fué explorada por el geólogo danés Lauge Koch durante la expedición en el extremo norte de la Groenlandia dirigida por Knud Rasmussen. Esta montaña representa los restos de un poderoso arco montañoso de antiquísima época geológica. En el período paleozoico servía de barrera al Atlántico. Separaba este océano de los mares polares. Los residuos de esta cadena, que en otros tiempos se extendió sin solución de continuidad, constituyen la parte septentrional del esqueleto de las Islas Británicas, de Noruega y de un levantamiento submarino que, desde la Escandinavia y al través de las islas de los Osos y Spitzberg, corre hacia el ángulo noroeste de la Groenlandia y se une con las tierras más septentrionales del archipiélago glacial americano. Las huellas de este sistema orográfico, conocido con el nombre de «caledonios», se pueden seguir en una extensión de 5.000 kilómetros. La parte más septentrional, ya sea por causa de los movimientos de la rígida costra terrestre, ya sea por causa de la acción demoledora de los hielos polares en el curso de millones de años, se ha despedazado y subdividido, de manera que resulta cortada por largos y profundos «fjords».

N.º 2006. — *¿Qué es el "psilotro" usado por los romanos?*

LITERATA. — Ciudad.

Se llamaba también «dropax». Con estos nombres se designaban un gran número de diversas pastas depilatorias usadas por los romanos, etruscos y griegos.

Estas pastas estaban confeccionadas a base de pez disuelta en aceite, algunas veces mezcladas con resina, cera y otras substancias más cáusticas aún.

Estos depilatorios, que perjudicaban la piel, fueron con el tiempo rechazados por las mujeres y hombres afeminados que recurrían a ellos para tener el cuerpo perfectamente limpio o pulido, empleándose solamente en medicina y veterinaria.

N.º 2007. — *¿Cuántas combinaciones se pueden hacer con las 28 fichas del dominó?*

JUGADOR. — Ciudad.

Ciertos juegos, como el ajedrez, las damas y el dominó, que para la mayor parte de los jugadores constituyen meros entretenimientos, son para los matemáticos objeto de arduos estudios.

El problema de calcular el número de combinaciones que se pueden hacer con las 28 fichas del dominó ha sido resuelto por el doctor Bein de Francfort, que ha llegado a la enorme cifra de 284.528.211.840; es decir, que dos jugadores de dominó que estén diez horas diarias haciendo cuatro jugadas por minuto, tardarían la friolera de ciento diez y ocho millones de años antes de agotar todas las combinaciones del juego.

PEDRO HURTADO. — Ciudad.

«Fascismo» deriva de «fascio», que significa cualquier cosa estrechamente ligada.

SIEMPREVIVA. — Ciudad.

El único ácido que ataca al cristal es el fluorhídrico.

ESTUDIANTE. — Gualeguaychú.

La palabra «dollar» es una corrupción del «thaller» holandés, moneda antigua muy usada en el comercio.

A. C. A. — *Buenos Aires.*

Después de tres años. Traje azul marino, chaqueta corta, gorra blanca y espadín.

CARLOS SUÁREZ. — *Etruria.*

Nos es absolutamente imposible explicarle desde esta página las teorías de Einstein. La teoría de la Relatividad, como ha dado en llamarse, es extensa y compleja. En cualquier librería encontrará numerosos libros sobre el tema que lo ocupa.

PEBETE DEL SUD.

Son muy distintos. De nada le servirá ese diploma tan fácilmente obtenido, pues el Gobierno no lo reconoce.

RICARDO GHIGLIONE. — *Santo Tomé (Corrientes).*

1.º Es debido a fermentaciones intestinales. Cuide de que su intestino funcione regularmente.

2.º No hay ningún narcótico como usted desea. El cloroformo, éter, etcétera, etc., deben ser manejados por médicos, pues un profano puede con ellos anestesiar de tal manera al paciente que éste no despierte más.



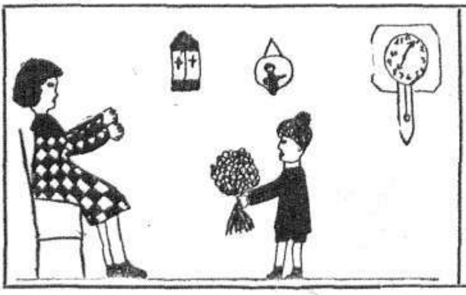
— Ahí va la viuda de Pérez el clown.
— ¿En qué la has conocido?
— En el perro.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



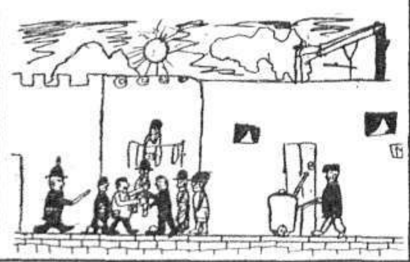
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



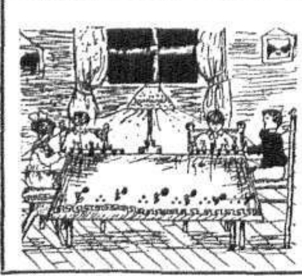
1511 — Luisa está contenta porque el nene le trae flores. BERTA MACAYA.



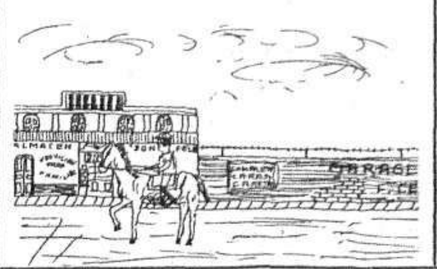
1512 — "El toro salvaje de las pampas". OMAR D. ALMADA.



1513 — Una riña en la calle. ATILIO CARRILLO.



1514 — Jugando al ajedrez. OSCAR SOLESSI.



1515 — Fernandito paseando. FRANCISCO MATAS (HIJO).



1516 — Jugando al almacenero. CLARA M. CIRIOTTO.

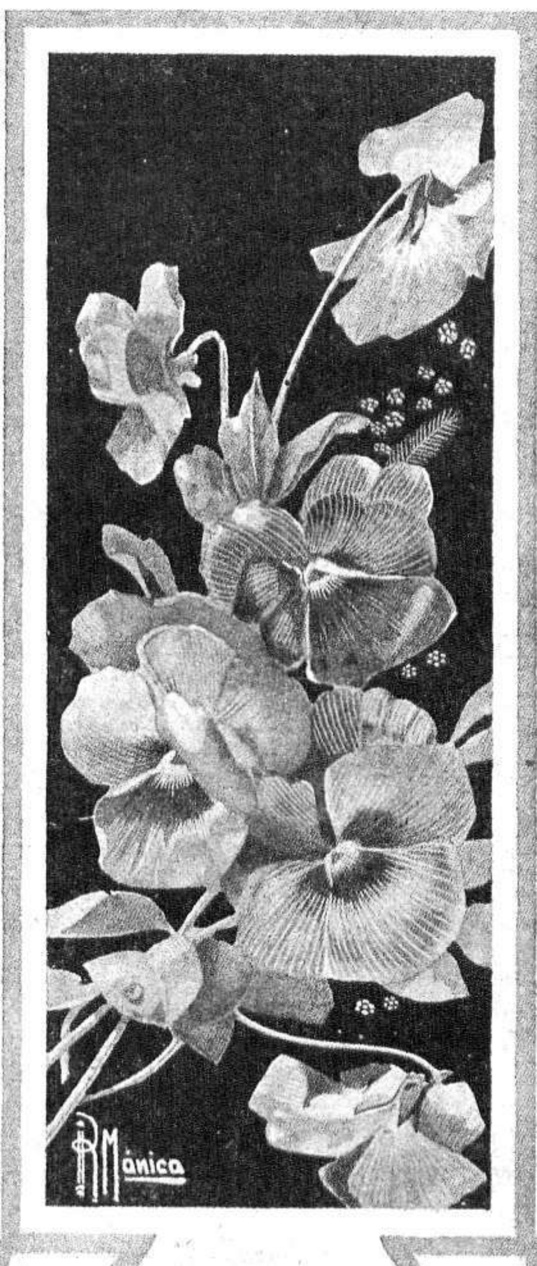
De los dibujos publicados durante el mes de agosto han sido premiados los siguientes números: 1470, 1471, 1473, 1474, 1476, 1479, 1481, 1482, 1483, 1485, 1487, 1488, 1489, 1492.

EL BIENESTAR DESPUES DE LAS COMIDAS

Por dolorosas y frecuentes que sean vuestras crisis de dispepsia, las indigestiones, es casi seguro que experimentaréis un verdadero alivio a los sufrimientos digestivos si tomáis solamente media cuharadita de las de café de Magnesia Bisurada en un poco de agua caliente después de cada comida.

La Magnesia Bisurada no es un remedio nuevo; ha hecho sus pruebas desde hace largos años durante los cuales ha procurado alivio y descanso a gran cantidad de personas, incluso a algunas que habían tomado inútilmente otros remedios contra la indigestión, la dispepsia, y no hay razón ninguna para que no obre igual con vosotros. El éxito continuo y constante de sus méritos se ha mantenido de tal manera, que cada frasco se vende con un contrato de garantía de satisfacción o de reembolso. .

Id hoy mismo a la farmacia y comprad un frasco de Magnesia Bisurada, tomadla, según se indica, después de cada comida y observad el cambio que se opera en vuestra digestión que volverá a ser, en fin, normal y sin dolor.

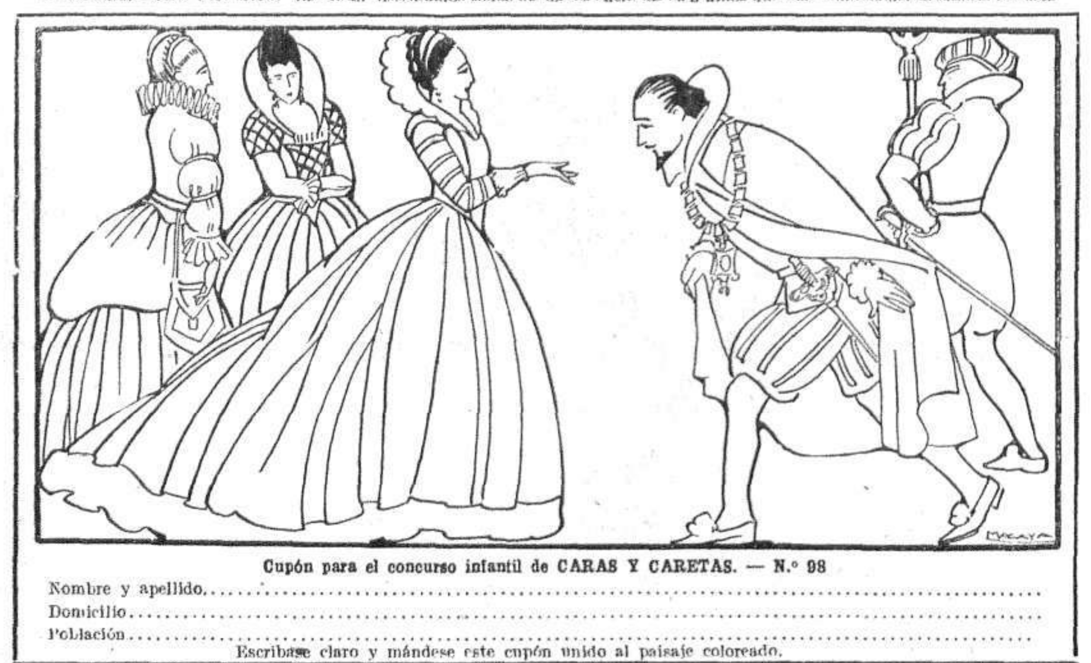

R Mónica

CONCURSO INFANTIL PARA COLORRAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 98

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del *Concurso N.° 97* han *correspondido* a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Alconada, Francisco José.
Argüello, Salustiano.
Acuña, R. Ignacio.
Alberti, G. Jorge.
Aira, Fidel.
Alvear, Beatriz.
Antico, C. Julio.
Agudín, C. Romeo.
Alonso, Ricardo.
Andrada, Roque.
Arigon, Nené.
Aranda, Manuel.
Asencio, Luis.
Baistrochi, S. María.
Bernasconi, A. Guillermo.
Buges, A. Jofre.
Baluja, M. Luis.
Baez, Esther.
Barros, J. Guerino.
Bessega, L. Lucía.
Boscato, Atilio.
Bonini, Víctor.
Blaquier, Lita.
Basualdo, Inés.
Beltrame, María.
Carlos, Antonia.
Cano, A. Oscar.
Consigli, Carlos.
Castillo, R. Agripina.
Camiletti, Angela.
Camelione, E. Francisco.
Cristiano, Armida.
Cubas, F. Elsa.
Collazo, T. Delio.
Candelero, Cecilia.
Ciocca, Alfredo.
Custoldi, Modesto.
Croce, Clotilde.
Cao, Antoñita.
Chirileison, José.
Desimone, M. Teresa.
Davolio, Ricardo.
Emoriz, F. E. Esther.
Farnetti, T. Luis.
Ferreira, M. Emilio.
Gulmanelli, Fedora.
Gandolfo, O. Carlos.
Guiffra, Carlitos.
Gil, Damián.
Galbiati, Jorge.
Hooper, A. Tomás.
Herbest, F. Enrique.
Herman, Elena.
Hernández, Jorgelina.
Jamone, Rafael.
Juárez, Lucía.
Jacobs, Daisy.
Lindner, S. Cristina.
Lacio, Carlos.
Larrogue, Roberto.
Limerez, Joaquín.
Lana, Elda.
Mondazzi, Rosalinda.
Martínez, A. Manuel.
Macía, B. Edgard.
Mandino, Sara.
Moschella, Salvador.
Micheri, Víctor.
Mendívil, Mario.
Moss, E. Antonia.
Madurga, Felisa.
Mulvihill, I. Amelia.
Natale, B. Fernando.
Oliveto, V. Adolfo.
Peralta, Arnoldo.
Pereyra, María S.
Pérez, Darío Aldo.
Puel, Amanda.
Pagani, Raúl.
Persig, Carlos.
Pacini, Luis.
Pendenti, Domingo.
Quellet, María Sofía.
Rimoldi, María Luisa.
Rozas, José.
Roraspini, Héctor.
Ratti Thea, Ethel Nelly.
Russo, Laura.
Rovira, José.
Rabino, Delfín.
Schork, Edgardo Angel.
Sánchez Granel, Cocó.
Santi, Juan.
Suárez, Adela.
Savalío, Carlos J.
Seri, José C.
Wencelbach, Juanita Teresa.
Yurrita, Carlitos A.
Yorio, Gilda Irma.
Zucarelli, Lucía.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 25 y 26 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.



CARLOS PELLEGRINI, 490

especialista en corsés y fajas de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación.

También le recordamos que por toda compra superior a $ 25.— efectuada en cualquier departamento de nuestra casa le **obsequiaremos** con un precioso **Corsé-Cintura** igual al modelo que ilustra el centro de esta página, en la medida que nos indique, confeccionado en rico coutil de hilo, elástico en la cintura y 4 ligas, cuyo valor es de $ **10.—**

LOS PEDIDOS DEL INTERIOR GOZARÁN IGUALMENTE DE NUESTRO OBSEQUIO.

FAJA DE GOMA, sobre medida, confeccionada con el más puro caouchout (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, a... $ **35.—**



FAJA, modelo 95. — Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Por su científica confección reduce el abdomen sin oprimir el cuerpo. En coutil de hilo y seda, elásticos de seda y 4 ligas. Artículo de gran duración, a pesos...... **35.—**



CORSE, modelo 105. — Confeccionado en rico brocato de seda floreado, adornado con finas valencianas, presillas y 4 ligas de seda, a pesos...... **25.—**



NUESTRO OBSEQUIO



CORSE-FAJA, modelo 625. — En coutil de hilo floreado y elástico de seda, con 4 ligas, a......... $ **20.—**



FAJA, modelo «Aida». — Para reducir el vientre. Confeccionada en coutil de seda floreado y elástico también de seda y 4 ligas, a $ **25.—**



FAJA, modelo 40. — Preciosa faja toda de elástico de seda, muy cómoda y elegante, a pesos...... **25.—**

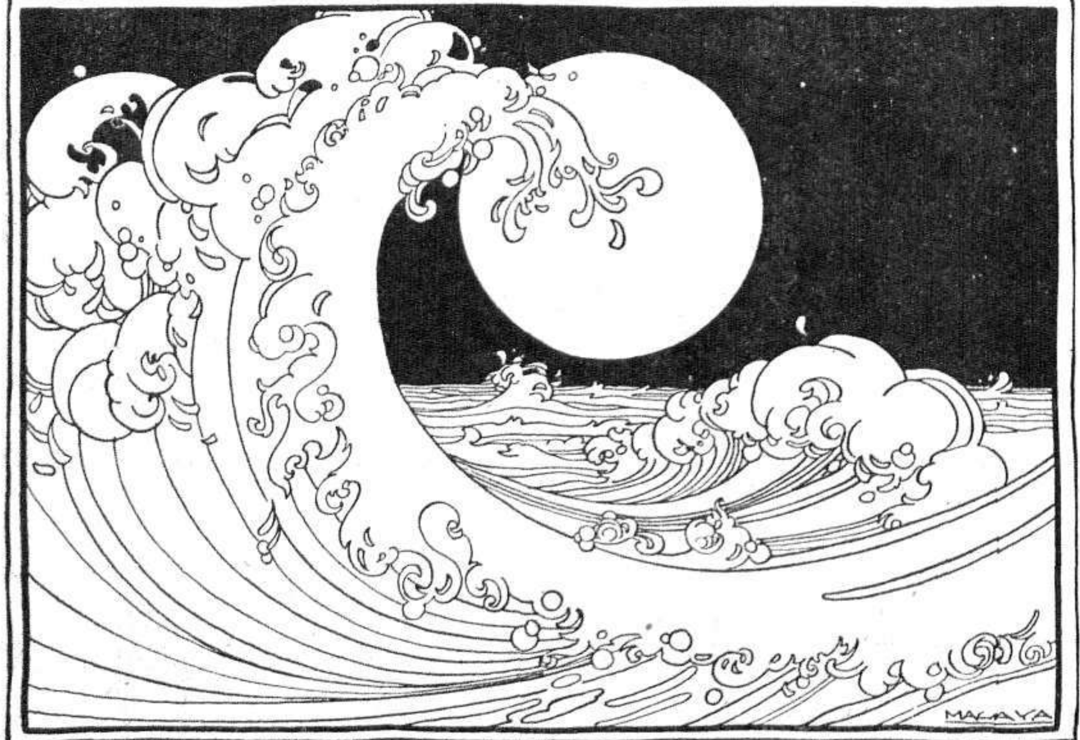
CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490

BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA, 4913, LIBERTAD



EL PORQUÉ DE LAS MAREAS



Ya sabe usté de qué vienen las mareas, pues?

Paréceme que con sólo transcribir esa pregunta se dice de sobra, gracias a su peculiar sintaxis, a qué honrada y simpática región española pertenecía el que hablaba así.

Y si a esto se añade que la anterior interpelación me la «planteaban» a la vista de sendos vasos de aquella misma sidra que *Antón el de los Cantares* bautizó (sin agua, por supuesto) con el dístico

«Munondo-ko sagardúa
ederra da eta gozúa»

y que todo ello acaecía en el propio puerto de Lequeitio, cuyos bizarros nautas debelaron las *horrenda cete* de que se habla en el mote y empresa de la famosa villa, paréceme también que a las señas dadas más arriba no queda ya por agregar sino la consabida locución: *«Verde y con asa...»*

Una explicación de las mareas, enteramente popular y marinera (*folklórica*, según se dice ahora) no era de desdeñar; y mucho menos cuando el navegante vascongado me aseguró que las noticias que iba a darme acerca de aquel fenómeno se las debía a un marinero noruego, y eran ciertas, ciertísimas. ¡Como que se las había confirmado un marinero andaluz, y p r añadidura de la mismísima Rota, patria de la «tintilla» y de *María de los Angeles!* Con datos tan eminentemente septentrionales y meridionales a la par, ¿podía apetecerse un cómputo más fijo y exacto?

Erase, pues (y el lector piadoso habrá de perdonar mi incapacidad para reproducir al pie de la letra la pintoresca y singular narración del marinero de Lequeitio), érase «una vez» en que el Mar hizo, no una de las suyas, sino la mayor de todas, porque en un sólo día se engulló cien embarcaciones con todos sus desdichados tripulantes, y estrelló contra las rocas costeñas otros tantos bajeles, sin perdonar la vida a un solo marinero.

Tan bárbaro atracón de hombres y barcos irritó sobremanera a la Luna, que era entonces poderosa y veneradísima deidad, por no haberse todavía revelado ni anunciado a los humanos el verdadero Dios.

— ¡Infame! — dijo la Luna al Mar; — ¡haré contigo un escarmiento!

Y antes de que el Mar se pusiera a la defensiva, fué y se lo sorbió de un solo golpe: lo mismo que el de Lequeitio se sorbió los vasos de *sagardúa* de Munondo.

Grandes festividades, más bien profanas que religiosas, celebráronse en acción de gracias a la Luna, no sólo por haber castigado la fiereza del Mar, dejando en seco sus dominios, sino principalmente — ¡pícara humanidad! — por haber entregado a la codicia de las gentes tantos y tan varios tesoros como las aguas ocultaban.

Pero llegó un día — porque a todo le llega su término, ineludible — en que se agotaron las riquezas de los barcos descubiertos, y los provechos que dieran de sí los millares de cetáceos que por doquiera se encontraron, y las increíbles cantidades de salazón y de escabeche que entonces se hicieron, y los corales sin medida y las perlas sin tasa, y hasta las conchas, al parecer sin fin.

Y como los barcos no podían navegar por falta de agua, el comercio cesó en todos los puertos, viéndose entregadas mil y mil poblaciones, ricas y prósperas antes, a todos los horrores del hambre y la miseria, mientras las naciones que hasta aquel momento de angustia y trastorn universal habían «cortado el bacalao» en el mundo con sus formidables escuadras, se veían reducidas a la más triste impotencia, y tenían que licenciar millares de valientes... — Con todo, no hay memoria de que dimitiese su cargo un solo ministro de Marina.

Políticos al fin, habían encontrado el medio de navegar en seco.

Hiciéronse, como anteriormente acciones de gracias, grandes y universales rogativas a la Luna; los poetas forzaron la inspiración en su loor, hasta apurar todos los tropos y ripios habidos y por haber; y ¿qué más? los mismos perros le dirigieron aullidos más lastimeros y patéticos que de costumbre.

Comovida la Luna, dijo al Mar:

— Voy a sacarte de mi barriga y devolverte a los sitios que ocupaste antaño; pero ha de ser con una condición.

— ¿Cuál? — preguntó el Mar con voz de ventrílocuo, puesto que hablaba desde el vientre de la Luna.

— Con la condición de que en adelante has de ser mi fiel y constante servidor, obediente a todos mis mandatos y sin sujeción a más órdenes que a las mías.

Lo prometió así el Mar; y en el acto salió del vientre de la Luna para extenderse de nuevo en su lecho terrestre; pero ¡ah! que ya en aquella remota época era la onda tan pérfida como en tiempos de Shakespeare.

— Veremos — dijo el Mar para sus arenas — cómo se las compone esa bribona para tragárseme otra vez.

Sabido es, como reza la copla, que

antiguamente eran dulces

las aguas del rencoroso súbdito de la Luna, y sabido es también que si se volvieron *salás*, fué porque escupió una andaluza en ellas.

Pero a la andaluza, ¿quién la mandó escupir? El Mar mismo.

Sí; el Mar «delegó sus facultades» en uno de sus más distinguidos, simpáticos y hábiles tritones, y éste, convenientemente transformado en un guapo mozo de tierra adentro con puntas y ribetes de pillo de playa, buscó y enamoró a la mujer más salada del mundo, que resultó ser andaluza, como no pódía menos de suceder, y de quien no hay que decir si sería saladísima cuando con sólo escupir, obedeciendo una indicación del novio, en las aguas del Mar, las dejó conforme las tenemos hoy.

Trocarse el Mar en salado y volver a sus acostumbradas fechorías, fué todo uno.

— ¡Me lo voy a sorber a usted! — dijo la Luna

— ¿A que no?...

— ¿Cómo que no? Esta vez va a ser con peces y todo. No perdono ni un solo besugo.

Empezó, en efecto, a sorber olas y más olas, pero les encontró un gusto tan desagradable que no tardó en devolver al Mar las aguas que había comenzado a arrebatarle.

— ¡Esto sabe a demonio! — esclamó la *casta diva;* porque si bien la andaluza consabida era ciertamente la hembra más salada de la tierra, maldito en cambio lo que tenía de angelical.

Desde entonces la Luna no ha vuelto a intentar el sorbo de marras, a fin de no padecer en la dignidad propia de su elevada posición; pero el Mar aunque pérfido y díscolo, continúa bajo el dominio de la Luna, y se ve obligado a ir y venir según se lo ordena la *echecoandria*, como me dijo con mucha gravedad el de Lequeitio.

— Y diga usted, patrón — le pregunté, — ¿cómo es que esos mandatos de la Luna no rezan con el Mediterráneo?

— ¡Bah! — contestó desdeñosamente el vizcaíno; — ¿ya se piensa usté, pues, que es aquel un Mar de veras?...

Lo que tampoco acertó a explicarme, porque tampoco consta en el cantar andaluz ni en la conseja noruega, es por qué, además de saladas, se volvieron tan amargas las aguas del recalcitrante súbdito de la Luna.

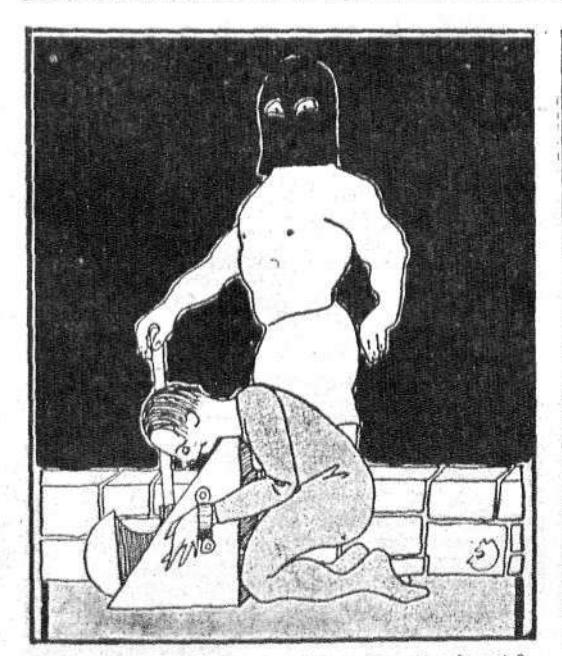
Eso lo averigüé yo; que algo había de averiguar por cuenta propia.

La andaluza de la copla era viuda, fumaba en pipa y escupía por el colmillo.

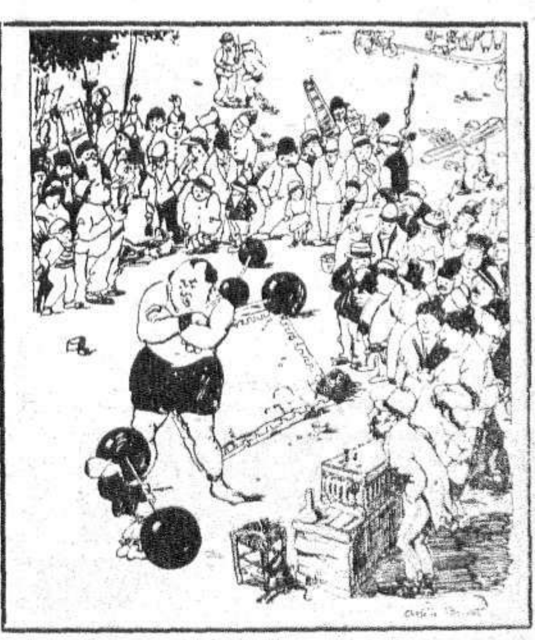
Estas noticias son de muy buena tinta... Las recibí comiéndome unos ricos calamares.

MARIANO DE CAVIA

DIBUJO DE MACAYA.



"Peluquero" medioeval. — ¿Cómo quiere que se lo corte?



— ¡Pero, muchacho! ¿Te quieres estar quieto con mis pesas?

El gerente del Banco de la Nación, señor Luis C. Puelles, con el personal de dicha institución, que lo obsequió con una artística medalla de oro con motivo de su traslado a Lincoln.



Completamente indispensable para que una comida sea más nutritiva y **completa,** son unas copas de AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la bebida tónica por excelencia.

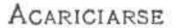
Sus condiciones digestivas y reconstituyentes la hacen inapreciable para las madres que crían, y mucho más aún para las personas de estómago delicado, convalecientes y ancianos.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

Elaborada por la Comp. Cervecería Bieckert Ltda.

SAN JUAN, 3334 - BUENOS AIRES

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA



Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

ACARICIARSE

Ha sido censurado por lexicólogos de nota porque no lo registra el diccionario oficial.

No nos parece bien la censura, cada vez que los verbos activos, entre los que figura «acariciar», en su inmensa mayoría, pueden trocarse en reflexivos y recíprocos, sin ser menester para ello la venia de la Academia.

Por lo demás, reputados y eruditos escritores vienen usando dicho verbo, en su forma recíproca, desde hace más de medio siglo.

ACCIDENTADO

«A dos columnas», como títulos, aparecen publicadas a las veces estas palabras: «Sesión accidentada» que, en buen romance, valen «sesión que ha sufrido un accidente».

La historia de esta palabra resulta, también, un poco «accidentada». La Real Academia dispuso su ingreso en la primera edición del diccionario y esta decisión la mantuvo hasta la duodécima, con este significado: «El que está amagado de algún accidente o ha quedado con reliquias de él».

Muy a gusto académico se emplea dicho adjetivo en nuestros tribunales, donde es frecuente hacer referencia a «un obrero accidentado».

Si el significado de «accidentado» se extendiera en la medida que la imaginación lo permita, diríamos por nuestra parte: Supuesto que al huir precipitadamente una persona, temerosa de ser alcanzada, le ocurren sucesos eventuales, esto es, accidentes, bien puede aceptarse la calificación, muy expresiva por lo demás, de «fuga accidentada».

A las personas que acostumbran ir, más por tierras «accidentadas» que por fragosas o quebradas, ¿en ninguna ocasión les habrá venido a la memoria, siquiera por pasatiempo, la serranilla del marqués de Santillana?: ... *Por tierra «fragosa» — perdí la carrera — do vi la vaquera — de la Finojosa.*

ACENTUAR

Los lexicólogos apechugan con este vocablo en acepción de «hacer más visible», pues, según observan, sólo se acentúan las vocales, y, en sentido figurado, las palabras o frases pronunciadas con esfuerzo significativo. Resultan así despropósitos mayúsculos estas expresiones: «se acentúa la mejoría en el enfermo», «la disparidad en las opiniones es acentuada».

Sin embargo, el sentido traslaticio que se da a «acentuar» va ganando terreno, y, probablemente, no pasará mucho tiempo sin que la Academia, hasta ahora ensordecida, se digne meditar acerca de su uso, y, luego, rendirle honores de triunfador...

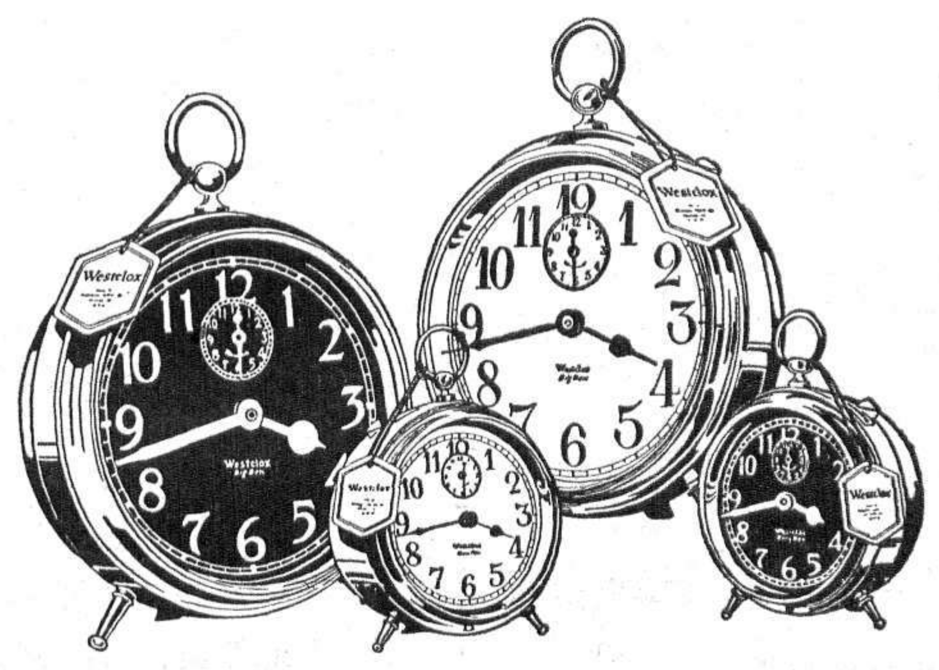
ACICATEAR

No existe en español; pero es un verbo que tiene buen origen, eufónico y hasta necesario. Si «aguijón» no significa lo mismo que «acicate», tampoco el verbo «aguijonear», derivado de aquél, tendrá significado idéntico a «acicatear», formado de «acicate». Lo propio podría decirse de excitar, incitar, animar y otros sinónimos.

Por lo demás, debe de ser verbo en uso en otras partes de América cuando Rodó echa mano de él con harta frecuencia en «Motivos de Proteo»: «el interés de una pasión acicateando la mente para escogitar un ignorado arbitrio»; «la necesidad de expansión acicateó su vitalidad inmensa».

(Continuará.)

Westclox



Buenos Dias!

¿Fué Ud. despertado a tiempo?

Un despertador Westclox hará algo más que despertarlo por la mañana. El le marcará las horas con exactitud durante el día y le indicará el momento en que debe Ud. hacer alguna cosa o cumplir ciertos compromisos.

Usted puede estar seguro de que cualquier despertador que lleve la marca Westclox en la esfera y etiqueta señalará las horas con corrección y dará el alerta a tiempo.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Glo-Ben, Jack o'Lantern, Buenos Dias (Modelos A, B, C, y D), El Vigia.

Westclox
Big Ben Luminoso

Manecillas bien diseñadas y características, revestidas de una fuerte cubierta luminosa que las hace relucir expléndidamente, por años, en la obscuridad. La caja y mecanismo son iguales a los del Big Ben.

Westclox
Baby Ben

Si su altura no fuera solo de 9 cms., guardando sus partes la necesaria proporción, sería idéntico al Big Ben. Con caja de metal, sin costuras, muy bien niquelada y brillante, da el alarma sin parar o con intermitencias.

Westclox
Big Ben

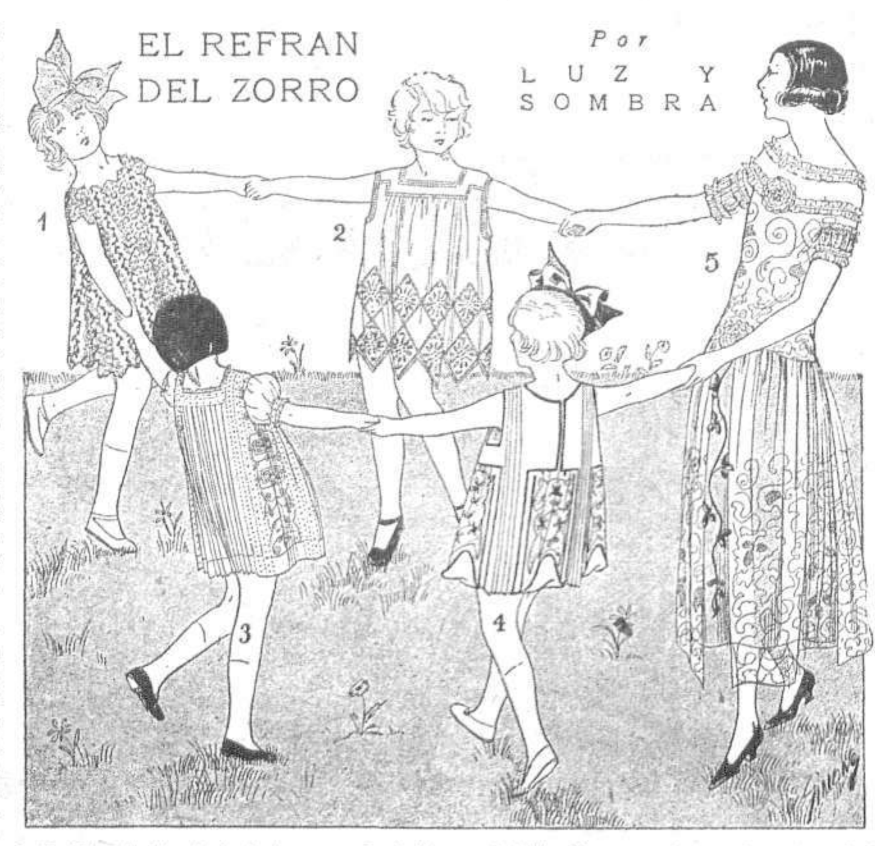
Es un despertador muy buenmozo con fondo resonante. Tiene 17¾ cms. de altura y 11½ cms. en la esfera. De caja concienzudamente niquelada y a prueba de polvo, da un alerta ininterrumpida de 5 minutos o intermitente de 10 minutos.

Westclox
Baby Ben Luminoso

Caja de metal, sin costuras, niquelada y brillante. Esfera negra con manecillas y numeros cubiertos con un compuesto radio-luminoso que les permite marcar las horas en las tinieblas.

EL REFRAN DEL ZORRO

Por LUZ Y SOMBRA



1. Vestidito de laize de broderí con pequeño festón. — 2. Linón blanco, con incrustaciones de broderí inglés. — 3. Otro modelito en linón con tiras y entredós de broderí. — 4. Voile triple con incrustaciones de broderí sobre linón. — 5. Modelo para jovencita en linón bordado sobre un fondo de lamé plateado.

De 20 mujeres que he visto pasar, 16 llevaban zorro. Zorro croisé — el favorito, — zorros Kamchatka o argentés, zorros de Rusia, Siberia y Norte América — el zorro es el «en-tout-cas» de moda.

Cuando la naturaleza se despierta y el primer sol trae consigo enervantes efluvios de flores invisibles, y las almas y los cuerpos se estremecen frente al misterio de la anual resurrección; cuando las siluetas se perfilan con la aparición de los primeros tailleurs, el zorro impera.

La dama recostada en el lujoso automóvil particular lleva en sus hombros un grande zorro, que parece abandonarse con pereza voluptuosa sobre aquellas sedas y aquella carne de mujer rica.

Las elegantes «gacelas» que de dos en dos o en risueñas comitivas pasean por Palermo tomando sol y prodigando hechizos, llevan un zorro, menos grande y de color marrón o naranjado, alrededor del blanco cuello, cuyas líneas finas se dejan adivinar. Son zorros enteros preferiblemente, abrochados sobre el hombro izquierdo, en la actitud felina que es instinto en esos animales y en casi todas las mujeres.

Las empleadas más afortunadas llevan, ellas también, su zorro primaveral, abrochado al hombro para imitar a las «niñas bien» o con los extremos colgando en la espalda las que huyen del plagio y tienen su propio estilo. Aquí es donde resalta más penoso que nunca el esfuerzo del trabajo en contra del capital. Son, casi siempre, zorros de calidad muy inferior, que al poco tiempo de estar expuestos a los elementos, y a pesar de encontrarse sobre hombros que por belleza pueden rivalizar con los otros, toman aspectos lastimeros, acusando su origen de animales domésticos lanares. Pero ese pelo largo y suave ciñendo el cuello, cayendo desde los hombros hasta el talle, rayos de sol o gavilla de sombras llevados con forma de herradura, vaporosos como nubes de primavera, ese es un marco inmejorable para toda figura de mujer, y de cada una es la aspiración o el orgullo, según los casos. ¡Poseer un zorro!

¿Y los lindísimos zorros blancos que parecen una nevada en los hombros rosados de una bella mujer bajo el ardiente sol de verano? ¿Qué otro complemento de elegancia en primavera y en verano y en otoño más que un lindo zorro? No solamente para abrigarse lo desean y lo llevan las mujeres; al contrario, casi nunca con ese objeto. El zorro es el tapado de piel para el verano, pues nada sienta mejor a la mujer que la piel de los felinos; y si la piel de tigre no estuviera tan desprestigiada la preferiría. Además, el zorro es un bibelot para la calle: substituye la sombrilla en manos de la elegante, le da desenvoltura, substituye casi siempre el costoso e incómodo perro de lujo. Esto es el zorro. Su presencia en los hombros o en manos de una mujer sugiere siempre cierta asociación de ideas entre el alma de ésta y los dientes de aquél, de lo cual la mujer siempre y secretamente se complace mucho.

Y cuando una señora entra en una peletería ya con intención de comprar mucho y gastar poco para luego hacer todo lo contrario, mira con desdén a los zorros que se confiesan *del país:* «No valen más que ciertos zorros vivos que andan por ahí». Mira con estupor al zorro azul natural. «¿Azul? Si es avellana...» El nombre sugestivo y el precio inalcanzable son potentes excitantes. Pero luego ¿cómo sabrán los no-entendidos que esa piel color avellana es un zorro azul? Y después de media jornada de discusiones puede que se resuelva a comprar un zorro argenté. Argenté o pointillé — le dijo el vendedor. — Nombres armoniosos que acusan el origen exótico del animal. ¿Procedencia? Alaska, las cumbres nevadas, teatros de los grandes dramas que el cine nos ilustra.

Pero si luego, en su casa, pudiera la gentil compradora hacer hablar al zorro, de seguro que le oiría decir:

«Desconfía, amiga; soy criollo viejo; en Punta Arenas me han cazado, y esas puntitas blancas por las cuales soy «argenté» me las pegaron, una por una, con paciencia infinita, las inolvidables obreritas de París. He llegado hasta tu hermoso cuerpo a morir por segunda vez; pues si algún día se me cayeran algunos de esos hilitos plateados, no te olvides del refrán de que «el zorro pierde el pelo...»

Enlaces



Señorita María Berardo con el señor Manuel Cordone. — Banderaló.



Señorita Asunción C. Rasano con el señor Alberto Bono. — San Martín.



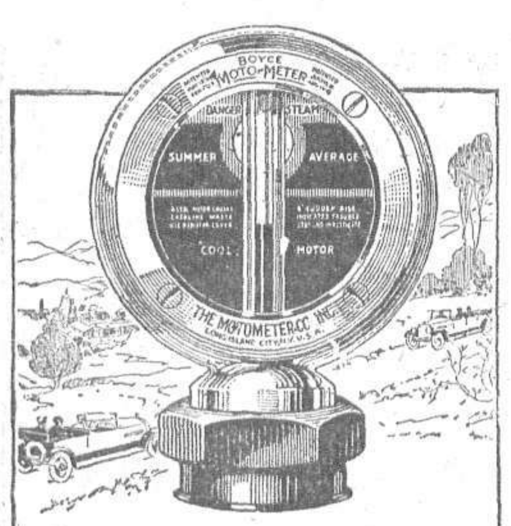
Calvi-Garrone. — Rosario.



Señorita Clementina Cabrera con el señor Roque Cordileone. — Tucumán.



Señorita María A. Varela con el señor Ramón Espino. — América



La Durabilidad de un Motor Depende de su Temperatura

EL Boyce Moto-Meter le indica la temperatura de su motor en todo momento.

Un motor demasiado caliente causa pérdida en la compresion, comba las válvulas, produce fugas en los anillos del émbolo, quema los cojinetes y en general daña las otras partes.

Un motor demasiado frío desperdicia de 30 a 40% de combustible.

Un motor demasiado caliente o demasiado frío cuesta dinero-el Boyce Moto-Meter evita ésto.

La columna de líquido rojo que sube y baja, indica en todo memento lo que pasa en el mecanismo cubierto. Ella le indicará que algo marcha mal, diez o quince minutos antes de que se haya ocasionado el daño.

Ningún automovilista puede estar sin uno. Los precios están al alcance de todos. Se hacen modelos para cada clase de automóvil.

Compre un Boyce Moto-Meter

THE MOTO-METER COMPANY, INC.
LONG ISLAND CITY, L. I., E. U. A.





El Sr. Antonio Pedraza, Calle Faccrolo No. 3, Havana, escribe:—"He sufrido de dolores de los riñones y espalda, también de grandes dolores en la vejiga. Tomé una dósis de las Píldoras De Witt el dia que las compré y sentí gran alivio."

LA PRUEBA DE UNA CURA RADICAL

Un año más tarde el Sr. Pedraza escribe: "Una vez más tengo que agradecerles por sus celebres Píldoras De Witt. Ya estoy curado."

Los dolores de espalda, en las articulaciones, sensación de irritabilidad o desaliento, orina turbia, mal sabor en la boca, todo esto se debe a desórdenes de los riñones. Estos son los primeros síntomas del reumatismo, mal de piedra, gota, ciática, u otras graves enfermedades de los riñones y de la vejiga. Estos síntomas indican que Vd. necesita una verdadera medicina para los riñones. Las Píldoras De Witt dan pruebas reales de que van al origen de estas enfermedades, siendo por consiguiente, el mejor remedio.

Pildoras DeWITT

para los Riñones y la Vejiga

El Remedio Incomparable para

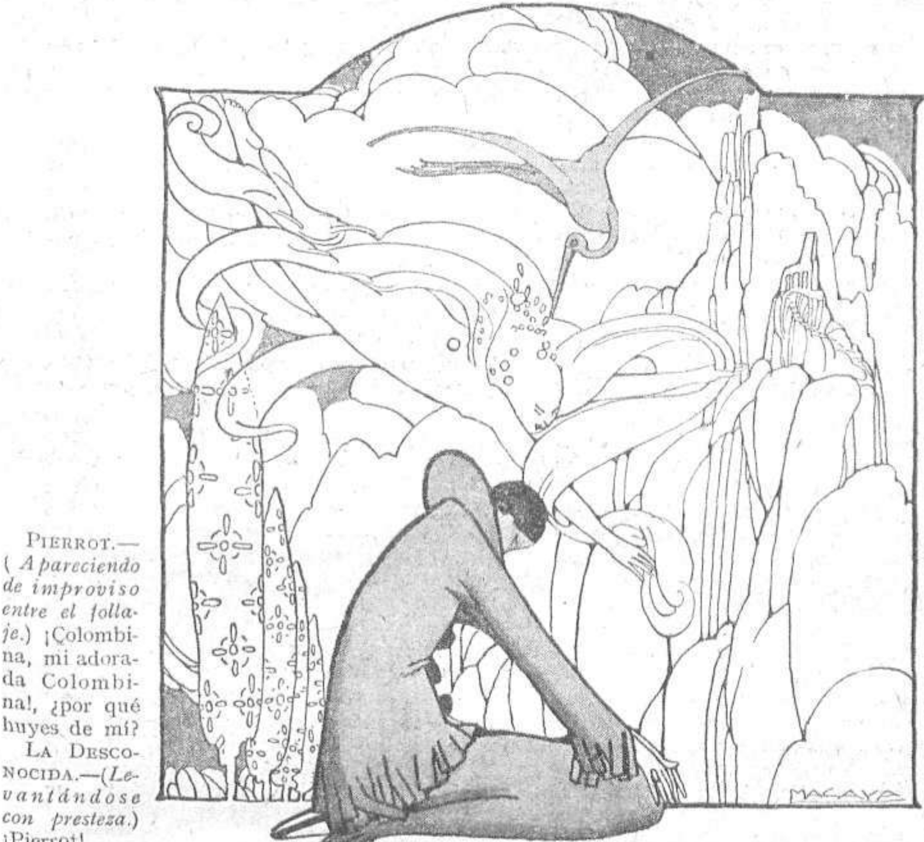
Reumatismo.	Cistitis.
Lumbago.	Piedra.
Ciatica.	Gota.
Calculos.	Dolor de Espalda.
Debilidad de Espalda.	Lasitud.

Todas las Formas de Trastornos de la Vejiga.

¡ Solicite hoy mismo una muestra especial gratis!

Se venden en todas las principales farmacias y droguerias; pero si Usted tiene alguna dificultad en hallarlas, pídalas al depósito general E. C. De Witt y Cia. Ltd, Casilla de Correo 1550, Buenos Aires. Precios, 3 pesos, ó 5 pesos por una botella conteniendo 2 veces y ½ la cantidad del tamaño pequeño.

Grupo de alumnas y maestras, de la escuela normal, a cuyo cargo estuvo la organización del homenaje tributado al general San Martín, en el 73.º aniversario de su muerte.



EN SUEÑO DE PIERROT

PERSONAJES

PIERROT. LA BELLA DESCONOCIDA. LA REALIDAD.

Epoca lejana.

(La escena principia al anochecer de una tarde otoñal en los bosques de un reino imaginario. El ambiente rebosa placidez, y las ramas de los árboles, besándose amorosas, tejen un palio de verdor, bajo el cual una bella desconocida, sonriente, descansa.

Varias gargantas invisibles entonan un melodioso canto al crepúsculo, poniendo en sus arpegios invitaciones al reposo, y un penetrante aroma de paz, de mansedumbre y de quietud predispone gratamente a la meditación y al ensueño.)

PIERROT.—*(Apareciendo de improviso entre el follaje.)* ¡Colombina, mi adorada Colombina!, ¿por qué huyes de mí?

LA DESCONOCIDA.—*(Levantándose con presteza.)* ¡Pierrot!

PIERROT. — *(Sorprendido por la belleza de la Desconocida.)* Sí, Pierrot. ¿Me conocíais, bella señora? Vengo buscando a Colombina. La ingrata me abandona, corriendo en pos de un ideal que no existe.

LA DESCONOCIDA.—¿Qué sabes tú si existe o no el ideal?

PIERROT. — El ideal llama ella a la justificación de sus locuras.

LA DESCONOCIDA. — El ideal es nuestro guía en la conquista del más allá, y merced a él nos olvidamos de nuestra vida para pensar en otra mejor. Nunca se le alcanza para que el mundo progrese, y cuando creemos estar cerca de él es cuando más fugazmente desaparece, para surgir más distante de nosotros.

PIERROT. — Colombina, presintiendo un ideal futuro, desdeña su presente, que soy yo.

LA DESCONOCIDA. — También la abandonarías si tuvieras tu ideal.

PIERROT. — No; porque mi ideal es ella.

LA DESCONOCIDA. — Eso crees. Igualmente podía haber creído ella que eras el suyo, y al convencerse de lo contrario huye de tu lado.

PIERROT. — *(Sollozando.)* ¡Ay de mí, que he de resignarme a vivir sin Colombina! ¡Vivir sin amor!...

(Acongojado por la pena, Pierrot se tiende en el césped. Su rostro ingenuo cobra expresión de angustia, y la Desconocida, que lo advierte, intenta consolarle.)

LA DESCONOCIDA. — *(Enjugando con su manto sutil las lágrimas de Pierrot.)* No desmayes, Pierrot, y busca el medio de recuperar a Colombina por otros que no sean los del amor. Yo en tu lugar intentaría hacerme el poderoso.

PIERROT.—¡Poderoso yo, que no cuento sino con el corazón y la mandolina!... ¡No son grandes armas para la lucha!

LA DESCONOCIDA. — La astucia y el ingenio son las verdaderas llaves que abren las puertas de todos los reinos por inaccesibles que parezcan. Intriga y adula a todo el mundo. Apréndete los versos de los poetas para que, al recitarlos ante ellos, canten en nuevas estrofas el talento y buen gusto que has demostrado al aprenderte sus rimas. Tacha de bravos a todos los maridos, y confiesa que el matrimonio te parece institución sagrada, para que te dejen con sus mujeres sin recelo, y si alguna, por bella o por su influencia, es de tu agrado o te conviene, repítele en cuánto estimas su virtud y cuán honesta te parece, que es el medio infalible de que falte a su marido. Di a todas las madres que parecen hermanas de sus hijas, y a los hijos, que han heredado las virtudes de sus padres, y si murieran haz un esfuerzo derramando una lágrima por su recuerdo, que eso se tiene muy en cuenta, aunque el difunto hubiera sido un usurero. No ames a nadie para no llorar ingrati-

tudes, y si te enamoras por un capricho de la casualidad, procura hartarte antes que el hastío de ella anteceda a la ruptura; y, sobre todo, en tus aventuras con las mujeres galantes no mezcles para nada el corazón, pues equivaldría a jugar con un tramposo, aventurando moneda buena contra dinero falso. Haz saber que no te importaría morir por la patria; pero en la guerra colócate diestramente a retaguardia. Fomenta la amistad del pueblo y trata de convencerle de que, si están bien con el régimen al uso, mejor se hallarían con uno de tu invención. Las gentes cándidas, atraídas por tus promesas (ofrece sin reflexión, ya que no vas a cumplir nada), te harán prosélitos y quizá te elijan algún día su monarca.

(*Pierrot escucha embelesado a su desconocida consejera, y la ambición nace en él. Ilusionado por las palabras musicales de la bella del bosque se adormece poco a poco, y acaba tendiéndose completamente en el césped.*

La luna hace su brillante aparición, y a sus rayos de plata la Desconocida se transforma en humo después de besar a Pierrot en los ojos, quedando éste sumido en un sueño profundo de glorias y riquezas.

Sueña que es rey de un imperio magnífico y manda a sus vasallos; que dispone de ejércitos temibles, de tesoros fantásticos, de palacios de oro y plata y de todo cuanto puede apetecer su alocada imaginación.

En un trono de maderas olorosas con incrustaciones de diamantes recibe la adoración de un pueblo que le llama el más grande señor, *y, sin embargo, sufre porque ni en sueños le corresponde su adorada.*

Ve a Colombina flirtear *entre las damas con los caballeros de palacio, e, impaciente, ordena a los pajes que comparezca la coqueta, mas ésta se resiste a los mandatos del Monarca.*

Pierrot, enfurecido, empuña entonces su cetro recamado de luminosas pedrerías y golpea a los pajes, exclamando:).

— ¡Colombina! ¡Traedme a Colombina!

(*Como la desobediente amada no se acerca y continúa riendo con sus galanteadores, levántase airado, dispuesto a castigarla, ya que ni como Rey le acata; pero al ir a reprenderla siente que una mano afectuosa le sacude dulcemente.*)

LA REALIDAD. — (*Al oído.*) ¡Pierrot! ¡Pierrot! ¡Despierta! ¿Qué haces aquí durmiendo mientras Colombina devanea?

PIERROT. — (*Restregándose los ojos.*) ¡Ah! ¡Nunca os perdonaré que me hayáis despertado! ¡Ahora empezaba a ser feliz!...

LA REALIDAD. — ¡Qué afán de soñar! ¡Siempre te habrá dormido mi enemiga.

PIERROT. — ¿Es bella?

LA REALIDAD. — Pero traidora. Vaga por estos contornos engañando a los ingenuos, y se llama la Quimera.

PIERROT. — No me cabe duda; ella fué quien me durmió con sus palabras de miel. Me hablaba de recuperar a Colombina haciéndome poderoso.

LA REALIDAD. — ¡Necio! Cuando llegaras a serlo, habrías perdido la ilusión y la juventud. Yo te propongo un plan más rápido y más práctico: corre a la ciudad, sorprende a tu amante, que sonríe en el baile a un corro de adoradores, y hazla entrar en razón con una buena reprimenda. Nada hay que haga reflexionar a las mujeres como una buena vara de fresno esgrimida sabiamente.

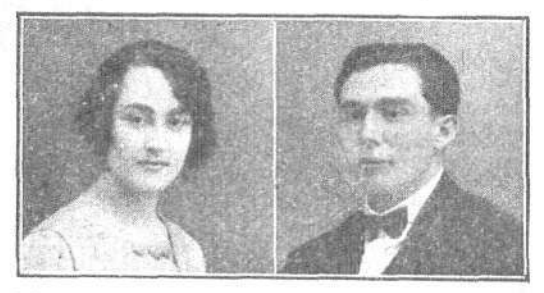
PIERROT. — Ahora reconozco que vuestros consejos son los más atinados; mejores que los de la malvada desconocida que me durmió.

LA REALIDAD. — Y que te volverá a dormir... ¡En estos tiempos que corremos preferís vivir soñando a vivir despiertos!...

ALVARO RETANA

DIBUJO DE MACAYA

Enlaces



Señorita Micaela Espatolero con el señor Humberto Carabatti. — Trenquen Lauquen.



Señorita Antonia Mendiburu con el señor Ricardo Basaldúa. — San Nicolás.



Señorita Manuela Calessi con el señor Domingo Caruelli. — Trenquen Lauquen.



Quessi-Erro. — Trenquen Lanquen.



Señorita Sofía Burlando con el doctor Ricardo Ruiz Huidobro. — San Nicolás.


FERNET-BRANCA
es el elixir estomacal de méritos positivos, por eso
NO DEBE FALTAR EN NINGUN HOGAR
cómprese únicamente en casas de reconocida confianza.
Importadores:
HOFER & Cía.
Buenos Aires
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD

AGRICULTURA

EL CASTAÑO Y SU CULTIVO

Importamos de Europa castañas en tal cantidad que en algunos años alcanzaron hasta 700.000 kilogramos, y sin embargo su cultivo es muy poco conocido; en cambio en España, en Italia y en Francia tiene notable importancia; en Italia se cultiva más de medio millón de hectáreas con una producción de 6 a 8 millones de quintales; en Francia su producción pasa de cinco millones de quintales.

Este árbol adquiere gran desarrollo; su altura normalmente es de 12 a 15 metros, pero puede llegar a 25 y 30; el diámetro de su tronco es de regular grosor, alcanzando en algunos casos dimensiones increíbles, como el castaño «de los cien caballos» en Sicilia que tiene 21 metros de diámetro y 64 de circunferencia; de su duración podemos decir que es de los más longevos: 150 años es un buen promedio, pero hay ejemplares, como el ya mencionado, que se le atribuye en más de mil años de edad.



Un castaño en estado de buen desarrollo.

El castaño (Castanea sativa) es planta de clima templado y no se adapta a los cálidos y secos; aunque en la llanura puede cultivarse, habita con preferencia localidades elevadas, prosperando bien en las faldas orientales montuosas, donde puede explotarse con éxito hasta los 800 y más metros de altura; las tierras más adecuadas para su normal desarrollo son las sueltas, frescas, profundas, humíferas y fértiles, aunque sean pedregosas pero no muy calcáreas.

Se multiplica por retoño, pero el método más usado es por semillas, que se estratifican en almácigos después de la cosecha, pues su facultad germinativa dura apenas seis meses; y al año siguiente se trasplanta a su lugar, donde a los dos o tres años, al tener dos metros de altura, se injerta a ojo durmiente a fines de verano, o bien de púa o de coronilla.

La plantación se efectúa de ocho a doce metros de distancia entre las plantas, y una vez formada la copa a dos metros y medio de altura, la poda se limita, cada dos o tres años, a la supresión de los chupones y ramas secas o mal colocadas, a fin de conservarle su forma redonda.

Las numerosas variedades de castaño comprenden dos grupos principales: el castaño propiamente dicho y el marrón, cuyo fruto es de mayor tamaño, de abundante y sabrosa pulpa; entre los primeros se pueden anotar los «de Primavera», «Nouwillard», «de Limousin»; entre los segundos «Marrón de Lyon», «M. de Santa Croce», «de Cuneo», «de Lusiquan d'Agen».

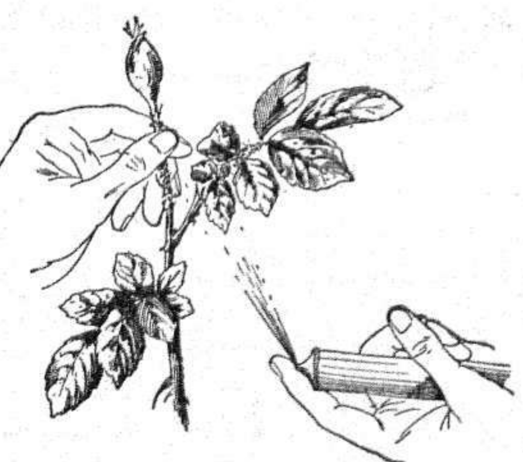
El castaño empieza a dar sus frutos de seis a diez años de su ingerto, y un árbol bien desarrollado puede dar de 50 a 100 kilogramos de castañas, cuyo precio entre nosotros varía, al menudeo, de 70 a 90 centavos el kilogramo; con los marrones se preparan los «marrons glacés», cuyo precio es elevado en demasía; en una hectárea pueden plantarse de 100 a 150 árboles; la madera del castaño es excelente para la fabricación de cubas, toneles y bordalesas, y de su corteza se extrae un notable porcentaje de materia curtiente y colorante utilizadas por las industrias.

EN EL JARDIN: PLAGAS DE LOS ROSALES

Varias plagas de origen diverso atacan a estos arbustos, cuyo cultivo es tan generalizado en todas partes; pero los principales son dos parásitos vegetales: el blanco y la rulla, y uno de origen animal, esto es los pulgones.

El «blanco de los rosales» (Sphasroteca pannosa) se manifiesta en primavera en forma de manchas vellosas del mismo color, sobre las hojas y los tiernos brotes, que se encrespan y se deforman, secándose después, dificultando la floración de la planta. Remedio preventivo eficaz es el azufrado (azufre en polvo aplicado con fuelle) en primavera, temprano, repitiendo la operación, si el mal se propaga, también durante el verano.

La «rulla» (Phraquidium subcorticium) es un hongo microscópico que ataca las hojas en primavera y se denuncia por unas manchas amarillo rojizo en la cara inferior, que extendiéndose determina la caída de las hojas y a veces la desecación de los gajos y ramas; los rosales trepadores son los más fácilmente atacados por esta enfermedad, y lo son menos los te, sus híbridos y los enanos. Un remedio bastante seguro constitúyelo las pulverizaciones primaverales preventivas de caldo bordelés: 2 kilogramos de sulfato de cobre; 2 kilogramos de cal, y 100 litros de agua, disolviendo cada uno a parte en una tina y agregando la lechada de cal sobre la solución de sulfato. También se aconseja los espolvoreados de azufre y cal viva, en partes iguales, lo que es remedio eficaz también contra el «blanco» que mencionamos antes.



Aplicación de líquidos insecticidas para combatir los pulgones de los rosales.

Y los pulgones de los rosales se combaten con polvo de piretro (bufach); o bien con carbonato de soda, 1 kilogramo, y Lysofornio, 1 litro en 100 litros de agua; y también con extracto de tabaco, kilogramos 1 ½, carbonato de soda, kilogramos 1 ½ y agua 100 litros; pero los primeros son más indicados porque no manchan las hojas ni tienen mal olor como el tabaco.

HUGO MIATELLO

ING. AGRÓN.



Núcleo de distinguidas familias que asistieron a la brillante reunión social efectuada en el domicilio del señor Joaquín Escarrá, festejando el próximo enlace de su hija Teresa con el señor A. Pavía.

EL TRABAJO DEL CORAZÓN

Las personas poco versadas en cuestiones de fisiología apenas tendrán idea del continuo y enorme trabajo que realiza nuestro corazón desde el instante del nacimiento hasta el de la muerte. El siguiente curioso cálculo dará claramente a comprender este fabuloso gasto de energía.

El corazón de un hombre late, por término medio, 75 veces por minuto, o sea 4.500 veces por hora, 108.000 por día y, en números redondos, 39 millones y medio de veces por año. Si una persona muere a la edad de 70 años, su corazón habrá latido, por consiguiente, 2.765 millones de veces. Calculando la población de la Tierra en 1.700 millones de habitantes, los corazones de estos individuos laten 127.500 millones de veces por minuto o sea 67.000 billones de veces cada año.

Todo el mundo sabe que nuestro corazón consta de cuatro cavidades, llamadas las superiores aurículas, y ventrículos las inferiores. Las aurículas vienen a ser como depósitos que suministran sangre a los ventrículos. La contracción del ventrículo derecho envía la sangre a los pulmones, donde se arterializa, y la del izquierdo la lleva a circular por todo el cuerpo. Cada vez que se contraen los ventrículos salen del corazón unos 180 gramos de sangre, o sea, 13,5 kilogramos cada minuto, 810 cada hora, 19.440 cada día y *más de siete millones de kilogramos cada año*. La sangre que pasa anualmente por el corazón llenaría un depósito de forma cúbica de cerca de 20 metros de arista. La sangre que pasa cada año por los corazones de todos los habitantes del mundo necesitaría para contenerla un depósito cúbico de 23.000 metros de altura, cerca de tres veces la altura del monte Everest.



Grupo de distinguidas señoritas de esta sociedad que obsequiaron con un te a la señorita Manuela Scalesse celebrando su próximo enlace.



GLORIAS TRISTES

Por

RAFAEL DE DIEGO

Una sala-escritorio. Al fondo una gran biblioteca; delante de ella una mesa de trabajo cubierta de diarios abiertos y revistas en desorden. A un costado un gran sofá donde aparece sentado el dueño de casa, un hombre entrado en años y que peina canas. De pronto una puerta se abre y entra un joven que no tiene más de veinticinco años; llega pálido y los ojos oscuros miran duramente. Es el hijo del anciano.

PADRE, *levantándose.* — Hijo, éxito.

HIJO. — ¿Exito?

P. *Sin reparar en el gesto del muchacho.* — Un abrazo; ven que te abrace.

H. — No.

P. *Deteniéndose, encoge los brazos sorprendido y mira con asombro el aire entre agresivo y doloroso de su hijo. Luego, con fastidio.* — ¿Por qué no?

H. — Tú lo sabes; pregúntatelo. ¿De quién es esa obra?

P. *Con rabia y despecho.* — Mía.

H. *Mirándolo fijamente.* — ¿Tuya?

Los brazos del anciano ruedan vencidos a lo largo del cuerpo, con las manos marchitas. Se deja caer sobre el sofá. Apoya el codo sobre el brazo del mueble; con una mano se sostiene la cabeza, mientras con la otra se pasa un pañuelo por la frente y la boca. Después se queda mirando el suelo fijamente, pero como quien piensa en cosas lejanas, bien pasadas.

El hijo se sienta en el sillón del escritorio, mira a su padre ligeramente de reojo, y tomando un libro, hace que lee para dar tiempo a que el anciano se reponga.

Pasan unos instantes tristes, ridículos, pero crueles para ambos personajes. Después, lentamente, el padre levanta la vista y deja ir su mirada hacia el hijo, que continúa leyendo. Varias veces intenta hablar, pero se contiene; por fin, sin quererlo casi, deja escapar un:

P. — ¡Jorge! Escucha; pero ven, siéntate aquí, a mi lado. Así, lejos como estás, me pareces un extraño; tengo miedo de que mis palabras se enfríen antes de llegar a ti y no me comprendas. Ven, siéntate, Jorge, aquí, a mi lado. *Su voz tiene una dulzura fraterna. Casi solloza. Está vencido.*

Jorge levanta los ojos del libro, sonriéndose para demostrar cariño. Le es molesta la actitud humilde de su padre; desea verlo recobrar ánimo. Va hacia él, lentamente, prendiendo un cigarrillo. Cuando su padre comienza a hablar, sonríe y hace ademanes molestos ante algunos detalles como demostrando que no tiene interés en conocer el asunto, lo que excita las confesiones del padre. Le pasa el brazo por la espalda y quedan como unidos.

H. — No se moleste usted tanto. Son cosas. Tonterías. Malos momentos que tiene uno. Siempre seré el mismo. ¡Qué ocurrencias!

P. — No. Tampoco quiero que me tengas piedad. Sí, es cierto, es un plagio. Es casi una traducción. Soy un estafador de la peor clase. Sí, sí, esto es odioso. Pero escúchame. Oyeme. Tengo derecho a que me escuches. Tienes obligación de oirme. Tú has hablado; ya lo has dicho todo, aunque estés arrepentido... por piedad, porque soy un viejo.

Pero todo es la vida. Todo es este trajín de cada día, que al cabo de los años es una montaña, es un monstruo al que hemos ido dejando que se apodere de nosotros y que por último nos pide el alma. Y hay que entregarla. ¡La vanidad! ¡La vanidad! La ambición de éxito, primero; después, de gloria; después, sostenerla. Y tú que no tienes más que virtudes ásperas, que careces de ambiciones, no sabes lo que es sostener la gloria cuando es, como la de nosotros, de relumbrón, cuando cada día hay que ensayar el engaño, ofrenda obligada para que no se muestre esquiva. Es lo de siempre: a nuestra esposa la conformamos, cuando somos viejos, con nuestro cariño; la hemos amado y estuvimos unidos sinceramente a ella, pero mantener, cuando ya envejecimos, el cariño, o ese no sé qué de una querida, es vano si no tenemos modo de comprarla casi día por día, y ella nos tiraniza, nos obliga a todo, porque ella no tiene necesidad de nosotros por lo que somos sino por lo que damos. ¡Y nosotros!...

Hijo mío, y esta gloria que yo había conseguido, esta gloria que me habían dado desde mis primeras obras! Claro que yo también tengo la culpa. ¿Quién me iba a decir la verdad? Yo conocía el secreto del reclamo. Para aquél, saludos; para el

otro, habanos; para el de más allá, cenas; para éste elogios; para todos, dedicatorias. Yo era un buen chico, posiblemente me sabían inofensivo y me dejaban subir, me elevaban, me fueron convirtiendo en Fulano de Tal, poeta, dramaturgo. En fin, llegó un día en que yo mismo dudé de mí, porque en verdad fué tal la atmósfera que, como habían pasado diez años sin que se reeditaran mis primeras obras, los jóvenes repetían mi nombre y elogiaban con entusiasmo mis trabajos por lo mismo que no los conocían. Este es siempre el género de elogios más intenso y más desinteresado. Creo que es en lo único que me daba aires de Homero. Tenía poco más de treinta años, unos pesos, amigos...

Día por día me fué siendo más difícil renunciar a una tarea para la que intimamente no me sabía nacido, comprendiendo que mi obra no era de mayor valor. Todo era recibido con elogios. Las revistas populares publicaban mis trabajos porque era una firma. Me bastaba leer cualquier cosa para que quedara en mí un eco que yo reproducía en seguida. Esa imitación, al principio inconsciente, se fué revelando a mis ojos, pero en vano me forzaba; yo no tenía talento creador, lo reconocía a cada paso, pero había aprendido mi oficio, sabía hacer párrafos y estaba amparado por la ignorancia de muchos y la cobardía de todos. Figúrate que me descubrían las obras, yo mismo estaba admirado. Aquello sí que era talento. ¡Cuánta bondad tiene el hombre cuando quiere ser bueno! Sin embargo, hacía, hasta ayer, cinco años que yo no estrenaba y algunos comenzaban a mirarme por sobre el hombro. *Aquel que a los 30 años era la gran promesa, a los 50 estaba agotado*, y esto me desesperaba. Torturaba mi imaginación sin resultado. Ahora ya sé que las obras no son mías, ya no aprovecho la lectura como antes. Y yo sentía asfixiarme. Yo tenía necesidad de aplausos, de elogios; me daba vergüenza; se susurraban algunas cosas; los autores jóvenes, los ultra, me ponían en la picota, me llamaban el Señor Prólogo, la Señora Promesa, el Futuro Genio, y esto era infame; hasta hacían insinuaciones sobre obras imitadas, llamándome el *único introductor* de Tal o Cual, escritores europeos, mis favoritos. Otros hacían bromas de mi obra futura. Me iba convirtiendo en un espantajo, y aquellos que me elogiaran con más entusiasmo me mordían con mayor fuerza, como vengándose de haberme endiosado.

No quiero que te sonrías. No te sonrías, no seas malo. Esto es también la vida. Somos muchos los comediantes de la gloria. Y yo debía hacer la última escena, bordar sobre el original de Kadey una pieza ajustada a nuestro ambiente; esto del ambiente no pasa de cambiar algunos trajes y otros nombres. ¿Quién conoce aquí «El rey invisible»? Nadie o muy pocos; tú, porque andas entre mis libros. Debí quemarlo. Pero, calla. Es mi salvación. Tengo que vestir hasta la última escena el disfraz de gran escritor. Comprende, hijo. Hasta tú sufrirías. Déjame, que ya se acerca también mi Telón; soy un pelele más en este mundo ridículo. Soy una víctima más de ese afán de grandeza. Mira que todo es lo mismo. Todos hacemos un papel. Queremos hacer una vida grandiosa; nos sabemos, los más discretos, máscaras satisfechas de engañar a los demás, que también farsean. Los únicos que se salvan de la comedia son los tontos; éstos creen en la realidad absoluta de todos lo existente y en la inmutabilidad más formidable. Después de todo, comprende, hasta la gloria más cierta remoja sus laureles en la frescura inmortal de las almas más ignorantes. No me quites mi papel. Ellos me lo dieron Déjame que termine mi escena; de todos modos el espectáculo continúa. Yo soy, tal vez, el menos culpable. Y hasta te acepto que me tengas compasión. Los compasivos son los indiferentes, los que han entrado al teatro sin pagar localidad; esto es, los que no tienen ni vanidad ni ambición.



El muchacho grande. — ¿No puedo yo decir lo que quiera a mi hermana?
El muchacho pequeño. — ¡No, mientras que ella sea mi mejor amiga!



Primer doctor. — No, compañero; no opino como usted.
Segundo doctor. — Muy bien; yo le probaré que está equivocado cuando le hagamos la autopsia al paciente.

Necrología



Señora Teresa Musté de Balbi. — Entre Ríos.



José Luis Alvarez. — Belgrano.



Señora Francisca M. de Jáuregui. — Villaguay.



Señora Catalina B. de Domec — Trenque Lauquen.



Señor Pascual Di Primio. — Capital.



Señor Hugo Portinari. — Capital.



Señor Juan M. Capello. — Capital.



Señor Alejandro Lanati. — Banderaló.



Señor Edgardo Rocha. — Villaguay.



Señor Félix Filonsi.— Capital.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Un Alimento Que Usted Necesita Todos Los Días



Cualesquiera que fueran los alimentos que usted consume, debe Vd. tomar QUAKER OATS una vez al día. Para los niños y los adultos esto es muy importante.

El QUAKER OATS es un alimento completo, que suministra los 16 elementos que los hombres de ciencia y médicos del mundo proclaman como necesarios. Tiene dos veces el valor nutritivo de la carne y es un alimento tres veces más rico que el arroz en elementos de formación del organismo. La mayor parte de las personas que no toman QUAKER OATS carecen de algo indispensable.

Los jóvenes no pueden desarrollarse normalmente si no hallan en su alimento todos los elementos necesarios para ello. Déseles el delicioso y digerible alimento QUAKER OATS.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado—único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

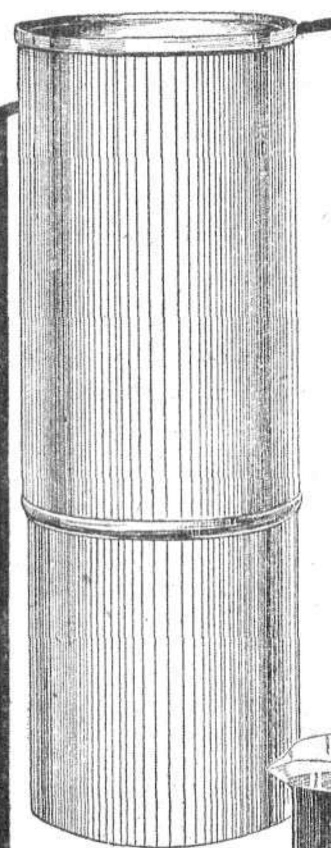




El actor señor Arata rodeado por el elenco de su compañía y por un grupo de periodistas después de la función teatral dada en su honor y con la cual se despidió del público rosarino.

Grupo de artistas de la compañía San Juan que dieron una función teatral a beneficio de la Caja de Socorros Mutuos de los Empleados Municipales.





ESTACION METEOROLOGICA

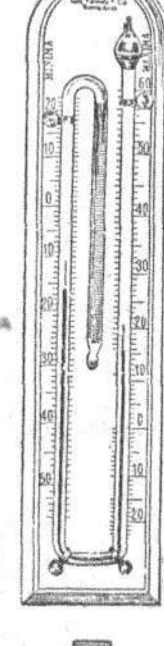
COMPUESTA DE:

Barómetro aneroide, $ 15.

Termómetro Máxima y Mínima con su imán correspondiente, $ 6.

Pluviómetro con su probeta para medir la cantidad de lluvía caída, $ 8.

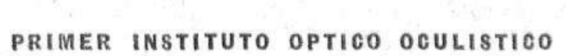
Adquiriendo todo completo, $ 25



Con cada estación entregamos gratis una planilla para anotar la lluvia caída durante el :: año. ::







LUTZ, FERRANDO Y CIA.

APARATOS Y ARTICULOS PARA FOTOGRAFIA

Revelación - Impresión - Ampliaciones

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES
CABILDO, 1916 — BELGRANO

SUCURSALES EN:
CORDOBA. ROSARIO. TUCUMAN. LA PLATA.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:



1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

NOTA IMPORTANTE

Esta página, si bien no comprende ningún juego destinado al concurso del corriente mes, lleva al final el cupón de práctica, que deberá adjuntarse a la lista de soluciones del concurso de septiembre.

TECNICA

Continuamos la publicación iniciada en nuestro número anterior sobre la técnica de los pasatiempos, detallando los requisitos que deben reunir como factores de belleza, todos ellos aceptados por la costumbre y sancionados por especialistas en la materia.

Ejemplo (N.º 11)

PALABRA CRECIENTE	Solución.
Es redonda desde su nido.	O
Cansa y arrulla repetido.	RO
Perenne planta de Etiopía.	ARO
Mi linaje es de carestía.	CARO
Mitológico es mi nombre.	ICARO
Bajo, astuto... ¡Cualquier hombre!	PICARO

PALABRA DECRECIENTE ANAGRAMADA (Número 12)

Somos el todo del humano saber.	LETRAS
En matemática me hago conocer.	RESTA
Es de los siglos mi elemento.	ERAS
Fresco cadáver y... suculento.	RES
Soy la segunda de ciertas hermanas.	RE
También la soy de otras con canas.	E

Ejemplo de:

LOGOGRIFO DECRECIENTE (Número 13)

Animal marino invertebrado.	MARISCO
Lo contrario del ser amable.	ARISCO
Otro animal, fastidioso, alado.	MOSCA
Es una fruta muy agradable.	MORA
¿Quién eres? Hija de un furibundo.	IRA
¿Qué haces? Confirmo y hundo.	SI
¿Adónde vas? Rodando por el mundo.	O

B) PALABRAS A BASE DE RECTILINEAS

Diagonales

Diagonal simple. — Es el juego más fácil. Cuando cierto número de palabras, dispuestas regularmente una debajo de la otra, formando cuadro y de modo que las letras que caen a la línea trazada de un ángulo a otro (diagonal) forman una palabra de significado propio, toma el nombre de **Diagonal simple.**

Ejemplos:

N.º 14

```
C I R C E
V E N U S
M A R T E
L I B E R
S A L U S
```

(Ceres)

N.º 15

```
P E R A L
M O L A R
B A R C O
B O L S A
C O N D E
```

(Coral)

Cuando la misma palabra u otra de significado diferente se encuentra en la otra diagonal, entonces el juego da origen a la **Doble Diagonal.**

Ejemplos:

N.º 16

```
T I N T E R O
C E R E B R O
S I N C E R O
C R E D I T O
L E N C E R A
M E D I E R A
T O Q U E R O
```

(Tendero)

N.º 17

```
D A R I O
P I R R O
J U A N A
I C O N O
I T A L A
```

(Diana-Icaro)

N.º 18

```
P E N D O N
P A S I O N
L A T I N A
S A C R O S
P A T R I A
N A C I D A
```

(Patria-Nación)

Cuando en el cuadrilátero (generalmente un cuadrado) la palabra o palabras quedan compuestas por las resultantes de las rectas trazadas desde la mitad de los lados, entonces se obtiene la **Palabra en Cruz,** y también se llama **Palabra en Cruz** aquella que resulta de las rectas que van de un ángulo a otro, respectivamente, de los losanges.

Ejemplos:

N.º 19

```
F A C I L
T R I N O
C I S N E
L E N T O
C R E D O
```

N.º 20

```
      A
    U P A
  P R A D O
A P A R E J O
  C R E S O
    O J O
      O
```

Cuando la misma palabra (pues es casi imposible encontrar diferentes que se amolden al juego) está repetida en cruz y diagonales respectivamente, entonces el juego toma el nombre de **Palabra en Cruz con doble diagonal.**

Ejemplo N.º 21

```
A R G O L L A
A D U N A D O
H O R A R I O
A D R I A N O
A P A R A T O
A N A D I N O
O R V A L L O
```

(La palabra Adriano se lee cuatro veces).

Cuando la palabra que explica el juego geométrico nace de una letra del primer vocablo, unida con otra del segundo vocablo, en orden numérico distinto, y de otra del tercer vocablo en columna con aquella del primero, y de otra del cuarto, en columna con la del segundo, y así sucesivamente hasta el final, toma el nombre de **Palabra en Zig-Zag.**

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

SEPTIEMBRE DE 1923

CUPON N.º 1303.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.



Inauguración de la Casa Uruguaya. Los padrinos, el cónsul del Uruguay y personalidades de la colonia presidieron el acto.

Fiesta social en la residencia de los señores P. Schmit dada en honor de la señorita Elena Pérez Schmit con motivo de su próximo enlace.


20
SERRANO.
"EVANDRINA"
Hará de Vd. un hombre nuevo, reconstruirá su gastado organismo, nivelará su sistema nervioso.
Hará desaparecer ese hastío y malestar que le invade.
Sin igual para los nervios, para levantar las fuerzas y elevar el espíritu.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215, sus secciones
y en toda farmacia.


Grupo de socios del Club de Gimnasia y Esgrima que ofrecieron una demostración a los arquitectos señores Guido, Roda y Avalle, autores del gran frontón del Club de Gimnasia y Esgrima.

EL TERREMOTO DE MENDOZA

El principal acontecimiento de la historia de Mendoza es el terremoto que la destruyó en 20 de marzo de 1861. Hasta esa fecha los temblores de tierra, tan terribles en la vertiente chilena, parecían perder su intensidad al otro lado de los Andes; pero en aquel día, a las ocho y treinta de la tarde, sintióse una violenta sacudida que destruyó casi por completo toda la población. El movimiento fué al principio ondulatorio de N. O. a S. E., y luego, según parece, de abajo arriba. El incendio comenzó en seguida por todas partes originado por los aparatos de gas rotos, y a este mal se añadió el de la inundación a causa de hallarse obstruídos los canales por las ruinas. Perecieron más de diez mil personas. Las sacudidas se repitieron con menos fuerzas hasta la tarde del día siguiente, contándose diez y nueve de ellas; el 22 hubo otras 14, y durante tres meses continuaron aun sintiéndose. El fuego duró ocho días y la confusión producida por tantos elementos de destrucción aunados impidieron el salvamento de muchas personas que murieron de inanición o de asfixia. El primer y principal temblor dirigido de N. O. a S. E. se inició en el valle de Uspallata, cuyas construcciones padecieron también mucho; se extendió a la sierra de los Paramillos y pasó por el centro de Mendoza hasta el río, de manera que vino a ocupar un espacio de 20 leguas de largo por sólo dos de anchura, pues las casas de Villavicencio, las del Rodeo del Medio y las de las afueras de Luján fueron respetadas en parte, y si el terremoto llegó allí fué con menor fuerza. La Paz, situada a treinta leguas, experimentó un temblor ordinario; San Luis, Río Cuarto y Córdoba sintieron pequeñas sacudidas.



EL DOMINGO



DE A SUS HIJOS EN EL DESAYUNO
UN RICO CHOCOLATE

GODET

EXTRA (PAPEL BRONCE)
PIDALO HOY MISMO A SU PROVEEDOR

OTROS GUSTOS:
GODET FINO (PAPEL AMARILLO)
GODET ESPECIAL (PAPEL VERDE)

DANIEL BASSI & Cía. — BARTOLOME MITRE, 2538-54 — BUENOS AIRES

Ser vieja y **tener Canas**, bueno; pero **tener Canas** sin ser vieja, no.

No deje usted que la naturaleza le haga la broma de envejecerla antes de tiempo.

Recurra usted al

AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue. El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo; al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco. Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde más de un cuarto de siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO
73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires: A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182 — **Depósito en Montevideo: Sarandí, 429**



La sugestiva figura del héroe de América plasmada en el bronce, y que aparece en el basamento del monumento al Ejército de los Andes con toda la imponencia de un símbolo al que desea descubrir el viajero apenas transpone los caminos del Cerro de la Gloria.

Grandes Panoramas

El CERRO *de la* GLORIA

Es el asombroso cuadro de cumbres grisáceas o blancuzcas, o es la evocación de un siglo épico que sobrecoge el ánimo?

Lo uno y lo otro, sin disputa, mucho más poderoso en el alma de un emotivo cuanto más nos apartamos de la cobardía de los que temen la fatiga de ascender por los desfiladeros, y la pequeña vileza de aquellos que se acomodan a ser merodeadores junto a la falda que corona en un picacho tan triunfal como Aconcagua, qué vive desnudando las nubes hasta obligarlas a morir en un requiebro del que se hace cómplice el Sol. ¡Y cuánto duran estos lánguidos crepúsculos que se visten de mil modos en las irisaciones de la cumbre!... ¡Qué días inacabables en este largo paso de la luz hacia la tierra de Arauco donde diz que el último desmayo solar es como un pestañear de hoguera!

Los altos y erectos álamos de toda la tierra mendocina, que asoman como si fueran rezagos espirituales de la legión victoriosa en Maipo, aclamada en Lima, otorgan a los caminos una larga sombra que dibuja sus perfiles hasta donde el reparo montañés pone su augusta nota obscura como una solución a esos espectros que parecen seguiros imperturbablemente do quiera corráis.

Ahí detrás la villa que vió el paso de los mártires gauchos y conserva en sus reliquias el trapo emblemático de la libertad, y suele llevar a sus gentes hasta el sendero aquel que pasa desde Campo del Plumerillo a Villavicencio, trepando el risco, ganando la ruta por donde el gran capitán, pupilas bien abiertas hacia la contemplación del mandato de la Historia, guió a sus huestes con la misma serenidad con que asoman muchos días ante nuestra vista, las invulnerables galas del precioso Tupungato que parece la sonrisa de la tremenda fisonomía de los Andes.

He aquí la obra de Dios y de la libertad: el adusto peñón delimitando pueblos y los caminos verdegueantes abriéndose como brazos.

Y por estos caminos corre mucha savia de potencialidad. Circula el germen del genio que ha de imprimir como Buda su planta en la recia piedra para que las muchedumbres no pierdan el andar por donde puedan ver la verdadera luz y la felicidad. Pero, ¿a qué mirar sobre la negreante gleba si ahí emerge, dando frente al andino regazo el coqueto cerrito desde cuya cúspide lanza sus vuelos el ala de la gloria? Es una senda fresca entre álamos besados perennemente por las acequias fugaces y bullangueras; que siempre asciende, sube, recta y ardua, como las luchas del hombre severo y decidido que debe encumbrarse rompiendo ídolos. Nunca se retuerce ni se aminora, por grandes que sean los trozos de peñasco venidos de tumbo en tumbo desde las altas cumbres. Parece la teoría de una moral irreductible: recta, sin quebrarse.

Por fin, cuando ya los pulmones hállanse repletos con la dulce borrachera de estos aires tónicos y la cabeza tiene olvidado su sitio a fuerza de andarse distraída por los más raros vericuetos de la fantasía y por las plasticidades de la evocación histórica, os dais, a la izquierda, con el famoso cerro que carga en sus espaldas toda la riqueza de una floración selecta, y ostenta, garboso, el monumental recuerdo hecho estatua con que el pueblo argentino revive la hora determinativa de su Ejército de los Andes.

Hay que comenzar el ascenso por las rampas

El lejano panorama de Mendoza se perfila desde el cerro simbólico y alrededor asoman su silueta centenares de pueblos, fincas y bodegas.

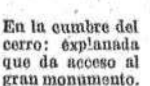
laterales que os colocan frente, detrás, a la derecha o a la izquierda de la bellísima línea cordillerana, según el capricho de la pendiente marginal del cerro que veis cada momento más completo de soberbia grandeza, enfrentando al contrafuerte andino, entre ondulaciones de múltiples colinas que parecen, por su forma, la inquietud con que el océano estremece sus fuerzas. Desde los primeros cien metros el abismo a corte de pico es una enorme boca por donde zizaguea la vida tranquila de una tierra que amasa riquezas en paulatino y acompasado esfuerzo, y guarda el sello de su gran leyenda.

Más arriba, cerca ya del último recodo por el que vais a enfrentaros al símbolo de un continente, la visión adquiere delineamientos de inmensidad, capaz de oprimir el alma humana en una suprema angustia de no saberse desprender de lo que le estorba para ir sobre los mundos, mirando desde arriba como los cóndores. Aquí comprendéis el alto vuelo de Olegario Andrade, y, sin metáfora, en un instante de abstracción llegáis a cruzar con la mirada y la voluntad esta distancia que media desde los cerros hasta los misteriosos nidos cuya entrada nunca hollará la planta del hombre.

Y si hay algún sentimiento de rencor humano en el corazón, aquí, en esta riqueza de luz y de altura, se disipa como nube que pasa, y reverbera el bien mostrando la serenidad que ahuyenta toda pasión mezquina, y se concibe una gran piedad hacia los que os arrojan diatribas.

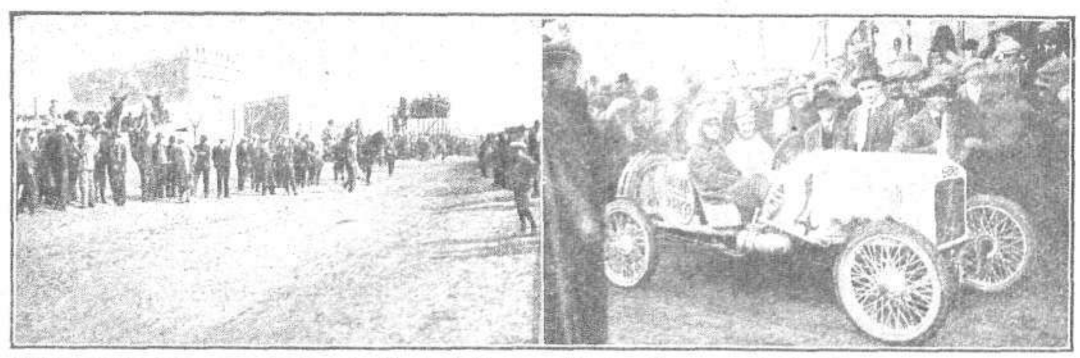
Cuando flanqueáis la cúspide por una senda un tanto peligrosa, pero abierta entre las galas del parquecillo que manos patrióticas hicieron formar como una ofrenda, el asombro, la emoción, el alma criolla, el rugido de todos los lirismos acuden a los ojos, a los labios, a los nervios, para obligaros a reir con el gozo de las sorpresas de la dicha infantil; para extraer de vuestro pecho un poderoso suspiro que debe ser el aleteo de la humana libertad; para arrancaros ese grito que debió escuchar el caudillo en sus vigilias, aquí mismo, frente al misterio, en sus largas cavilaciones de águila, cuando se dispuso a remontar el vuelo para llevar *de un extremo a otro* el estremecimiento gestador de un puñado de pueblos nacidos en la cuna de la Gloria.

Cualquiera que venga hacia el andino suelo, al transponer las festivas fincas que rodean a Mendoza, ve, desde el tren, esta cúspide que aquí adoran por ser el emblema de un instante trascendental para la tierra americana. Un cercano día la fraternidad continental buscará aquí un lugar de peregrinaje donde no sea fácil escoger, como admiración, si la sorprendente naturaleza o el atrevido y hermoso monumento.



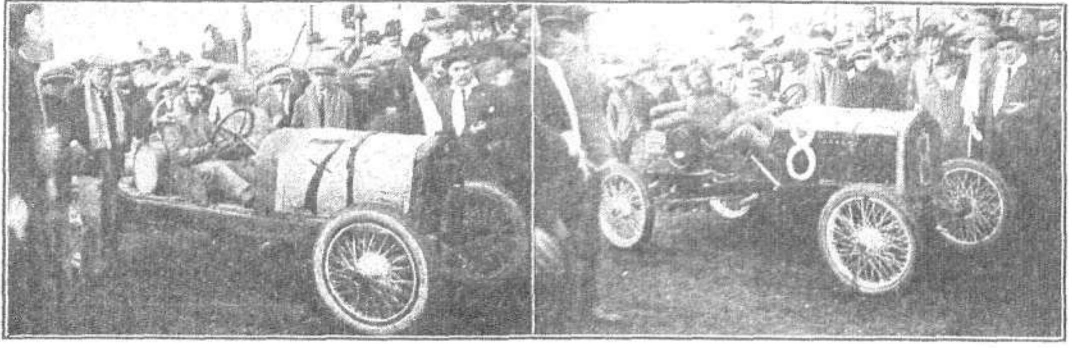
En la cumbre del cerro: explanada que da acceso al gran monumento.

REDACTOR VIAJERO



Punto de partida en la gran carrera de autos disputando el campeonato del "Circuito Departamento Tercero Arriba".

El señor Ligaromo, conductor del auto, con su acompañante, Pascual Morelli, vencedor del primer premio.



Señores José Candela y Pablo Gastoldi, conductor y acompañante respectivamente, que obtuvieron el segundo premio.

Señor Angel Satraña, volante, y señor Vicente Ciriani, acompañante en el auto, ganador del tercer premio.


Equipos de los clubs Peñarol, de Montevideo, y de la Liga Cordobesa que jugaron un lucido partido de football, en el cual no hubo ni vencedores ni vencidos.

UNA CASA CONSTRUÍDA DENTRO DE UN TRONCO

Un ciudadano de California ha resuelto, de una manera harto ingeniosa, la cuestión principalísima de la escasez de viviendas.

Se ha servido para el caso del tronco derribado de una conífera wellingtonia, ahuecado perfectamente en su interior. Esta especie de coloso de los bosques californianos suele medir hasta cien metros de altura y su diámetro no baja de ocho metros. Con tales dimensiones, no es nada imposible vivir perfectamente en él, y hasta con mayores comodidades que en los actuales «departamentos» de las grandes ciudades modernas.

El avisado californiano ha construído su casita, claro está, que sin pretender inscribirla dentro de algunos de los estilos arquitectónicos más en boga, pero, despreciando el estilo, le ha dotado en cambio todos los conforts posibles y hasta con cierta coquetería. Consta la construcción de dos piezas: una, comedor, bastante amplia, con capacidad para cuatro mesas de cuatro cubiertos; la otra, dormitorio, con amplias ventanas que permiten admirar la frondosidad del bosque vecino y un poco de cielo diáfano y zaul. La cocina y demás dependencias forman otra construcción anexa al tronco coloso.

De noche la extraña vivienda adquiere contornos fantásticos, pues con todas sus pequeñas ventanas iluminadas profusamente semeja un enorme monstruo antediluviano que despidiera lumbre por sus fauces y costados.

No obstante este aspecto fantástico, el propietario ya ha recibido brillantes ofertas de alquiler, porque allá, como aquí, la escasez de habitaciones obsesiona a la gente. Inútil será añadir que el feliz propietario no piensa todavía en arrendarla y que, al contrario, se muestra encantado de habitar un apartamento que suscita la curiosidad de los turistas.



Sus travesuras la hacen feliz...

porque ella sabe que eso significa que su hijito es sano, pues la alegría no habita en un organismo anémico, en una criatura enfermiza.

Al contemplar a su adorable tesorito, no puede menos que sentirse orgullosa, pues ella es quien le comunicó esa alegría; es ella quien lo cría, quien le dió la vida; es obra suya! Y tal vez se acuerda agradecida de aquella amiga que le recomendó la MALTA PALERMO.

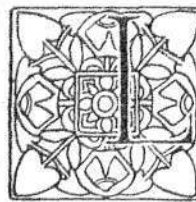
EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS.

CERVECERIA PALERMO S. A. - Buenos Aires





GUERREROS MOROS EN MADRID



Los soldados moros al servicio de España, llamados Regulares de Ceuta, han venido a Madrid para recoger la bandera que por subscripción nacional se les regala. Viendo desfilar por las calles a esos guerreros atezados uno creía transportarse a los tiempos de los romances, cuando los moros feudatarios se unían a los reyes de Castilla para luchar contra algún caudillo musulmán intransigente. Nuestra historia está llena de huellas moriscas. Desde el Cantábrico y el Pirineo hasta Gibraltar no hay un trozo del país que no haya sentido la planta mahometana o haya producido paladines que combatieron al musulmán.

Sol, radiante cielo de mayo, músicas, oriflamas, coraceros de cascos emplumados, carrozas de viejo régimen, la fronda del Retiro, la hermosa perspectiva de la calle de Alcalá; la reina que sonríe con su sonrisa rubia a la multitud aclamadora; el rey que hace un gesto militar y cordial al pueblo apretado; y en seguida, al compás de exótica banda de dulzainas y tambores, desfilaban los soldados marroquíes.

Primero los infantes con la bayoneta calada en el fusil y su paso suelto, cadencioso. Después los guerreros a caballo, y escojo esa palabra, guerreros, porque el nombre de soldados parecería impropio para calificar a unos hombres tan distintos de los que hacen la guerra en los países civilizados. Eran hombres de tez obscura, mirada grave, barbas rizosas, tocados con grandes turbantes blancos que acentuaban su gesto de africanismo y de fiereza. Caballos vivos; el fusil empuñado con una especie de nostalgia de la lanza; y al frente del escuadrón unos batidores completamente negros, altos de talla y magníficos de ademán.

El público los vitoreaba al paso. Pero algunos no tienen tiempo para los vítores, porque el asombro y la curiosidad les incita a aproximarse a los africanos, y quisieran tocarlos y hacerles hablar, como los chicos cuando se ven ante un objeto nuevo y maravilloso. Entre tanto, el jubiloso día primaveral, ágil y fresco, convertía ese desfile de los Regulares de Ceuta en una fiesta de un brillo incomparable, verdaderamente madrileño.

Pero los musulmanes tienen también su cortesía y saben rendir delicados agasajos a la mujer. Así, una tarde, en el campamento que en los llanos de Carabanchel se les ha preparado, los soldados moros obsequiaron a la reina de España con el homenaje que ellos sabían que más le había de agradar. Corrieron, pues, la pólvora, con una fantasía extraordinaria y con un entusiasmo de día de gala.

El príncipe y los infantitos asistían al pintoresco y emocionante simulacro. Y entonces se vió en tierras de España lo que tal vez no se había presenciado desde aquellos tiempos en que sobre la vega de Granada y ante la majestad de la Reina Católica escaramuceaban los caballeros moriscos.

El campamento se componía de cincuenta grandes carpas blancas, pintorescamente dispuestas. Una, la más bella de todas, fué ofrecida a la Reina y los infantes. Adornada con tapices moriscos, alfombras, divanes y policromadas mesitas, allí se les ofreció el te al estilo mahometano, mientras una orquesta mora tocaba un motivo marroquí al son de tamboriles, violines, panderetas y chirimías.

En seguida los mejores jinetes del escuadrón ejecutaron sus *fantasías* y corrieron la pólvora. Y después otros soldados bailaron una danza guerrera del más típico y sorprendente sabor que puede imaginarse, disparando sus fusiles contra el suelo a cada mudanza del baile...

El público de Madrid, encantado por la bizarría y el exotismo de esos valientes guerreros moros, ha creído asistir a la más sorprendente película de cinematógrafo que imaginarse pudiera. Una verdadera película de ensueño.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA



Parte del personal superior de Correos y Telégrafos que ofreció una demostración de aprecio a su jefe con motivo de su retiro del cargo por acogerse a los beneficios de la jubilación.

BREVE HISTORIA DEL JUEGO DE DADOS

Indudablemente uno de los aforismos más ciertos es aquel de que «nada nuevo hay bajo el sol». A nadie se le habrá ocurrido pensar que el inocente y popular juego de dados esté unido estrechamente a la aparición de las primeras noticias históricas. Porque, en efecto, en el Rig-Veda, que es uno de los monumentos escritos más antiguos que se conocen, hallamos noticias de este juego y de la manera que tenían los egipcios de practicarlo.

Si se tiene en cuenta que la antigüedad que se atribuye al citado libro, podemos afirmar que 2.000 años antes de Cristo los hombres ya jugaban su dinero y sus bienes a los dados, dato abrumador para los moralistas que quieren suprimir de golpe y porrazo la plaga del juego.

No puede precisarse enteramente la época en que este juego hizo su aparición ni mucho menos qué pueblo fué el primero que lo practicó, aunque de acuerdo con datos históricos podemos sumergir su origen en las razas primitivas que habitaron la tierra y cuyo recuerdo se perdió enteramente en la noche de los tiempos. Quizá, quizá los antropopitecos ya lo practicaran para quitarse unos a otros la maza o la mujer o el producto de sus rapiñas.

Lo cierto es que el juego de los dados está unido estrechamente a la raza humana desde el origen de la historia y que, pues tan unido a nosotros está, difícil será que nos lo quitemos de encima.

Claro que ni los dados se han librado del capricho de la moda, y mientras los primeros fueron de piedra pulida, los de la edad media fueron de madera dura, hechos por artesanos especiales, los del siglo XVI de ámbar amarillo, los del XVIII de hueso y los actuales... de toda clase de materias. ¡Admira pensar cuántos imperios desaparecidos fueron jugados a los dados, y cuántos seguirán aún jugándose!

Vd. PUEDE SER CONCERTISTA

Toda persona sin tener nociones de música
puede ejecutar en el maravilloso

PIANO AUTOMATICO BREYER

cualquier repertorio por extenso y difícil que sea.



SUCURSALES:

LA PLATA - Calle 7 y 55 N.º 601.

BAHIA BLANCA - San Martín N.º 252.

TUCUMAN - 9 de Julio N.º 90.

MENDOZA - San Martín N.º 1374.

PARANA - Gral. Urquiza N.º 525.

CORDOBA - San Martín, N.º 234.

BREYER Hnos

FLORIDA 414 BUENOS AIRES

Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo

(Continuación)

Los funcionarios de víveres o de sanidad de los estados han usado varios medios para controlar efectivamente y contener las condiciones sanitarias de los lugares donde se venden productos alimenticios. Uno de los medios más eficaces que hasta ahora se ha empleado es la cooperación de los clubs y de otras asociaciones cívicas de mujeres. Cuando una delegación de clientes femeninos visita a un comerciante y le sugiere la necesidad de tener mayor limpieza en su establecimiento, él se siente compelido a aceptar la sugestión, a tal grado que sin demora alguna pone y mantiene su almacén en buenas condiciones.



Leyendo el rótulo del paquete para evitar le den un substituto inferior o menor peso. La Ley Federal sobre Alimentos y Drogas dispone que en los rótulos de los paquetes no sólo se debe especificar la cantidad de alimentos contenidos en cada uno, sino que también se debe declarar cualquier substitución que se haya hecho de uno de los ingredientes por otro de inferior calidad.

La competencia en cuanto al aseo se ha logrado por medio de carteles de color que el inspector concede a los tenderos que conservan sus almacenes en condiciones sanitarias, de modo que los establecimientos en excelentes condiciones obtienen un cartel blanco, otros en buenas condiciones un cartel azul, los en condiciones regulares obtienen uno rojo, mientras que los que están en condiciones inferiores no obtienen ninguno. Claro está que los propietarios están autorizados para exhibir los carteles en un lugar preferente mientras conservan el establecimiento en las condiciones indicadas, y existe una gran competencia entre los tenderos para obtener el cartel blanco.

Quince años hará que se promulgó en Norte América la Ley Federal sobre Alimentos y Drogas, y sus efectos han sido sorprendentes puesto que hoy la industria de víveres ocupa una situación privilegiada registrándose en ella menos casos de adulteraciones y falsificaciones que en ninguna otra. Los tribunales federales han procedido con toda energía y pasan de 7.000 las condenas y confiscaciones consiguientes dictadas en dicho período.

Las violaciones de la ley en que se han fundado los fallos de los tribunales comprenden casi todas las clases de productos alimenticios, incluso desde las pastas y masas alimenticias hasta bizcochos, desde las sardinas malas hasta los salmones deteriorados; naranjas heladas de California y toronjas de Puerto Rico en malas condiciones. Las persecuciones de medicinas patentadas fraudulentas comprenden las llamadas «curas seguras» de la tuberculosis e influenza, los dulces purgantes y aceites espurios de palma cristi. En las bebidas, incluyen la sidra tanto como el champagne, el jugo de uvas y la ginebra, el vino y ¡hasta el agua! Todas estas violaciones han sido perseguidas ante los tribunales federales.

(Continúa)

HESPERIDINA

BAGLEY

Desde hace más de 50 años se elabora, siendo la bebida nacional que como APERITIVO ó LICOR tiene unánime aceptación.



GANADERIA

37.ª EXPOSICION NACIONAL DE LA S. R. A. EN PALERMO

RESUMEN DE LAS SECCIONES OVINOS Y CAPRINOS



Premio y campeón carnero Lincoln, lana entera. Criado y expuesto por la sucesión de Ramón A. López Lecube.

En mi anterior artículo traté de las secciones equina y porcina y ahora intentaré hacer un corto análisis de lo que significaron las de ovinos y caprinos, dejando para el próximo referirme a los ganadores de las categorías dedicadas a ejemplares de la raza Shorthorn, Hereford y Aberdeen Angus.

Hubo una época en el país en que estuvo muy en boga la cría de ovinos en general, y entonces los registros de las categorías Lincoln en Palermo se dividían en lotes ante los jurados que establecían las convenientes selecciones. Pero el bajo precio que rigió para las lanas hace algunos años causó pánico entre los criadores de este ganado lanar, y un gran número de estancieros abandonaron esta industria para dedicar su tiempo y sus recursos al desarrollo del ganado vacuno y a los cereales; y en la actualidad muchos de ellos se hallan arrepentidos. Además, bastantes criadores de pedigree de ganado lanar, que no supieron o no quisieron cultivar sus rebaños de esta especie, es natural que abandonaran el cuidado de su «standard» de perfección, y es ahora cuando han de lamentarlo. «Este es un largo camino que no tiene vuelta», pensaron; pero cambiaron las condiciones y de nuevo el mercado acusó gran demanda para lanas y carne de carnero, dándose entonces cuenta de que habían estropeado tal industria con sus descuidos, perdiendo los consiguientes beneficios del presente.

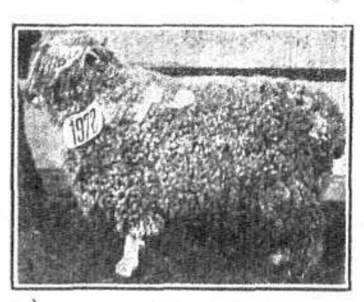
Proceder con impetuosidad es un mal defecto. Yo puedo decir, sin que se me censure con justicia, que los criadores de este país, durante sucesivos años y con mucha frecuencia en el curso de sus trabajos, carecen de la virtud de la paciencia. Buen número de ellos han perdido sus fortunas precisamente por sus impetuosidades, cambiando de la crianza de tal especie de ganado a otra clase, mostrando su repugnancia a practicar las verdaderas enseñanzas que contiene esta frase: «Lo mejor engendra lo mejor». «Lo que un hombre pierde otro lo gana»; y por el contrario, aquellos productores que mantuvieron su confianza en las razas Lincoln, Merino y Rommny, han venido recogiendo legítimos provechos, y las excelentes calidades exhibidas ahora en la Exposición de Palermo con respecto a estos animales hablan elocuentemente por muchos rebaños lanares de la república.



Carnero Merino argentino (Rambouillet), campeón. Criado y expuesto por la sucesión de Ramón A. López Lecube.

Siempre resulta materia delicada y dificultosa encontrar jurados cuyos veredictos satisfagan a todos los exhibidores por igual, lo mismo que a los espectadores. Una persona, por ejemplo, podrá prestar más atención por la lana que por la carne, y viceversa, mientras que otra prestará atención a ambas, y al mismo tiempo sabrá considerar las características de la raza, y esto último fué lo que hizo Mr. H. Spillman, el árbitro criador inglés que nos visita, cuando hubo de adjudicar premios a las razas Lincoln, Romney Marsh, Leicester y Corriedales que se registraron en Palermo la última semana. El las favoreció, juzgando inteligentemente vellones y armazón, y así realizó una buena labor.

La raza Lincoln fué juzgada en primer término, y en la categoría para unidades machos nacidos antes de abril de 1922 y esquilados del primero al 15 de diciembre del mismo año, se presentaron 18 competidores de fuerte clase. El primer premio lo ganó un carnero bien desarrollado, de lomo ancho y derecho, de «La Bernarda», lleno de carácter semental, al que correspondió después el campeonato individual en esta categoría.



Campeón carnero Lincoln, sección individuales, de media lana.

La Suc. de Ramón A. López Lecube ganó el segundo lugar con un excelente carnero con buen esqueleto, lomo ancho y derecho, costillas bien arqueadas, pellejo rosado y larga lana de muy buena clase. Este ejemplar obtuvo el premio de reservado campeón individual, y las siguientes distinciones se adjudicaron a animales de las cabañas «La Esther» y «La Independencia».

La cabaña «La Bernarda» también conquistó el premio de la siguiente categoría con un típico ejemplar padre de raza Lincoln, y el segundo fué para un carnero de buen cuerpo y lana de «Villa María», llevándose el tercero otro de excelente calidad procedente de «Los Pinos», de Yraizoz. Este ejemplar cargaba abundantísimos vellones de lana de gran calidad y tuvo muchos admiradores entre el público, demostrando ser magnífico para las ovejas.

En la disputa para grupos de tres machos nacidos desde el 1.º de abril de 1922, con lana entera, se exhibieron cuatro categorías en vista del número de competidores. En total, se contaron 79 grupos, siendo muy reñida la competencia, aunque no



Campeón carnero, raza Hampshire Down.



Campeón hembra Lincoln, lana entera.



Carnero Merino Australiano, primer premio y campeón. Criado y expuesto por The Río Negro (Argentina) Land Cía. Ltda.

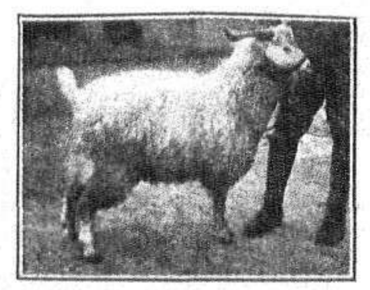
pocos ejemplares eran de escasa estatura y tamaño y otros con pellejos defectuosos. La primera categoría fué ganada por la cabaña «Chapadmalal» con tres carneros de gran calidad, genuinos tipos ingleses, con lomos derechos y anchos, cuellos fuertes, de gran lana y con mucho carácter masculino. La categoría segunda se adjudicó a un grupo de la cabaña «La Bernarda», y la tercera fué la más fuerte de todas, y la ganó la Suc. de Ramón A. López Lecube con carneros ideales como tipos para padres, de bien arqueado y amplio costillar, gran estatura, pellejo rosado y de espléndidos vellones de superior calidad.

El carnero N.º 170 de este grupo ganó después el campeonato de esta sección.

Un grupo de animales de esta especie, de la cabaña «Santa Catalina», de buena calidad y hermosos lanares, conquistó la cuarta categoría, y la tercera de esta misma división correspondió a «Chapadmalal», que aseguró el segundo premio con excelentes carneros.

En la categoría para grupos de tres machos nacidos desde el 1.º de abril de 1922 y esquilados del 1.º al 15 de diciembre de igual año, el primer premio y el campeonato se lo llevó la cabaña «La Mariana», y el segundo y reservado campeón fué para un terceto uniforme de carneros de la cabaña «San Ramón», de la Suc. de Ramón A. López Lecube. Los señores José María Imaz e hijo recibieron el tercero con carneros de buen tamaño y espléndida lana, y «La Bernarda» y «El Arazá» se conquistaron el cuarto y el quinto lugar respectivamente.

Los ejemplares presentados por la Suc. de R. A. López Lecube ganaron fácilmente los más importantes premios con carneros raza Lincoln, y además del campeonato les correspondió la Copa Criadores Lincoln, la ofrecida por P. y A. Lanusse, la Miller Challenge Cup y el premio Asociación de criadores.



Caprino Angora, ganador de primer premio.

Entre las categorías para hembras de la raza Lincoln los registros fueron menores que en años anteriores, pero la calidad de los ejemplares resultó buena. «La Mariana» ganó el primer premio y el campeonato para ovejas de lana entera, y «Chapadmalal», de M. A. Martínez de Hoz, consiguió el reservado campeón con un animal de espléndida calidad.

Al J. A. M. de Hoz se le adjudicó el primer premio y el campeón de conjunto de hembras esquiladas, y el Dr. Celedonio Pereda conquistó los reservados.

No hubo competencia en las categorías para Border Leicester. Los carneros fueron de calidad mediana y las hembras más inferiores todavía. La cabaña «Kiá Orá» fué la única exhibidora de carneros de la raza Corriedale, pero no merecieron especial mención.

Un solo grupo se presentó de Southdowns, buenos especímenes de la raza, procedentes de «Chapadmalal». No hubo ejemplares Shropshire Downs; entre seis grupos de Oxfordshire Down, el campeonato y el reservado campeón correspondieron a la señora J. D. de Malbrán por sus bien desarrollados y típicos carneros. El señor C. P. Boero ganó el campeonato y el mayor número de premios con la raza Hampshire Down.



Campeón carnero, raza Romney Marsh.

Este año, en los exhibidores de la raza Romney Marsh, se advirtió un gran desarrollo, y once criadores de todo el país compitieron presentando una buena colección de ovinos de excelente calidad. Otra vez ganó el campeonato y los principales honores el Sr. C. I. Newton con sus machos y hembras rollizos y bien formados, con buena lana; y los señores B. Erro, Francisco Roverano, M. Alzaga, G. A. y M. A. Dale alcanzaron también buen éxito con sus exhibiciones.

Merino argentino. — Once criadores presentáronse en la cuarta categoría de la raza Merino argentina (Rambouillet) y aunque la competencia no resultó muy reñida como sucedió en algunos años pasados, sin embargo el señor Hilario Helguero, que vino del Uruguay para juzgar en esta exposición, ha tenido muchas dificultades por dar bien los premios. Entre machos y hembras se registraron excelentes ejemplares de la raza. En la primera categoría para grupos de tres machos nacidos antes del 1.º de enero de 1922, el primer honor fué dividido entre la Suc. de Ramón A. López Lecube y el señor Roberto Urquiza, consiguiendo cada uno un primer premio, mientras los veteranos criadores Dr. Celedonio Pereda y D. Vicente Bó deben estar satisfechos con la adquisición del segundo premio para los dos. El tercero lo ganó un grupo de la cabaña «Villa María» y el cuarto un trío de «Las Acacias».



Campeón borrego Merino Australiano. Criadores y expositores: The Río Negro (Argentina) Land Cía., Ltda.

En la siguiente categoría para grupos de tres machos nacidos desde el 1.º de enero de 1922, mantúvose a la cabeza la Suc. de Ramón A. López Lecube, pero, en los últimos momentos, el árbitro decidió que un grupo de «Villa María» de C. Pereda compartiera con el anterior el primer premio, siendo también dividido el segundo entre los citados exhibidores, y el tercero y el cuarto honor se los llevó la repetida Sucesión de López Lecube.

Un excelentemente proporcionado carnero con lana de fino lustre perteneciente a un grupo de la Suc. de A. Russi, ganó el campeonato, y el reservado campeón correspondió a un animal de D. Vicente Bó, y el campeón borrego fué adjudicado a un «primer premio» del grupo de la Suc. de Ramón A. López Lecube; y un carnero de la propiedad de don Roberto Urquiza se llevó el reservado campeón para borregos. Don Alejo López Lecube, administrador general de la cabaña «San Ramón», recibió muchas felicitaciones por sus grandes triunfos con ambas razas de ovinos, Lincoln y Merino.

La competencia en la categoría para hembras fué algo limitada, y los principales premios fueron compartidos entre el Dr. Celedonio Pereda y los señores V. Bó, J. Fernández y C. Olivera e hijos.

Merinos Australianos. — La sección de Merinos este año se vió favorecida por varios espléndidos ejemplares de tipo Australiano de la raza,



Gran ejemplar de la raza Angora, segundo premio.

procedentes del establecimiento «Maquinchó» de Río Negro (Argentina) Land Company Ltda. El hecho que podemos señalar es que los criadores argentinos se han convencido de que producir hermosísimos y bien conformados ejemplares, con la calidad lanar que requieren los manufactureros les es muy conveniente; cuya lana alcanza los más altos precios y que, cruzados con hembras de la raza Merino argentina, dan un admirable desarrollo en carne, tamaño, vellón y constitución. La Sociedad Rural Argentina, siempre ansiosa por desarrollar los intereses de los criadores y reconociendo el crecimiento que se obtiene utilizando como padre el tipo australiano, ha establecido categorías de esta raza en Palermo, y este año hubo dos registros de cada una.

La Compañía de Río Negro fué la única expositora, y el juez se mostró muy satisfecho con la gran calidad de machos y hembras, a las que adjudicó el primero y el segundo premio respectivamente, y asimismo tres campeonatos y tres reservados campeones.

Los criadores de la raza Merino demostraron considerable interés en esta sección, siendo atraídos por la magnífica estructura de sus lanas, sus largos vellones y la sedeña calidad de los mismos, combinado con perfectas y bien cubiertas cabezas, grandes cuellos, abultados buches y largas y masculinas caras.

Será interesante mencionar, aunque sea de pasada, que en el concurso de Vellones de 1921-22, organizado por el Museo Agrícola de la Sociedad Rural Argentina, ganaron la Copa Masurel Fils los vellones de los ovinos Merinos australianos por su lana prima Merino de mayor calidad y de gran desarrollo y homogeneidad.

Caprinos. — Si lo que se ha realizado en Norte América, Africa del Sur y otras partes del mundo, referente a la producción de pelo de camello, sirviera de ejemplo a los criadores de caprinos, seguramente éstos ganarían mucha más plata. Pero por la razón que ustedes quieran, esta industria no parece haber hecho grandes progresos en esta república, aunque existen en la actualidad bastantes más buenos criadores de Angoras que hace cinco años. Es conveniente apuntar la considerable discreción que debe desplegarse en la selección del tipo, porque hay animales que mudan el vellón y otros que no, y es grande la diferencia de valor entre ambos.

El «no mudable» es el animal de mayor rendimiento para la generación, y si el vellón del verdadero tipo Angora vale de dos a ocho pesos oro por libra en Norte América, y tan preciada mercancía es solicitada en el mercado inglés, se demuestra con el hecho de que, durante los diez meses últimos de 1922, treinta millones de libras fueron colocadas en el mercado lanar de Bradford, Inglaterra, de las cuales solamente 4.000.000 se reexportaron. Según las publicaciones comerciales de Londres «América compró fuertemente en febrero de este año, y ello ocasionó una gran demanda en el mercado de pelo de camello, consecuencia natural».

Esto debiera fortalecer a los nuevos criadores que se ocupan de esta industria en el país; y lo que, por otra parte, descorazonó algo a los exhibidores de esta especie, fué la manera con que se juzgó este año tan interesante sección. La Sociedad Rural deberá procurarse una persona competente que conozca bien la raza Angora y que pueda distinguir entre la «chilla» y el pelo de camello.

El primer premio fué adjudicado la semana pasada a un «mestizo» con muy inferior clase de vellón, de muy escaso o ningún valor comercial, habiendo en la misma categoría otro ejemplar de verdadero tipo racial de Angora, de padres importados, con vellones de cerca de 14 pulgadas con un valor de 7 a 8 pesos oro americano por libra.

Muchos visitantes de la exposición, lo mismo que el propietario de este excelente ejemplar, Mr. Selwyn S. Sugden, de Bahía Blanca, tuvieron una desagradable sorpresa por el veredicto dado; y para lo sucesivo, si la crianza de raza Angora se desarrolla, la Sociedad Rural hará muy bien en procurarse un experto que juzgue como es debido esta sección.

GUILLERMO St. J. PETERS

Cabaña "SAN RAMON"

DE LA SUCESION DE RAMON A. LOPEZ LECUBE

Esc. en Bs. Aires: 519, B. Mitre - Teléf. 1802, Av. — Est. López Lecube, F. C. P.

Criadores de Bovinos **SHORTHORN** de Pedigree y p. p. c., de galpón y a campo; Ovinos **LINCOLN** de Pedigree y p. p. c., de galpón y a campo; Ovinos **MERINO ARGENTINO** (Rambouillet) de Pedigree y p. p. c., de galpón y a campo.



Carnero Lincoln, de media lana, N.° 98, del brete 1987. Res. Campeón individual en Palermo. Septiembre de 1923.



Carnero Lincoln N.° 170, del brete 2058. Primer Premio y Campeón lana entera, en Palermo. Septiembre de 1923.



Carnero Lincoln N.° 118, del brete 2082. Reservado Campeón de media lana en Palermo. Septiembre de 1923.

Los productos SHORTHORN, LINCOLN y MERINO ARGENTINO (Rambouillet) presentados por la cabaña "San Ramón" en la actual exposición de Palermo, han obtenido los siguientes premios: 1 Gran Campeón, 2 Campeones, 2 Reservados de Campeón, 1 Premio Asociación de Criadores, 1 Copa Lincoln, 1 Copa Miller Challenge Cup, 1 Copa Pedro y Antonio Lanusse, 3 Primeros Premios, 3 Segundos, 1 Tercero, 3 Cuartos, 1 Quinto y 7 menciones honoríficas. — Total, 27 Premios.



Carnero Merino Argentino (Rambouillet), N.° 104, del brete 1946. Campeón borrego en Palermo. Septiembre de 1923.

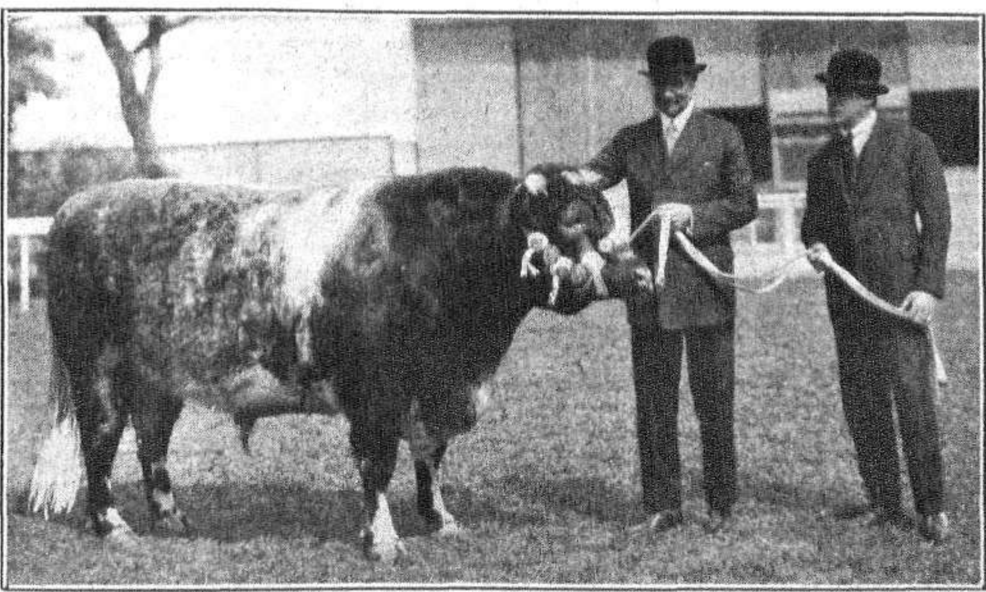
Siempre en venta: Toros y Vaquillonas Shorthorn de pedigree y p. p. c., de galpón y a campo; machos y hembras Lincoln y Merino Argentino (Rambouillet) de pedigree y p. p. c.; Padrillos de razas Hackney y Clydesdale de pedigree y p. p. c.; Potros pesados y livianos.



Brete N.° 2058, 1.° Premio y campeón grupo de Carneros Lincoln en Palermo, Septiembre de 1923.



Brete 1946. Campeón grupo de carneros Merino Argentino (Rambouillet) en Palermo. Septiembre de 1923.

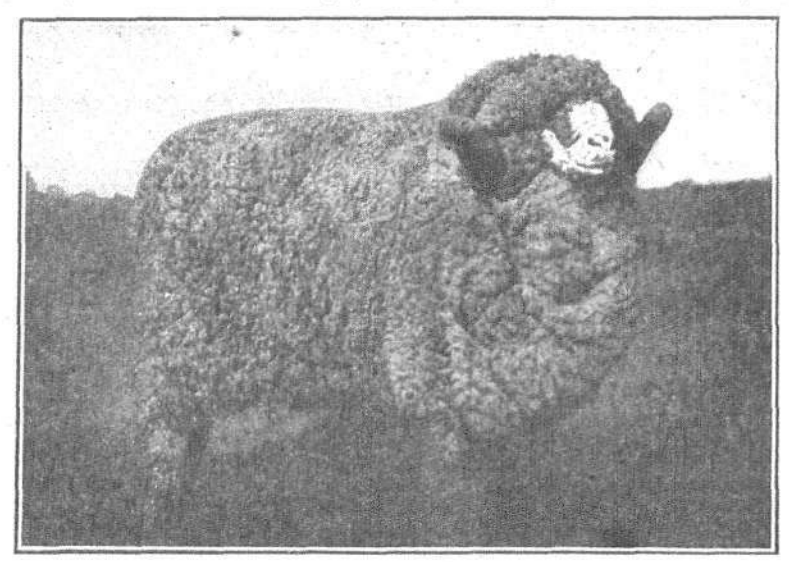


Criador y expositor señor Carlos A. Brown (izquierda), entregando el gran Campeón Shorthorn a su comprador señor doctor Alejo P. López Lecube, administrador general de la Sucesión de Ramón A. López Lecube

Cabaña "MAQUINCHAO"

Estación MAQUINCHAO, FF. CC. Patagónicos (Territorio Nacional del Rio Negro).

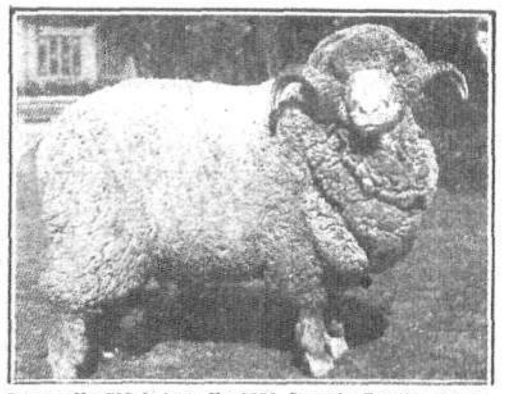
Criadores de MERINOS AUSTRALIANOS de pedigree y p. p. c.



"DON CARLOS", (F. B. A. 3). Rebaño B I, uno de los notables Padres de la Cabaña, importado de Australia en 1918. Es hijo del celebrado padre "Sir Charles", que fué vendido cuando tenía 6 años en 1000 guineas; y "Sir Charles" era abuelo de "Prince Charlie", vendido al señor Maurice Collins en 3000 guineas, y bisabuelo de "Bonnie Charlie", vendidido en 3600 guineas.



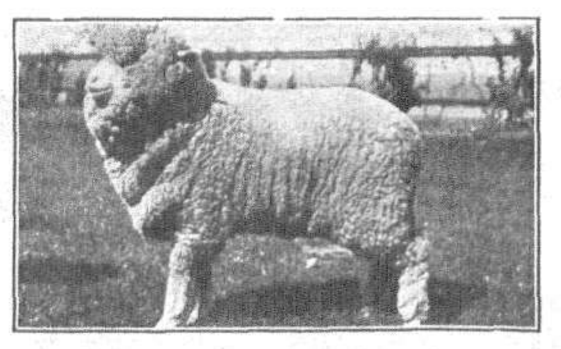
Carnero N.° 784 de brete N.° 1955. Primer Premio y Campeón en Palermo, 1923.



Carnero N.° 733 de brete N.° 1954. Segundo Premio y Reservado de Campeón en Palermo, Septiembre de 1923.

En la Exposición de Palermo de Septiembre (actual) de 1923, carneros y ovejas criados en "Maquinchao" han ganado Tres Campeones, Tres Reservados de Campeón, Tres Primeros Premios y Tres Segundos Premios.

Los Merinos Australianos de "Maquinchao" concurrirán a la próxima Exposición Nacional de Reproductores a celebrarse en Bahía Blanca el 7 DE OCTUBRE y días siguientes.



Oveja N.° 866 de brete N.° 2167. Primer Premio y Campeona en la Exposición de Palermo de 1923.

En el Concurso de Vellones 1921-1922, organizado por el Museo Agrícola de la Sociedad Rural Argentina, los vellones enviados de "Maquinchao" obtuvieron el Premio Copa de Plata de los señores Masurel Fils, por Lana Prima Merino, de mayor calidad, de gran desarrollo y homogeneidad. En la última esquila en "Maquinchao", las 1000 cabezas Merinos Australianos inscriptos en el Flock Book Argentino, dieron un promedio de 9.75 kilos de lana.

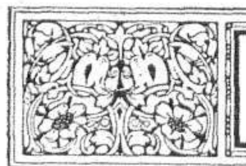
VENTA PERMANENTE DE REPRODUCTORES DE AMBOS SEXOS.

Estos ovinos son de la mejor sangre Australiana

POR MAS DATOS AL MAYORDOMO DE LA ESTANCIA "MAQUINCHAO" O A

The Rio Negro (Argentina) Land Company, Limited

CANGALLO, 315. BUENOS AIRES



LA VIUDITA DEL BARRIO DEL REY



No aseguro, damas y caballeros, que mi viudita sea precisamente la del barrio del rey; pero es la de mi barrio, o si queréis mejor, es la viudita de mi calle. Su casa y la mía se encuentran emplazadas en una vereda llena de árboles, y es a la sombra de esos árboles donde se reunen las niñas de por ahí y donde se ponen a cantar con sus vocecitas infantiles, que se rompen en el espacio como menudos trozos de vidrio, aquella canción tan pintoresca y tan simpática:

Yo soy la viudita del barrio del rey,
me quiero casar y no sé con quién.

Y mientras las niñas cantan, suele ocurrir que mi vecina se asome a su balcón. ¡Y es de ver entonces la sonrisa que anima su faz! Porque cuando la viudita sonríe, no se sabe bien si la sonrisa le nació en la boca fresca y delicada, o en las mejillas ardientes, o en los ojos vivaces, y uno concluye por pensar que es ese un milagro de Dios, aunque no faltan quienes afirmen que es un misterioso resplandor del infierno.

Yo conozco — naturalmente — la historia de la linda mujer. Siempre que se asoma a su balcón, en el momento en que las niñas vuelven de la escuela — que es antes del mediodía — y cantan bajo los árboles, aquella historia comienza a tomar posesión de mi espíritu; y tantas veces me la he relatado a mí propio que ha venido en deseos de escribirla para los demás. Por lo que hoy me he sentado en mi mesa de trabajo y le he dado término; y es esta misma que está solicitando vuestra atención y que, si no por los hombres, será comprendida por las mujeres; pues tienen ellas grande facilidad para extraer el sentido que se oculta en las historias de amor y de matrimonio.

I

La primera vez que fué conducida, vistiendo traje de novia, a los altares de Nuestra Señora y que el sacerdote le leyó la epístola de San Pablo, contaba apenas veinte años de edad.

Al salir de la iglesia, en compañía de su esposo, y en tanto que los chicuelos gritaban: «¡padrino!; ¡padrino!» y que los invitados se arremolinaban en el atrio, el pensamiento de nuestra criatura hallábase en otra parte, indiferente a los chicuelos, a los invitados y al esposo, indiferente a las luces del templo y a las notas del órgano, que todavía vagaban por el grave recinto.

Después, ya en la cámara nupcial, contempló a su marido. Era un viejecito muy semejante a los que se ven en los sainetes españoles. Tenía dinero, mucho dinero. Y tenía, además, una boca sin dientes y unas arrugas tan profundas que parecía que las tres membranas del cerebro se le habían instalado en el rostro.

Luego sucedió lo que fatalmente debía de suceder...

A la mañana de cierto día, aprovechando la ausencia del viejecito, que se encontraba en su oficina de negociante, penetró en la casa, por la puertecilla del huerto, un caballerete muy apasionado y muy buen mozo, el cual era primo de la desposada y había sido su novio y había estado a punto de casarse con ella; pero como eran pobres resolvieron que la niña se uniese con el anciano, cuya desaparición no tardaría en producirse, dejándola rica y en libertad de contraer matrimonio con el elegido de su alma.

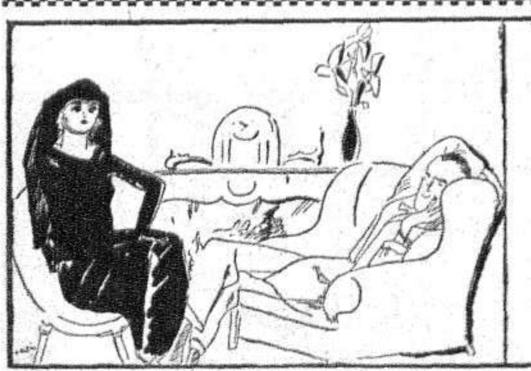
Desde entonces menudearon las visitas del caballero. No bien el provecto señor abandonaba la casa y se dirigía a sus ocupaciones, el feliz enamorado se instalaba en ella, alejándose poco antes de la hora en que el esposo acostumbraba regresar a su domicilio.

Un día entre los días, como se lee en «Las mil y una noches», el viejecito se sintió enfermo en su escritorio. Salió a la calle. El sol iluminaba la tierra. Y el anciano — la única cosa árida y triste en aquella explosión de luz — dirigió sus pasos hacia el hogar. Llegó. Abrió la puerta y se dejó caer en uno de los sillones del vestíbulo.

En esto le pareció escuchar un ruido de voces que llegaban de la pieza próxima. Se levantó con dificultad. Corrió los visillos. E inmediatamente agitó los brazos, puso los ojos en blanco... y su alma ascendió al reino del Señor, que es todo poderoso, que todo lo ve, que todo lo sabe y que todo lo juzga, y cuya existencia (dicho sea sin propósitos ofensivos) me parece dudosa.

II

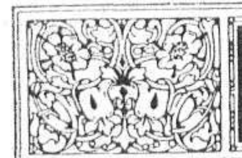
Un año más tarde la viudita contraía segundas nupcias en provecho de su joven pariente. Vivieron a lo gran señor. La fortuna



— No me ha dejado sino cincuenta mil pesos... ¡Si ese animal no hubiera farreado tanto, tendría yo el doble, por lo menos!
— Sí, pero tu marido viviría aún...



ENTRE CAZADORES
— ¡Es una especie muy rara!
El perro. — Tanto aparato y hacerme correr tanto para eso...



NICOLAS CORONADO



que había dejado el viejecito era fabulosa.

La casa se llenó de amigas y de amigos. Como el caballero aspiraba a medrar en política, recibía en ella a ministros y diputados. Y como la señora quería actuar en sociedad, daba bailes y ofrecía banquetes.

Durante las fiestas, mientras en el escritorio él conversaba con los políticos sobre los asuntos de la República, ella reinaba en los salones, siempre seductora, siempre deliciosa, con esa sonrisa que era un milagro de Dios o un misterioso resplandor del infierno. La rodeaba una corte de gomosos. Un poeta le dedicaba madrigales y sonetos. El novelista de moda le comunicaba en todas las oportunidades posibles que estaba escribiendo una novela, cuyos capítulos giraban en torno a una mujer que tenía su misma figura resplandeciente y su mismo espíritu superior.

Pero entre sus admiradores ella distinguía a un capitán de ojos azules y de rubio bigote.

Y he aquí que el capitán, como es de suponer, terminó por adueñarse de su cariño.

De madrugada, nuestra señora montaba en su zaino y se encaminaba al bosque de Palermo. Y, casualmente, el señor capitán, caballero en su «brioso corcel», aparecía asimismo por el bosque; y era justo que se encontrasen y hasta que abandonaran las cabalgaduras para descansar sobre el césped, al amparo de los árboles rumorosos.

Y sucedió que el marido de la traidora recibió un anónimo:

Acuda usted de madrugada al bosque de X y sorprenderá "algo" que interesa a su honor.—Un amigo.

El apasionado esposo aceptó el consejo. Se internó en el bosquecillo, también a caballo. Y se encontró en un pintoresco rincón con dos caballos sin sus jinetes respectivos. Se bajó del suyo. Avanzó un metro...

Miró y vió...

Como era un romántico, a la tarde de ese día lo hallaron tendido en un sofá de su escritorio. Por la frente le corría una hebra de sangre.

III

La viudita le dió su blanca mano al señor capitán.

— No os caséis — le decían al capitán sus compañeros.

Mas el capitán no vaciló y afrontó sus destinos. Y unos meses después de afrontar su destino, tropezó por ahí con el poeta aquel de los madrigales y de los sonetos, y cometió la imprudencia de invitarlo a su casa. Y el poeta aquel se encargó de la obra...

En tal ocasión no hubo tragedia. Los legisladores uruguayos habían sancionado ya la ley de divorcio, y el capitán se acogió a sus beneficios.

IV

Ahora la viudita — abandonada por el poeta, que era casado y que hasta tenía hijos — vive cerca de mi domicilio. He sabido que quiere casarse y que está dispuesta a ser la más fiel de las mujeres. Tiene treinta años; dice que le ha llegado la hora de la moderación y del reposo.

En realidad — salvo al viejecito — ella no ha traicionado a nadie por el placer de la traición. Buscaba «su ideal» y cada vez que creía haberlo encontrado no tardaba en convencerse de que se había equivocado. Como los hombres de ciencia, abandonaba una hipótesis para defender otra.

En la actualidad la solicitan varios pretendientes. Ella vacila. Y cuando las niñas de la escuela vienen a cantar bajo su ventana:

Yo soy la viudita del barrio del rey,
me quiero casar y no sé con quién,

sonríe y piensa en sí misma.

Se casará, sin duda; es indiscutible que habrá de casarse. Lo que sí no puedo afirmar es que, una vez casada, cumpla con sus propósitos de enmienda. Y aun suponiendo que al futuro esposo no se le atraviesen ni capitanes ni poetas, es seguro que por la imaginación de la viudita seguirán pasando poetas y capitanes.

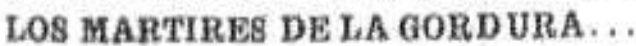
Hasta el presente ella ha puesto en actividad lo que las mujeres claras y virtuosas suelen poner en pensamiento.

Porque en las mujeres claras y virtuosas vive también la inquietud y la incertidumbre del ideal.

Y hela ahí escuchando desde su balcón la más linda de las canciones infantiles:

Yo soy la viudita del barrio del rey,
me quiero casar y no sé con quién.



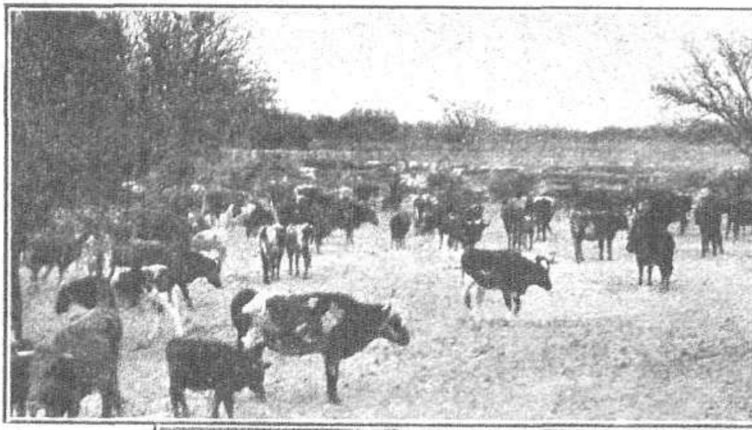


LOS MARTIRES DE LA GORDURA...



— ¿Cuánto hace que ella maneja el auto?
— Diez años ahora en agosto...

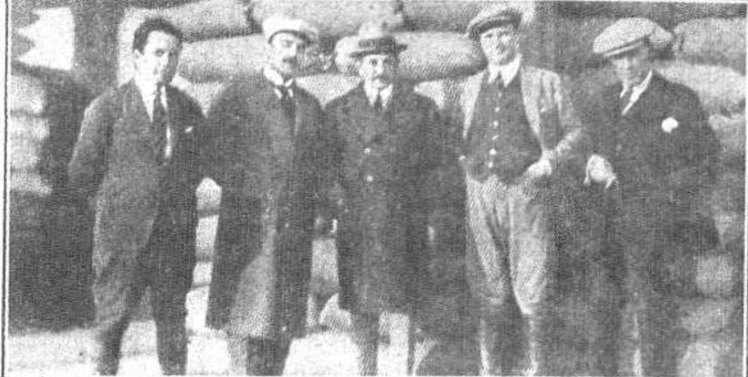
De Santiago del Estero



Una parte del ganado que puebla la estancia "Mangrullo", del ingeniero Capdevila y que constituye uno de los mejores establecimientos de esta provincia.

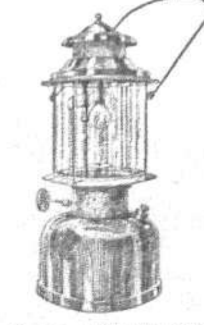


El ingeniero Capdevila demostrando con el avestruz cazado que la Dirección de Ferrocarriles no está reñida con la caza.



El director general de Ferrocarriles, ingeniero Capdevila, el jefe de Fomento Rural, señor Hugo Miatello (h.), el contralor general de Tráfico, señor F. Romero y los señores Meyatt y Luis L. Rivarola durante una visita a los graneros de la estancia.






THE PRINCESS
ELECTRIC FLAT IRON
Princess
ELECTRIC IRON
GARANTIDA POR 5 AÑOS
Señora:
¿Ha tenido Vd. ocasión de quejarse por el mal planchado de alguna prenda fina de vestir, probablemente arruinada?
Una plancha eléctrica en su casa le resuelve este problema y le evitará cualquier disgusto.
Naturalmente Vd. querrá lo mejor; con la "Princess" lo obtiene.
Hay para planchado liso y para lustre.
SI SU ELECTRICISTA NO TIENE, ESCRIBANOS DIRECTAMENTE.
IMPORTADORES:
ARTHUR S. HAWTREY & Cía.
MAIPU, 87
BUENOS AIRES
INSISTA EN "PRINCESS"
NO ACEPTE OTRA



El R. Obispo de Cuyo, monseñor Orzali, rodeado por las autoridades locales, presidiendo el banquete que anualmente se sirve a los presos en el cuartel de policía central.

El gobernador de la provincia y destacados miembros del gobierno que concurrieron al banquete ofrecido por el R. P. monseñor Ponce en honor del Obispo de Cuyo.


A la Casa America
Mistinguett Buenos Aires 12 Juillet 23
LOS DISCOS
"SIN PUA"
Pathé Y LA CONCERTOLA
forman un conjunto de arte y perfección insuperable. Venga a oír las últimas novedades recién llegadas de PARIS, o pídanos catálogo de las mismas.
Tres notables creaciones por la reina de las "Estrellas" Parisienses Mlle. MISTINGUETT
Discos Dobles de 29 ctms., $ 4.50 cada uno
4052 (J'en ai marre... Fox Trot. (M. Ivain).
(Toute petite. Chansonnette.
4480 (Mon homme. Chanson Realiste. (M. Ivain).
(Kalamazou. Chansonnette.
4109 (Pardon, Mam'zelle. Dúo japonés. Mlle. Mistinguett y M. Saint-Granier.
(C'est jeune et ca n'sait pas. Fox Trot cantado por M. Saint-Granier.
UNA SELECTA COLECCION DE DISCOS BAILABLES
Discos Dobles de 29 ctms., $ 4.50 cada uno
6513 (Swanee. One Step.
(Harem. Fox Trot.
6523 (La mariposa. Tango.
(Till we meet again. Vals.
6537 (Sur un air de shimmy. Shim.
(Gosse d'amour. Java.
6550 (Now and then. Fox Trot.
(The Sheik (El Cacique). Shimmy.
6557 (Ta bouche (Machinalement). Fox Trot.
(Ta bouche. (Ca, c'est une chose). Shimmy.
6602 (En douce. Shimmy-Foxtrot.
(I'll buid a Stairway to Paradise. Fox Trot.
6603 (La Java. Danza nueva.
(Hot Lips. Fox Trot.
MAURICE CHEVALIER
El más popular de los canzonetistas franceses
Discos Dobles de 29 ctms., $ 4.50 cada uno
4051 (Quand il y a une femme dans un coin. Chansonette dúo. M. M. Chavalier y Mlle. Myro.
(Je ne peux pas vivre sans amour. Chansonnette. M. Chevalier.
4495 (Avec la sourire. Chansonnette. M. Chevalier.
(Mes demoiselles. Chansonnette. M. Chevalier.
TOCANDO CON PUA
TOCANDO SIN PUA
Concertola
Gran catálogo N.º 29, de Pathéfonos, Concertolas, Victrolas, y número 22, de Discos Pathé "sin púa" y de todas las demás mejores marcas del mundo, remitimos en viándonos $ 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Av. de Mayo, 979
BUENOS AIRES

La historia pintoresca

Una cocina y un político

Lloyd George, a quien llaman el gran político del siglo y el hombre de mayor autoridad, viaja por el mundo como cualquier aristócrata abúlico a la pesca de emociones

De lo que no se olvida Lloyd George es de escribir, de manejar su verbo sarcástico y de dar a sus expresiones escritas un tono de epitafio, de sentencia. En ese tono nos repite hasta el cansancio que Europa, desangrada y exhausta, sacará fuerzas de flaquezas para arrojarse en el torbellino de otra guerra, quizá la definitiva, que requiere la total liquidación del viejo mundo... La palabra de Lloyd George es digna de meditación. Jamás habló en vano. Tiene este hombre singular la rara facultad de exteriorizar con sobria elocuencia las aspiraciones y los anhelos colectivos. A este respecto posee la fuerza centrípeta del genio.

Abundantes ejemplos afirman que es patrimonio de espíritus superiores reconcentrar en sí todo el afán ideal de renovación, de mejoramiento, que puebla el fondo de la conciencia general, y depurarlo después en esta unidad disciplinada, taller de reflexión y de examen, dándoles direcciones eficaces, capacidades de éxito, alcances lógicos, quitando de él la parte de inquietud, de apasionamiento, de ficción, que exudan, por irreflagable fatalidad, las humanas aspiraciones...

En un momento dado cristalízase en cualquier hombre representativo la aspiración y el esfuerzo común; con más claridad; una conciencia absorbe el palpitar de mil conciencias inarmónicas pero trabajadas en el mismo crisol, y de ahí, de esa unidad formada por los anhelos diseminados, abrasados en latente virtualidad, se forma la potencia individual que ha de recorrer el camino ascendiendo a la luminosidad reverberante del hecho efectuado... «Nuestra gloria — podríamos decir con san Pablo — es el testimonio de nuestra conciencia».

Eso fueron en literatura Cervantes, Dante, Voltaire; en historia, Guiciardini, Maquiavelo, Cromwell y Pitt... Ahora detengamos nuestra curiosidad ante un hombre: Lloyd George.

Para ningún espíritu curioso son desconocidos los antecedentes de la vida de Lloyd George. Tampoco se desconoce el alto valor de recordar con insistencia las oscilaciones de un destino que a la larga y merced a una «auto-asimilación» logra infundir tonos característicos a las personalidades ávidas de perfección. Necesitamos también de la Imitación de los Sujetos...

Inquiriendo en las individualidades superiores, una vez, diez veces, nosotros sentimos como se llena el alma con el aroma de los santos ejemplos. Sigamos, pues, las rutas hendidas sobre el terreno yerto a golpes de azada; que no es la novedad, es la singularidad el disco luminoso que enigmáticamente nos empuja a la reflexión y al examen... ¡feliz dualismo — a pesar de todo — informador del siglo en que vivimos!

Trasladémonos a Gales, a mediados del siglo XIX, la tierra ruda e histórica oprimida por los terratenientes y por la Iglesia.

En una de sus aldeas nació Lloyd George, hijo de un maestro de escuela que murió cuando el niño tenía tres años. El tutor que le tocó en suerte era zapatero, revolucionario que se olvidaba de la suela y de los tacos para pronunciar en las esquinas y en las plazas furibundos discursos religiosos... Pero hay vidas que surgen determinadas a ciertas adquisiciones milagrosas.

Más tarde, un nacionalista ardiente, enamorado de los ojos grises de aquel muchacho que corría los caminos descalzo, libre, harapiento, como un buen perro de campo, le tomó bajo su protección. «Este chico — solía decir a sus amigos — irá donde yo quiera».



— Comienza a picar "eso", ¿sabes?
— ¿Los peces?
— No. El sol.

ENTRE NUEVOS RICOS
— ¡Ella tiene un collar enorme!
— ¡Ya lo creo! ¡Y lo que valdría si fuese de nácar siquiera!

Por HECTOR OLIVERA LAVIE

En el hogar de este hombre generoso bebió Lloyd George el néctar de una libertad y de una emancipación soñada... Advirtamos que David Lloyd George crecía, iba haciéndose hombre, en medio de un renacimiento del arte, de la literatura, del pensamiento y de la religión galenses. Ningún momento más influyente para encender los deseos y anhelos de un despertar juvenil.

Gales tendía sus brazos suplicantes hacia una libertad, hacia una tierra libre, hacia una religión libre... En ese momento histórico se forjaban los paladines y los luchadores; en ese instante el país de Gales comenzaba a tener voz... Cuando Lloyd George terminó sus primeros estudios, sin vacilación, llevado de un amor de lucha más grande que todos los obstáculos y todas las miserias, cursó Derecho y se graduó de abogado.

En seguida lanza su candidatura a representante de Gales en la Cámara de los Comunes. Y entonces se abre el gran ciclo de luchas, de formidables arremetidas, de pujantes anhelos. Los «tories» retroceden ante el lobo que viene al asalto, esgrimen las armas y se extienden en línea de batalla; son más fuertes, más numerosos y organizados.

— ¿Qué podemos temer — dicen — de un hombre que se ha criado descalzo?

Y el dardo es devuelto por el aludido:

— ¡Ah, señores míos, es que ha llegado la época de los hombres descalzos!

Pero la guerra le estaba ya declarada; los «tories» no se dan un instante de reposo y comienzan el asedio, el aluvión de obstáculos que habían de poner en el camino del joven galense... No se arredró ante ningún medio y todos fueron buenos, hasta el asesinato... Las tentativas fracasaron: «Ese hombre — dice un diario de la derecha — perderá a su región y se perderá él mismo, pero tiene un destino suyo».

Llega la elección y el «leader» de Gales entra en la Cámara de los Comunes.. Le abruman los negocios públicos y privados, le solicitan, le consultan... Una tonelada de cartas llega a su casa todos los días; Lloyd George no responde nunca...

— Las cartas — dice — se contestan solas a su tiempo; nada urge.

Un «torie» en plena Cámara, le increpa:

— Y en esos fondos administrados por Lloyd George — exclamó lanzándole a la cabeza la más brutal acusación — hay renglones obscuros, filtraciones de dinero cuyo destino se desconoce, negocios turbios...

Una expectativa angustiosa, secuela fatal de las revelaciones terminantes, se hace alrededor del orador y del aludido...

Lloyd George se echa a reir a carcajadas, sanamente...

¡Con qué estupor la Cámara recibe esta inesperada respuesta del invulnerable galense!

— No me río — acaba por responder — de lo que dice mi colega... no; es una acusación formal y hasta grave... Yo me río de lo que me decía mi mujer esta mañana...

Y Lloyd George tornó a su carcajada estridente, desesperante... Luego, calmado aquel mar de hilaridad, continuó:

— Hace ya un mes que se ha roto la cocina de mi casa; debo hacer una nueva campana, restaurar la chimenea, y no he tenido hasta ahora el dinero necesario. Siempre aplazo la obra para un día... para otro día, para el mes siguiente... Mi pobre mujer ha perdido ya la paciencia...

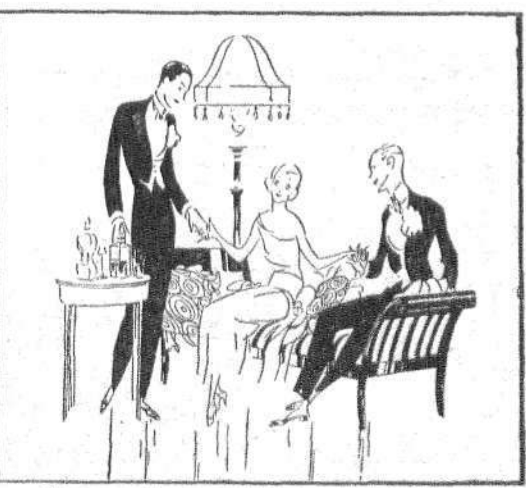
«¡Y para esto, me decía hoy, para esto eres un diputado, para esto eres un hombre conocido, para esto eres un político, y no tienes dinero con qué hacer una cocina!... ¡Más vale no ser nada!...» Y tiene razón — concluyó sentenciosamente Lloyd George — ¡tiene razón!

Después de esta réplica, como es lógico, la interpelación del «torie» no prosperó...



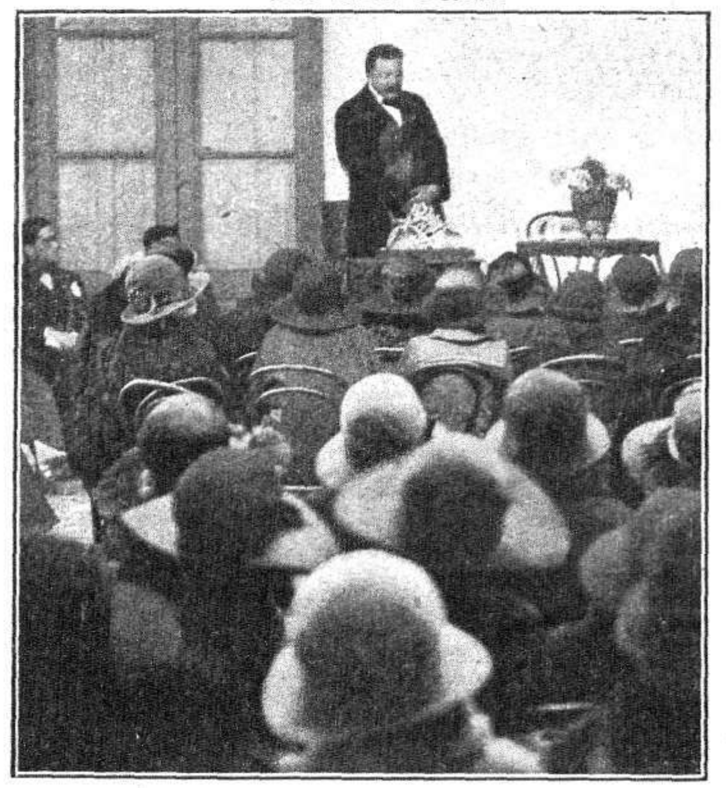


La nena a su hermana. — ¿Qué es dama de compañía, Julia?
— ¡Ya no se usa eso, querida!



— El amor y el dinero. ¡Quién pudiera elegir los dos a la vez!

De San Juan



El gobernador, doctor F. Cantoni, disertando, ante el personal docente y alumnos de la Escuela Sarmiento, sobre la manera de prevenir y curar la tuberculosis, enfermedad que el *conferencista ha tenido ocasión* de estudiar vastamente durante su ejercicio profesional.

MUJERES ARPÍAS

Aunque la Historia Sagrada habla muy poco de la mujer de Lot, ese poco demuestra que había de ser caprichosa y poco considerada con su marido. Al salir de Sodoma la familia del patriarca, ella dió la única nota discordante desobedeciendo a la recomendación hecha por los enviados de Dios, lo cual le valió el famoso castigo de ser convertida en estatua de sal.

En cambio, del mal carácter de la mujer de Job habla la Biblia claramente, haciéndonos presumir que, antes de las terribles pruebas a que fué sometido, el rico husita ya había demostrado su paciencia en la vida matrimonial. Cuando herido por la lepra se rascaba Job con una teja sentado sobre un montón de cenizas, complacíase su mujer en mortificarle.

«¿Aun persistes en tu simpleza? Anda, bendice a Dios y muérete». Es lástima que el nombre de esta caritativa esposa no haya pasado a la posteridad, porque figuraría muy dignamente al lado de Jantipa, la mujer de Sócrates.

De muy mal genio también, para desgracia de su marido, fueron las mujeres de Rousseau y de Wesley. De esta última dice un biógrafo que por su insultante egoísmo y su abominable genio podía formar una trinidad con Jantipa y la mujer de Job. En cuanto a Teresa Levasseur, la costurera casada con Rousseau, era una mujer vulgar y amiga de hablar fuerte. Por lo que se ve, los filósofos no han sido muy afortunados en este terreno.



Insista en que use –

COBRA

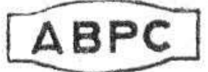
la pomada que da un lustre incomparable al calzado y mantiene su brillo durante el mayor tiempo.

"COBRA" es la mejor pomada inglesa para lustrar; conserva y ablanda el cuero, siendo la más fácil y más económica de usar.

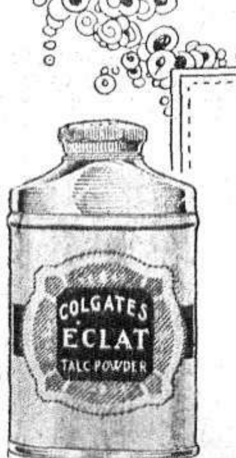
Para limpiar zapatos blancos, para lustrar muebles, pisos, automóviles y artículos de metal, use por ser las mejores, las pomadas que llevan la marca "COBRA".

BLYTH & PLATT Ltd., Watford, Nr. Londres.

Unicos Concesionarios:



ATORRASAGASTI, BARGUES, PIAZZA y Cía.
CANGALLO, 1363
PARIS — BUENOS AIRES — NUEVA YORK





COLGATE

Limpia, blanquea y da hermosura a los dientes sin afectar su esmalte. **COLGATE** es recomendado por más dentistas que cualquier otro dentífrico.

Talco de COLGATE

(En varios perfumes)

Insuperable para usar después del baño y de afeitarse. Deja el cutis suave y fragante.

GRATIS

Envíe el adjunto cupón y $ 0.05 en estampillas y le remitiremos una muestra del Dentífrico o del Talco, a elección.

UNICOS REPRESENTANTES:

WEYAND y Cía.

Alsina, 1088 Buenos Aires

Sres. WEYAND y Cía.
Alsina, 1088 - Buenos Aires
Sírvanse remitirme una muestra
de ....
NOMBRE ....
....
DIRECCIÓN ....
....
LOCALIDAD ....
....




VICTORICA (Pampa). — Núcleo de distinguidas damas y señoritas de la sociedad victorinense que asistieron al baile realizado en el salón de recepciones de la Municipalidad, bajo el patrocinio de la Sociedad de Beneficencia, y que constituyó una destacada nota social.

LA PASTA DE PAPEL Y LOS BOSQUES FRANCESES

La revista «Le Papier» indica en su número de junio último que el consumo de madera por las fábricas de pasta de papel se eleva anualmente a tres millones 150.000 estéreos, esto es, un poco más de dos millones de metros cúbicos de madera bruta. Ahora bien: la superficie total de los bosques franceses es de un poco más que 10 millones de hectáreas, cuyo rendimiento medio es de tres metros cúbicos por hectárea y por año.

Teniendo en cuenta las esencias de madera que no pueden emplearse para la fabricación de pasta de papel y de otros diversos usos que pueden servir a esta fabricación, el autor de la nota llega a la conclusión de que la producción de los bosques franceses es ampliamente suficiente para dar abasto a las fábricas de pasta de papel.

PECES DOMESTICADOS

Familiarizarse con un pez como con un perro o con un gato parece una cosa absurda, y sin embargo es posible. Por lo menos el doctor Fastenrath, de Zurich, ha logrado domesticar peces en el lago de Lugano hasta el punto de venir a comer en su mano y dejarse coger y acariciar.

El doctor empezó el experimento metiéndose todos los días hasta el cuello en las aguas del lago con un trozo de pan en cada mano, y al cabo de dos meses empezaron los peces a tomarlo y acabaron por conocerlo.

Poniendo dentro del agua una pantalla blanca como fondo, y empleando una cámara especial, el doctor Fastenrath ha hecho curiosas fotografías de sus escamosos amigos, que, a pesar de su escama habitual, parecen susceptibles de perderla.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

TRANSMISOR RADIOTELEFONICO

(Continuación)

Cuando el encendido se haga 32 volts y se utilicen dos lámparas, se conectarán en serie los filamentos, y una resistencia que produzca una caída de tensión de 16 volts, considerando que son necesarios 8 volts para cada filamento. Cuando se empleen cuatro lámparas, se podrán utilizar éstas en serie, sin necesidad de conectar una resistencia reguladora, pues la tensión para esas cuatro lámparas es de 32 volts, pero esto podrá hacerse únicamente cuando la estación transmisora no esté a más de 5 ó 6 metros de los acumuladores, pues a esa tensión la resistencia de los conductores produce una caída de tensión considerable y la incandescencia del filamento será menor.

Sin embargo, si no hay inconveniente en hacer funcionar el motor y el dínamo al mismo tiempo, será posible el empleo de este sistema, pero será menester aumentar un tanto la resistencia, pues, generalmente, con el dínamo en funcionamiento la tensión aumenta y las lámparas correrían el riesgo de quemarse.

Igualmente se puede hacer funcionar el dínamo para que no se descarguen los acumuladores en una proporción considerable. Para estos casos la resistencia reguladora para la incandescencia del filamento se hará envolviendo sobre una hoja de mica gruesa o un trozo de fibra, 4 metros de alambre de resistencia Nichrome número 22, haciendo derivaciones cada vuelta de manera de obtener un control preciso.

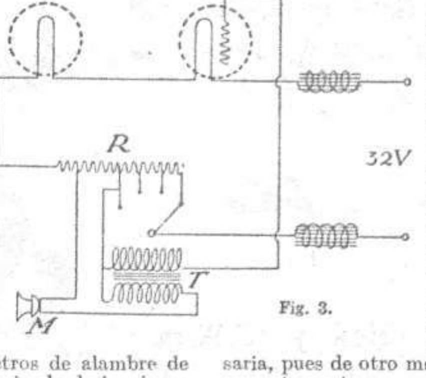


Fig. 3.

La figura número 3 indica la forma de disponer las conexiones para una estación que funcione con 32 volts. Sobre cada conductor se coloca una impedancia para evitar que sobre el circuito del filamento se produzcan variaciones de tensión debido a la conmutación del dínamo del electrógeno y del motor del convertidor utilizado para el circuito de placa. Estas variaciones de tensión producirían variaciones en la onda continua, semejantes a las del dínamo del circuito de placa, que incomodaría la recepción.

Los filamentos de las lámparas están conectados en serie, y también en serie se encuentra la resistencia R, que es la resistencia reguladora, cuyos datos de construcción se han dado más arriba.

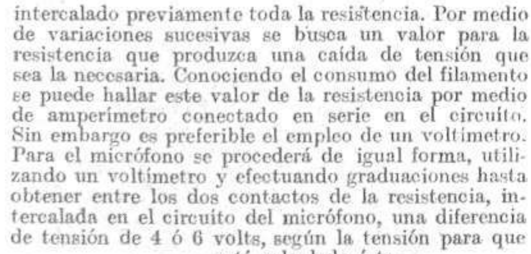
Conectando a una serie de topes las derivaciones que se hicieron a esta resistencia, por medio de una llave selectora, se pueden hacer las variaciones de resistencia necesarias para obtener el grado de incandescencia que requiere la lámpara para su correcto funcionamiento.

El micrófono M y el transformador de modulación T están conectados también a esa resistencia, en forma de utilizar la caída de tensión que se produce en una fracción de la misma para alimentación del circuito del micrófono.

Uno de los conductores se conecta por medio de una soldadura a una de las derivaciones, y en la otra se coloca una pinza por medio de la cual se aumenta o disminuye el valor de la resistencia haciéndola correr a lo largo del alambre.

Para graduar estas resistencia empléese un voltímetro de buena construcción, de manera que las indicaciones sean, si no exactas al menos muy aproximadas, pues pasado un cierto punto de la incandescencia del filamento, un pequeño aumento es capaz de reducir la vida de la lámpara a la mitad.

Se conectará el voltímetro sobre los dos contactos del portalámpara y se cerrará el circuito habiendo



intercalado previamente toda la resistencia. Por medio de variaciones sucesivas se busca un valor para la resistencia que produzca una caída de tensión que sea la necesaria. Conociendo el consumo del filamento se puede hallar este valor de la resistencia por medio de amperímetro conectado en serie en el circuito. Sin embargo es preferible el empleo de un voltímetro. Para el micrófono se procederá de igual forma, utilizando un voltímetro y efectuando graduaciones hasta obtener entre los dos contactos de la resistencia, intercalada en el circuito del micrófono, una diferencia de tensión de 4 ó 6 volts, según la tensión para que esté calculado éste.

Si se tiene un voltímetro que permita medir hasta tensiones de 40 volts, por ejemplo, se puede conectar sobre las dos extremidades de la serie de lámparas audión, en cuyo caso la diferencia de tensión debe ser igual a la de cada lámpara multiplicada por el número de lámparas. Si la tensión necesaria para cada lámpara es de 7,5 volts, para dos lámparas el voltímetro deberá indicar 15 volts y para 4 lámparas 30 volts.

Si se emplea un dínamo para la obtención de la tensión de placa, éste debe producir una corriente algo mayor que la necesaria, pues de otro modo la modulación no funcionará correctamente.

A la tensión de 350 volts, cada lámpara consume 45 miliamperes, de modo que son 16 watts por lámpara; luego para una estación que emplee dos lámparas, el dínamo no debe producir menos de 40 watts y empleándose 4 lámparas no menos de 80 watts.

A fin de evitar el zumbido característico de la conmutación se emplea un filtro cuyo funcionamiento ha sido explicado en un artículo anterior, y construído de la siguiente manera.

Como indica la figura número 4, este filtro está constituído por dos impedancias y una serie de condensadores fijos.

Las impedancias son bobinas de un gran número de espiras realizadas sobre un núcleo de hierro.

Constrúyanse cuatro discos de madera de 5 centímetros de diámetro con un agujero de 3/4 de pulgada en el centro y colóquense en las dos extremidades de dos tubos de fibra o cartón grueso y aislador de 2 ½ pulgadas de largo y de 3/4 de diámetro, haciendo entrar éste en los agujeros y disponiéndolo de manera que no se muevan, por medio de clavitos, encolándolos.

Con esto se tendrán dos carreteles dentro de los cuales se hará un bobinado de 1500 vueltas de alambre de 0,3 mm. de diámetro aislado con seda o algodón, soldando a cada extremidad conductores flexibles para realizar las conexiones.



Fig. 4.

Antes de hacer el bobinado y después de terminado, se darán varias vueltas de tela aceitada a fin de obtener una buena aislación. Cuando se ha hecho la bobina, se llena el tubo de alambres de hierro, cortados en pedazos de 30 centímetros, hasta que no entren más alambres, de manera que no se muevan, y se deja que sobresalga para cada lado una fracción igual que se rebate luego hacia todos los lados y después encima del bobinado, de manera que éste queda encerrado dentro de los alambres que forman un núcleo cerrado.

Por medio de un piolín fuerte se atan todos en el medio del bobinado y se cortan las puntas que sobresalen.


PRETENDER
imitar las altas características de nuestros genuinos y exquisitos vinos de mesa, es tarea imposible.
Cada tipo conserva invariablemente su sabor particular, el que a juicio de los entendidos no puede ser imitado con nada ni por nadie.
Su secreto estriba en la selección de las cepas y en su prolija elaboración.
RESERVA
PINOT BLANCO
VOLUMEN NETO 700 cm³
BODEGAS ARIZU
MENDOZA
Vinos Arizu
El Orgullo de la Producción Nacional
Soc. Anón. Viñedos y Bodegas "Arizu"
Avenida de Mayo, 1035 — Rivadavia, 1032
Buenos Aires
Sarmiento, 561-67 — Moreno, 931
Rosario



MACACHIN (Pampa). — Señoritas y jóvenes de esta localidad que últimamente representaron con mucho éxito el drama "Flor de durazno", siendo muy aplaudida su discreta actuación.



SANTA ROSA. — Curioso aspecto presentado por esta ciudad después de la gran nevada caida últimamente.



Calle principal, en la que la nieve causó mayores destrozos volteando los postes del telégrafo y de la luz.

Engañifas Matrimoniales

por

W. W. JACOBS

Ven a tomar un jarro de cerveza conmigo, anda — dijo Augustus Teack. — Tengo en mi cabeza algunas razones que me dicen algo bueno, Alifes.

Mr. Chase, el aludido, gruñó no sé qué y, luego de echar una mirada investigadora a su amigo, se dobló un poco a su lado, porque el otro era de estatura menos que mediana, y se dispuso a escucharle la confidencia.

— Cuenta — contestó, adoptando una actitud de curiosidad.

— Tú eres hombre listo; por eso quiero consultarte y que me ayudes, ¿sabes? Vamos a remojar el gaznate y allí me explicaré.

Ambos «compas» se dirigieron hacia una taberna llamada «Barco y Ancora».

Una vez instalados ante el jarro, Mr. Chase, el hombre grande, envolvió a su amigo en una mirada entre risueña y cordial.

— Llevo viviendo en mi hospedaje quince años — asentó el mayor.

— Ya lo sé, pero no hay que apurarse; todo llega — replicóle el pequeño. — Nuestro huésped, Míster Dunn, se va esta semana, y por fin te tendremos de compañero. Ya le he hablado a mi «costilla» de ti y le parece muy bien que vengas a vivir con nosotros. Ella sabe que nuestra amistad data desde veinte años y quiere gente de confianza en la casa. Tiene sus razones para ello.

Y guiñó un ojo con malicia.

— ¡Oh! — se limitó a exclamar el otro, esperando el significado del guiño.

— Es rica — confesó Mr. Teack con aire de misterio al oído de Mr. Chase.

— Me estás haciendo cosquillas — protestó éste sacudiendo la cabeza y frotándose vigorosamente el pabellón de la oreja.

— Dispensa. Pues, sí. Es una mujer rica. Durante veintinueve años que llevamos de casados ha ido ahorrando, ahorrando ¡mi dinero!, el dinero que yo he ganado con el sudor de mi frente. Le calculo sobre trescientas libras esterlinas.

— ¿Cuánto? — barbotó el hombretón abriendo los ojos y la boca.

— Más de trescientas libras te digo — hubo de repetir el petizo, — y si ella hubiera hecho la acumulación en un banco, a estas horas tendría... tendríamos cuatrocientas. En vez de eso, lo guarda en la casa.

— ¿En qué sitio? — saltó el convidado, sin disimular su interés.

Mr. Teack meneó la cabeza como si trazara un tres con ella.

— Eso es lo que se necesita averiguar. Ella no sabe que yo sé y es muy importante que no malicie nada.

— ¿Cómo lo supiste? — le interrogó el amigo.

— Mi yerno Bert Adams me lo dijo en confianza. La noticia parte de su esposa, que se la contó en estricto secreto, ¿sabes?, y es una lástima que yo me vaya a la tumba sin dar con el escondite, ¿entiendes?

— Estando en la casa el dinero, no será tan difícil escamotearlo.

— Sí; hablaste bien; pero has de saber que mi vieja nunca sale de casa si no la acompaño yo, excepto cuando está segura de que estoy trabajando; y si sospechara que yo ando con ganas de tropezarme con su escondida bolsa, entonces pondría los ahorros en un banco, y adiós esperanzas, ¿comprendes?

— ¿Tienes alguna idea, algún plan?

— Ni el más remoto. La noticia me sorprendió tanto que no me dió tiempo a discurrir. ¿Cómo iba yo a figurarme que me estaba «robando», si todos los días me pide más y más chelines para las necesidades de la casa?

Mr. Chase, en actitud reflexiva, demostraba la gravedad con que estaba considerando el peliagudo problema.

— Tú eres el único hombre en quien puedo confiar — continuó explicando Mr. Teack, — y se me ocurre que, siendo nuestro huésped, te será fácil dar con el escondite.

— ¿Quieres decir que yo robe la bolsa? — exclamó su compañero. — ¿Y si me sorprendieran, eh? Buen negocio, ¿no?

— No, hombre. ¿Para qué son las conversaciones entre gente que se entiende? Buscaremos la fórmula sin que te comprometas. Fácil, tú verás.

— ¿Y por qué no lo haces tú?

— Muy sencillo: porque todas las oportunidades estarán del lado tuyo. Por ejemplo: estando los dos de acuerdo, salgo yo con ella cuando tú estás muy ocupado fuera de casa. Apenas salimos nosotros entras tú con tu llave y comienzas la requisa; luego me entregas la bolsa y yo te gratifico con veinte relucientes soberanos de oro.

Para remachar bien sus argumentos persuasivos y tentadores, Mr. Teack pidió más cerveza. Había que remojar el negocio; y transcurrida una hora, los dos «socios» salían de la taberna mordiendo sendas tagarninas.

La empresa ofrecía ciertas dificultades; la casa era pequeña, pero abundaba en rinconeras y rendijas. Después de cinco noches de solapadas investigaciones, Mr. Chase dedujo, con olfato detectivesco, que el «desenterramiento» tendría efecto en el jardín, lugar donde sus cálculos geométricos localizaron el escondrijo de las libras.

Conferenciaron una vez más y acordaron «cultivar» el jardín..., doce metros cuadrados de tierra tan estéril como una mula y cuyas capas arenosas hacía veinte años que no eran removidas.

La doméstica intención fué aprobada con gran placer por la señora Teack, lo que constituyó un mal síntoma para las esperanzas de ellos.

Un mes regaron la tierra con el sudor de su frente, plantando arbolillos y semillas con un entusiasmo digno de mejor suerte, y... nada. La arena aquella seguía tan «playa» como el primer día.

— No vas a conseguir ni el valor de una zanahoria, Boby — le dijo su mujer a Mr. Teack ante el doble fracaso de éste.—Es como si sembraras en el Támesis.

— No importa; lo principal es que desde la ventana tengamos buena vista, y eso ya está conseguido. Esos cuadritos verdes, aunque no produzcan, se ven bonitos, ¿no?

Era una disculpa razonable y la cosa quedó en este punto, después de haber enterrado el azadón, *centímetro por centímetro, en toda la superficie del jardín.*

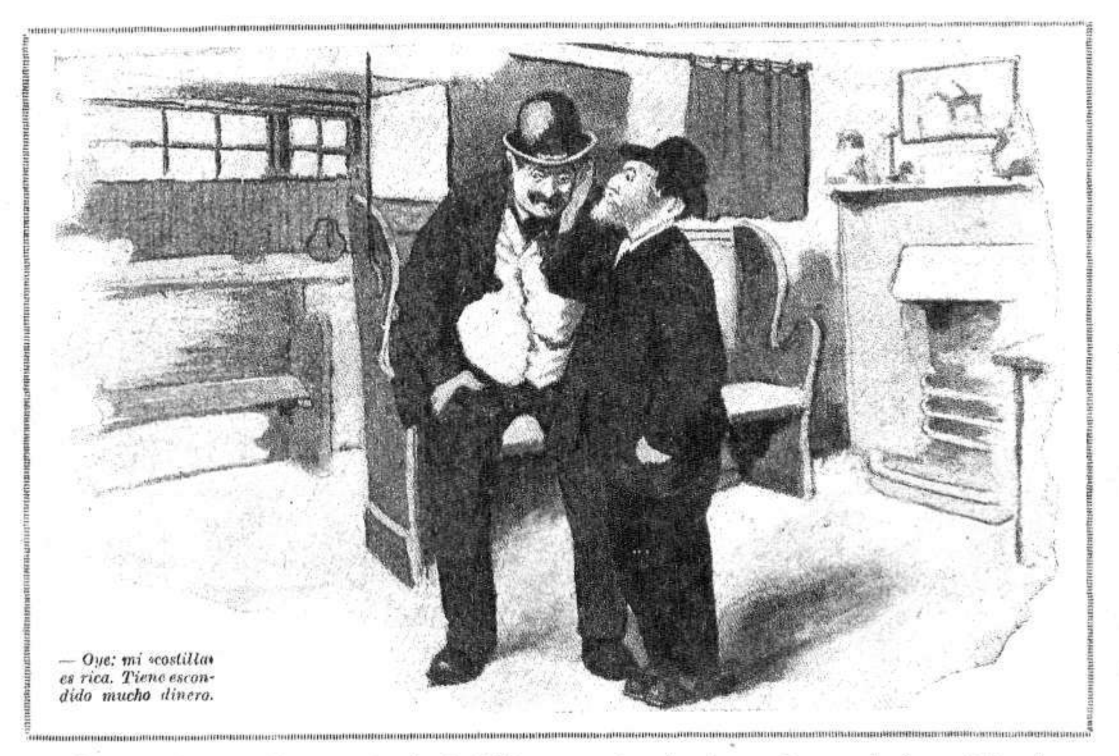
Nuevo conciliábulo entre los «socios».

— ¡Ah! Mi vieja nos está moliendo los huesos. Nos está engañando como a chinos.

Mr. Chase habló:

— Déjala en paz ahora, y al grano. Escucha: hagámosle saber que yo faltaré de casa toda la tarde del sábado; tú sácala a paseo y... veremos. ¿Es aficionada a los animales?

— Creo que sí. ¿Por qué?


— *Oye: mi «costilla» es rica. Tiene escondido mucho dinero.*

— Llévala al Zoo — dijo como inspirado Mister Chase. — Cómprate cinco centavos de nueces para los monos y algunos trozos de pan viejo para las bestias grandes y paséala a lomos del elefante y del camello. ¿Eh?

— ¿Qué más he de hacer? — murmuró el otro, de mal humor ante la perspectiva de tantas horas festejando a su mujer.—¿No se te ocurre algo más para que yo gaste mis chelines?

— Tú haz al pie de la letra lo que yo te mande — ordenó. — Tengo una idea...

— Venga...

— Ya te explicaré. Si logras entretenerla tres o cuatro horas y yo acierto a meter mis dedos en el escondrijo de las trescientas libras, la excursión te saldrá baratísima.

Este argumento y algunas otras frases cambiadas, pareció convencer de plano a Mr. Teack, que no arguyó palabra.

A la noche, durante la cena, el marido hizo la invitación en toda regla.

Su mujer parpadeó sorprendida, miró a los dos y exclamó:

— No puedo aceptar. No tengo nada que hacer en el Zoo.

— ¡Rábanos! — barbotó su hombre, que no esperaba tal negativa.

— Bueno; la razón es que yo iría con mucho gusto — explicó con voz suave la vieja; — pero me falta un sombrero.

Mr. Chase echó una ojeada al marido como animándole a que no se detuviera en tal detalle.

— De todos modos se agradece, Boby. Claro que, después de tantos años que no voy, una visita al Zoo me sería muy agradable — remachó la señora con almibarado semblante. — Me quedaré en casa por esta vez.

— ¿Cuánto... cuánto puede costar uno de *ésos?* — refunfuñó el marido clavándole los ojos al compañero, «sugestionado» como si le pusiera un par de puyas.

— Hay de todos los precios — respondió su «costilla».

— Sí, ya lo supongo — dijo entre dientes Mister Teack: — muchos precios, pero las mujeres únicamente miran los sombreros sin importarles el precio... cuando ellas no pagan.

Sonrió la dama y otra vez dijo que se quedaría en casita, en espera de mejores tiempos.

Mr. Chase, perforando con los ojos a su compañero, demostraba sus pensamientos asaz elocuentemente.

Transcurrió una semana, durante la cual, por más rebuscas que efectuó el huésped, nada pudo atrapar del dinero escondido.

Un día, sin embargo, sonrió de un modo significativo a Mr. Teack.

— ¿Qué hay? — suspiró éste, pendiente de la revelación.

— Nada; déjame a mí. Ella ya tiene sombrero nuevo, ¿eh? Nueve chelines te costó. Sácala el sábado que viene, y yo, entretanto, operaré. Espero que cuando regreses te estrecharé la mano con algo entre los dedos.

— Cuéntame el plan — imploró el marido.

— Ni una palabra ahora. Quiero sorprenderte. Si me importunas, te reclamaré veinticinco libras de comisión en vez de veinte.

La contestación era de cinco libras justas y no obtuvo réplica.

El sábado siguiente, por la tarde, la señora Teack, con un sombrero nuevo adornado con tres rosas, aparecía en la escalera seguida de su pequeño marido.

— Es el cuarto sombrero que estreno en mi vida, Boby — explicóle sonriendo.

Mr. Teack, con un semblante conejil, quiso hacerle un cumplimiento y le salió esta frase:

— No duran mucho los sombreros de señora... en otras cabezas.

Su ánimo, al respirar el aire de la calle, adquirió bríos. Era un día decisivo y... ¿cómo diablos se las arreglaría Mr. Chase? Bueno; dentro de algunas horas el costo del sombrero femenino se centuplicaría varias veces en su provecho.

Tomaron un ómnibus y se sentaron en su «terraza».

De súbito, la mujer extendió la mano y advirtió que comenzaban a caer gotas.

— ¡Ay! Empieza a llover.

— Imaginaciones tuyas — contestó el hombre,

que se estremecía ante la idea de regresar prematuramente al hogar en pleno «trabajo» del otro.

Pero era verdad. La lluvia vino a llevarle la contraria.

—¡Mi hermoso sombrero nuevo! — clamó ella levantándose. — Vámonos a los asientos de abajo.

—¡Inocente! — replicóle él: — no seas tonta. Dentro de dos minutos cesará el agua.

No. El cielo se complacía en contradecir aquella tarde a Mr. Teack, sin duda enterado de sus malignas intenciones.

Se metieron dentro del carruaje.

Mientras tanto la lluvia continuaba y ella, argumentando con esa solidez machacona de las mujeres más que maduras y repletas de sentido común, le convenció de que, tanto por el sombrero y demás prendas como por la salud, se hacía indispensable regresar a casa.

Y no hubo remedio. A casita.

Mr. Teack, entre sordos refunfuños y maldiciones a la lluvia inoportuna, iba pensando, para consolarse, que quizá Mr. Chase habría concluído para cuando ellos llegaran.

Con las cabezas gachas para evitar parte del remojo, ambos llegaron a la puerta del hogar.

Mientras ella echaba mano a su bolsa, en busca de la llave, él daba golpecitos a la puerta.

—¿Qué haces, loco?

—Nada, mujer. Estoy calado hasta los huesos — replicó el marido evasivamente, mientras braceaba y pateaba sacudiéndose la ropa.

Penetraron en la casa. Mr. Teack, con el alma en un hilo, pensaba en su compañero.

Al llegar a la pieza inmediata, escuchó con atención. Oyóse un ruido y luego otro, seco y fuerte.

Iba ya a subir por las escaleras, pero, de un salto, corrió hacia donde le pareció escuchar los golpes. Detrás de él llegaba su «costilla».

Un par de piernas asomaban por la chimenea; luego un busto y en seguida la faz agitada y sucia de Mr. Chase.

—¡Hola! ¿Qué estás haciendo, Alifes? — gritó Mr. Teack.

El aspecto del sorprendido era todo un problema.

—Tuve que regresar... la lluvia... y...

—Pero, ¿qué estaba haciendo usted dentro de tan poco cómodo sitio? — inquirió la mujer.

—Yo vine a su cuarto de ustedes... de paso para el mío... por algo con que enjugarme cuando...

—Sí, ¿y qué?

Mr. Chase miró de soslayo a Mr. Teack, mirada harto compleja, y continuó:

—Cuando oí piar con desesperación a un pobre pajarito en vuestra chimenea; y como adoro a los animalitos, me tomé la libertad de entrar aquí y salvarle la vida. Lo eché a volar por la ventana.

Respiró con alivio. Mr. Teack hizo lo mismo.

Mr. Chase, con la modestia del hombre bueno que acaba de realizar una noble acción, pidió nuevamente excusas y salió de la pieza.

—¡Este, éste es Alifes, éste es! — exclamó con entusiasmo Mr. Teack mirando a su mujer. — Es como un muchacho, todo corazón, capaz de tirarse desde el puente de Waterloo por salvar la vida de un lorito.

—Ha revuelto toda la pieza. Tendré que trabajar toda la tarde para limpiarla. La alfombra está imposible. Parece que hubiera luchado con media docena de tigres.

Y quitándose el sombrero y el saco, la vieja se dispuso a la limpieza.

Mr. Teack escapó de su presencia, ansioso de vérselas con su amigo.

—Bueno; estoy seguro de que el dinero está en la chimenea. Estaba yo registrando detrás de un ladrillo movedizo, dentro del hueco, cuando llegaron ustedes; pero estoy satisfecho. Sácala a paseo otra vez, y... Así habló Mr. Chase cuando lo encaró Mr. Teack.

—¿Y estás dispuesto a llenarte de hollín otra vez? ¡Oh! La maldita lluvia ¿sabes?

—Fué un susto de cinco libras lo menos — murmuró Mr. Chase, amoscado.

—¡Por qué llamas, loco! ¡No ves que tengo yo la llave!

Otros quince días pasaron sin que el terco del huésped perdonara ocasión de registrar toda la casa. Los mejores agentes de la Scotland Yard le hubieran envidiado su paciencia. Una tarde, al regresar después de su trabajo a su casa, Mr. Teack oyó una fuerte exclamación en la pieza de arriba.

Con voz alterada gritó llamando a su esposa.

Una nueva nota, mitad gruñido, mitad sollozo, fué toda la respuesta que obtuvo.

Subió en un vuelo las escaleras y se tropezó con su mujer doblada sobre la alfombra del piso y gimoteando con desesperación.

—¿Qué pasa, mujer? — inquirió el hombrecito tendiéndole los brazos para auparla.

Con un acento que daba lástima por lo plañidero, ella barbotó esta frase:

—¡Mi dinero! ¡Mi dinero ha desaparecido!

—¿Dinero? ¿Qué dinero estás diciendo? — replicó él, en tanto que un interno regocijo le sacudía.

—¡Todos... todos mis ahorros! — gritó ella.

—¿Ahorros? Pero ¿qué ahorros eran esos?

—Los que yo he ido guardando para nuestra vejez centavo a centavo... durante treinta años. ¡Ay! ¡Trescientas veintidós libras de mi alma! ¡Todo, todo perdido! ¡Ay!

Mr. Teack, en un relámpago de generosidad que le cruzó por el cacumen, se hizo el propósito de regalarle el «pico» de las dos libras al listísimo Mr. Chase además de las veinte prometidas.

—¡Tú estás soñando, mujer! ¡Trescientas veintidós libras! ¡No puede ser!

—¡Ah! No me mortifiques. Mira tú mismo y mete la mano en este agujero. Ahí había una lata de mostaza casi llena de monedas de oro y plata. ¡Ay!

—Pero... yo no me explico — arguyó él, después de hacer la prueba — cómo tenías ese dinero.

— ¡Ahorrado para nuestra vejez, Boby!

— ¿Para nuestra vejez? — repitió el marido con ligero tono incisivo. — Y si yo me hubiera muerto ¿de qué hubiera servido tanta precaución ahorrativa? Ya ves: te ha sucedido eso por hacer las cosas a escondidas de tu marido. Un pícaro ladrón se está ahora riendo de los dos.

La señora Teack, apesadumbrada, dobló la cabeza y murmuró:

— Estuve fuera cerca de una hora y cuando volví encontré los cristales de la ventana rotos. ¡Mira! Por allí entraron los ladrones.

Mr. Teack rindió, con el pensamiento, un tributo de admiración a la listeza de su amigo. ¡Ah! Qué manera más estupenda de despistar!

— ¿Qué te parece si avisamos a la policía?—preguntó ella toda amargada.

— ¿La policía? ¡La policía! — exclamó él con extraordinaria vehemencia. De ningún modo. No hace nada como no se le suelte plata. Por otra parte, ¿quieres que sepa todo el barrio que yo soy el marido de una mujer tan ridículamente descuidada? No, mil veces no. Preferiría perder diez veces lo perdido.

Mr. Chase agarrotó por el cuello a Mr. Teack con furioso ímpetu.

Con pasos solemnes y el entrecejo fruncido, salió de la pieza; y apenas se halló fuera de la vista de su esposa, dió un resoplido de satisfacción y una furiosa chupada a la pipa. Tuvo que taparse la boca con el pañuelo para no prorrumpir en alborozadas exclamaciones.

Aguardaba con impaciencia al otro, mirando el reloj cada dos minutos.

Una horrible duda comenzó a roerle las entrañas.

A las nueve hizo su aparición ella rebosando languidez, y se sentaron a la mesa.

— Alifes se está retardando mucho — habló él.

— De veras — contestó la mujer, con acento desmayado.

— Aquí está — casi gritó Mr. Teack ante la presencia del retardado.

Y saludándole con una rápida mirada poemática, le explicó:

— Arriba sucedió...

Y tomó aliento como para enfocar el relato.

— ¿Algo de nuevo? — preguntó el recién llegado.

Con voz de circunstancias, el marido contó el accidente del robo, sazonado con dolientes exclamaciones de su mujer y breves interjecciones de Mr. Chase.

— ¿Y? — disparó Mr. Teack una hora después, cuando su «costilla» se hubo retirado.

— Eso pregunto yo — respondió con acritud Mr. Chase.

— Supongo que estará en lugar seguro — habló Mr. Teack, sin disimular su ansiedad. — ¿Dónde lo guardaste?

— ¿Yo? ¿Qué estás hablando? Yo no lo he puesto en lugar alguno.

— Juguemos limpio. ¿Dónde lo pusiste? ¿Está seguro?

Mr. Chase se recostó en el respaldo, movió la cabeza y luego sonrió imitando a Mefistófeles.

— Eres un mal adivino, eso es. No es tan fácil engañar a tu mujer.

Mr. Teack saltó hecho una furia.

— No te hagas el loco — amenazó braceando. — ¿Dónde está el dinero? ¡Lo quiero! ¿Dónde lo pusiste?

— Continúa — replicóle con endiablada calma el otro. — Continúa, que no me molestas ni sorprendes ya. Tú deberías trabajar en el teatro.

— ¡No estoy bromeando — bramó Mr. Teack, — ni aguanto que tú te burles! Si piensas robarme mi plata estás muy equivocado. Si dentro de dos minutos no confiesas, te denuncio por ladrón.

— ¡Oh! — dijo el aludido, dando un fuerte resuello. — Nunca pensé que llevaras las bromas tan adelante. Estoy sorprendidísimo. Lo que pretendes es no entregarme las veinte libras prometidas, eso es. Pero te engañas, querido. No me muevo de aquí mientras no me sueltes la plata. Ya estoy perdiendo la paciencia. A ver si...

Y sin más, lanzando fuego por los ojos, se abalanzó sobre su amigo el hombrecito; con sus manos le agarrotó el cuello y lo sacudió como si fuera una pluma.

Una batahola de mil demonios.

Al ruido de los tropezones a que daba lugar la lucha, la señora Teack bajó corriendo y penetró en el comedor en camisón de dormir y con una manteleta roja sobre los hombros.

Mr. Chase soltó su presa, abrió la boca para decir algo, pero, pensándolo mejor, se fué hacia el pasillo, tomó su sombrero y salió de la casa dando un violento portazo.

Al día siguiente mandaba por sus cosas, y un mes después se tropezó con Mr. Teack.

Lo miró hoscamente, recordando su jugarreta, pero la «patética» sonrisa que le dedicó el hombrecito en tanto que lo tomaba de un brazo, le hizo vacilar, acabando por esperar los acontecimientos.

— Fué mi tremenda equivocación, Alifes; pero no fué mía la culpa. Cualquiera en mi lugar hubiera metido la pata.

— ¿Has averiguado quién se llevó la plata?

Mr. Teack hizo un gesto como si hubiera tragado una medicina amarga.

— Hace dos días que hablé con mi yerno Bert Adams — dijo con grave tonillo. — Tuve que convidarle con tres jarros de cerveza, pero el hombre habló. Mi mujer ¡se robó a sí misma... robándonos a todos!

Mr. Chase hizo una mueca extraña.

— ¿Qué estás diciendo? — barbotó, atónito.

— Al día siguiente de tu registro por la chimenea, ella puso el dinero en el Banco. ¡Ah! — añadió con una filosofía de hombre con veintinueve años de experiencia: — Si tú fueras casado, Alifes, me comprenderías mejor. No te sorprenderías de nada en este mundo.

FIN



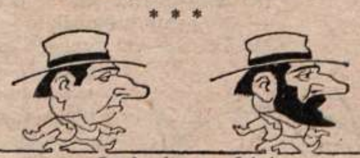


Comentarios.



— Las investigaciones
de que se habló en las últimas sesiones—
exclama un diputado —
resultan de mi agrado.
¿No advierte hasta el más bruto
que el tema es muy bonito?
¡Oh, la investigación de lo absoluto!
¡Oh, la investigación del infinito!

* * *



— La barba se afeitó.
Fué una barbaridad,
puesto que así perdió
su personalidad.
Haciendo un mal papel
hoy anda por ahí.
— ¿Lo que valía en él
era la barba?
— Sí.

* * *



— Es una gran cocinera
la esposa de ese señor.
Cocina que es un primor,
pero como es una fiera
trata de que se moleste.
Y, airada y enfurecida,
le da una buena comida
y hace que se le indigeste.

* * *

— De rombo, ¿qué duda tiene?,
viene romboide.
— Vendrá.
— ¿Y alcaloide, de qué viene?
— Debe venir de Alcalá.

* * *

Ideas sanas y algo inocentes
de un solterón.
— Soy muy dichoso. Tengo dos dientes
de quita y pon.
¡De qué alegría
goza el soltero! Lo sé por mí.
Me casaría
si las mujeres fueran así.

* * *

Herrera Vegas dice, con enojo:
— ¡Que corten a su antojo!
¡Qué reduzcan, que achiquen
y que me rectifiquen.
¡Que conviertan en mísero despojo
el magro presupuesto
que ya era tan modesto!
Y concluye, agresivo:
— ¿Y un Torino se emperra
en hacerme la guerra?
¡Valiente aperitivo!

* * *



Ignorante y petulante,
un escritor fracasado
suele decir, tan campante:
— No importa ser ignorante;
lo malo es ser ignorado.
¿Qué mis libros no son buenos?
¿Qué tienen poca substancia
y que están de errores llenos?
Lo que busco es, cuando menos,
que no ignoren mi ignorancia.

* * *

— Vi a Marcelo pasar. Iba esta vez
Con una extraordinaria rapidez,
pues pasó como un rayo
por la plaza de Mayo.
Un amigo, con toda candidez
murmuró:
— «Cuando viaja, es preferible.
Sus audiencias son más
rápidas que sus viajes, si es posible.
Solicita una audiencia y lo verás.»

* * *

Un libro desdichado publicó.
Y, como le elogiaran, se enojó.
El que es necio y lo sabe
no admite que por necio se le alabe.

* * *



— ¿Y su fortuna?
— Se la ha jugado
Ya se ha arruinado
enceguecido por su pasión.
Si fuese jefe de policía
se quedaría
sin un «botón».

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

I. Pico. — Buenos Aires. —
Nos la remitiría
en un día nefasto.
Si al canasto fué a dar su poesía
no hay túnel que la salve del canasto.

J. M. S. A., V. L. M., F. M., E. P., J. R. E. — Buenos Aires. — No.

H. A. R. S. — Buenos Aires. —
Dando por suya tal historia
como plagiario se revela;
¡si se la saben de memoria
hasta los chicos de la escuela!

C. D. L. — Buenos Aires. —
Es usted un poeta original
que todo, sin esfuerzo, lo hace mal.

P. Y. — Buenos Aires. —
Se ha dicho muchas veces en el mundo
«la tumba helada» y el «dolor profundo».
Hable usted de la tumba y el dolor
de otro modo. Es mejor.

R. I. — Buenos Aires. — Las máximas morales y las verdades de Pero Grullo no son una misma cosa. Ese es nuestro poco autorizado parecer.

I. M. — Buenos Aires. —
Hay majadero que causa horror:
el majadero que no perdona
ni a la princesa ni a la fregona,
el majadero conquistador.

M. O. B. — Buenos Aires. — «En. Una. Noche. De. Verano. Rodolfo. Subió. A. La. Azotea. De. Su. Casa.» Así se podría escribir poniendo los puntos, como usted, con arrogante independencia, los pone.

Pancracio. — Buenos Aires. —
Para la menor zoncera
necesita mucho espacio.
No tomen a este «Pancracio»
por un Pancracio cualquiera.

R. C. J. — Buenos Aires. —
Piensa el lector, perplejo:
— ¿Pero, eso, es fantasía o inconsciencia?
¿Está bien en un viejo
tanta concupiscencia?

L. G. F. — Buenos Aires. —
Admiramos su destreza.
En toda la cristiandad
no hay quien diga una simpleza
con tanta simplicidad.

V. F. F. — Buenos Aires. —
No tenga usted miedo.
Métase en la empresa.
Quien así se expresa,
no se chupa el dedo.

N. — Buenos Aires. —
Tan venenosa ironía,
hablando del arte escénico,
sólo se le ocurriría
a un pejerrey neurasténico.